

Septiembre 2017 8

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

- Carta Pastoral del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid: "Iglesia: ¡Anuncia a Jesucristo! Eres luz y sal del mundo" 773

CARTAS

- Un nuevo curso para encontrarnos con Jesucristo 804
- Todos en la búsqueda de caminos de paz y reconciliación 807
- Acoger la belleza del perdón, la reconciliación y la misericordia 810
- El camino de los discípulos 814

HOMILÍAS

- Vigilia de oración con los jóvenes 818

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 822
- Defunciones 825
- Asociaciones y Fundaciones Canónicas 826
- Actividades Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid. Septiembre 2017 828

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral de Mons. Juan Antonio Reig Pla: "Id, pues, y haced discípulos (Mt 28,19)" 833

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Actividades Sr. Obispo. Septiembre 2017 862
- Nombramientos 866

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Decretos 869
- Nombramientos 875

Conferencia Episcopal Española

- Mons. Sebastià Taltavull ha sido nombrado obispo de Mallorca 879
- Nota final de la reunión de la Comisión Permanente de septiembre de 2017 881
- Declaración de la Comisión Permanente ante la situación en Cataluña 885
- El Cardenal Blázquez envía una carta de condolencia al Presidente del Episcopado Mexicano 887

Iglesia Universal

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A COLOMBIA

- Encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomático y algunos representantes de la sociedad civil 889
- Encuentro con los obispos 893
- Encuentro con el Comité directivo del CELAM 904
- Santa Misa en el Parque Simón Bolívar 913
- Santa Misa en Catama 916
- Gran encuentro de oración por la reconciliación nacional en el Parque de los Fundadores 920
- Encuentro en el Hogar San José 925
- Santa Misa en el área portuaria de Contecar 928
- Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma 934

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXV - Núm. 2904 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

CARTA PASTORAL

IGLESIA: ¡ANUNCIA A JESUCRISTO!
ERES LUZ Y SAL DEL MUNDO

Elegidos y bendecidos
para anunciar a Jesucristo

Introducción **unos instantes ante el icono de Emaús**

Hace dos años comenzamos un Plan Diocesano de Evangelización (PDE) con una programación de tres cursos. Ha sido una gracia de Dios ver cómo el Señor nos ofrece su belleza. Cristianos de diversas comunidades parroquiales, movimientos, congregaciones y otras realidades católicas habéis hecho posible un trabajo que nos brinda un mensaje profundo de fraternidad y comunión. Una vez más, muros, barrancos, distancias y diferencias desaparecen cuando nos reunimos, ponemos en primer lugar a Jesucristo y contemplamos bajo su mirada las necesidades de los hombres y las mujeres de nuestra archidiócesis. ¡Qué bueno ha sido ver cómo en los grupos de trabajo se albergaba el Misterio! Sí, el Misterio que los sencillos hacen posible que se haga presente y que pueda ser contemplado. La

Palabra de Dios, que nos ha reunido y desde la que hemos mirado la realidad, ha hecho posible que no nos quedásemos en explicaciones racionales. La Palabra entró en el corazón de tal manera que, en las reuniones de los grupos y en el Consejo Ampliado que hemos celebrado estos dos años, hemos visto cómo el Señor nos pide que lo guardemos en el corazón, pues será Él quien irradie el calor que necesita la humanidad. ¡Qué maravilla ver entrar a Dios con la astucia de quien mendiga! Eso ha ido haciendo que, con el paso del tiempo, quienes componen los grupos hayan ido llamando a otros para que vean la belleza encontrada.

Desde el primer año, hemos ido dando pasos diversos. Nuestra primera reflexión giró en torno a La conversión pastoral para la transformación misionera de la Iglesia en Madrid; mientras que el año pasado trabajamos *Los desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid*. De todo ello tenéis los datos publicados. Al final del curso, en el encuentro que he llamado Consejo Ampliado, se reunieron y valoraron todas las aportaciones de los grupos comunitarios de trabajo y reflexión. Intentamos vivir la sinodalidad en la vida de la Iglesia diocesana, desde la llamada y responsabilidad que el Señor nos ha dado a cada uno.

Nuestro empeño es que todos los miembros de la Iglesia sintamos esa múltiple llamada a la que el año pasado nos remitían los grupos: «Vivir con fuerza la pertenencia al Pueblo de Dios que está en marcha»; «poner al Señor en el centro de la misión de la Iglesia y, por eso, en el centro de nuestras vidas»; «descubrir que eucaristizar la vida [neologismo que utiliza san Manuel González] es central en la vida del Pueblo de Dios»; «vivir siempre nuestra fe y nuestra pertenencia a la Iglesia desde un compromiso real ante necesidades manifiestas como la falta de espiritualidad y trascendencia, el vacío interior, el desinterés por el prójimo, la necesidad de auténtica amistad y amor, el anhelo de verdad y de alegría sincera, la falta de sentido, la hartura de las cosas y el miedo al futuro».

¡Qué hondura han tenido para mí este año las aportaciones realizadas para poder recuperar la propuesta que nos hace el Papa Francisco en *Evangelii gaudium!* El Papa nos alienta a «recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado»¹. Porque la Belleza cambia el mundo.

¹ EG 167.

Siento la alegría de dirigirme a todos vosotros, que formáis parte de la Iglesia que camina en Madrid, con esta carta pastoral en la que deseo animaros vivamente a que demos espacio al misterio de Dios; mientras que el año Dios en la Iglesia. Cuando esta alberga en sí misma el misterio, maravilla y atrae a los hombres. Solamente la Belleza de Dios puede atraer porque el camino de Dios es el de la atracción. Mirad cómo el Señor despierta el deseo en todo ser humano de tenerlo en la propia vida, en su propio hogar, en su corazón. Además, despierta el deseo de convocar a los vecinos, sean quienes sean, para dar a conocer la Belleza que nos ha seducido. Es como un hechizo divino. La misión nace de este encuentro sublime y bello con Dios. Tened en cuenta que el éxito de nuestro Plan Diocesano de Evangelización no se basa en la riqueza de los recursos o en la clarividencia de las reflexiones aportadas. Todo esto es bueno, pero el verdadero éxito reside en la creatividad del Amor de Dios que, cuando entra en nuestra vida, nos impulsa a regalar su Belleza. Os confieso algo que todos vosotros también sabéis: necesitamos la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero sabiendo que la fuerza de la Iglesia no se fundamenta en ello, ni siquiera en sí misma; más bien está escondida en Dios mismo y por eso tiene que acercarse permanentemente a Él. No se aleja de la sencillez, y así no olvida el misterio que se explica con este lenguaje.

Vamos a comenzar el tercer y último año del Plan Diocesano de Evangelización: *El Pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo*. En el fondo, estamos ante la pregunta: ¿qué nos pide Dios? Quisiera iluminar la respuesta con el icono de Emaús conocido por todos. Utilizando las palabras del beato John Henry Newman, «el cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena». No hay que ceder al desencanto, al desánimo, a las lamentaciones. Soy consciente de que estáis trabajando mucho y, muy a menudo, irrumpe la sensación de fracaso. Hacemos balance y vemos lo que no hemos sabido hacer o en qué no fuimos creíbles y significativos (en nuestras comunidades cristianas, en nuestras familias, en la transmisión de la fe, en el trabajo realizado, que fue mucho y de largo tiempo, pero quedan pocos frutos...).

Tened delante el icono de Emaús²: los discípulos huyen de Jerusalén, están escandalizados por el fracaso del Mesías, pues aparece derrotado y humillado,

² Cfr. Lc 24,13-15.

incluso después del tercer día. Es el mismo misterio de quien abandona la Iglesia por otras propuestas por las que se dejó seducir. Los de Emaús también abandonan y van solos por el camino arrastrando su propia desilusión. ¿No nos pasará a veces esto en la Iglesia por lejanía a los hombres y a sus necesidades reales, por no dar respuesta a sus inquietudes, por la frialdad y exceso de autorreferencialidad, por utilizar un lenguaje demasiado rígido que no responde a las situaciones del presente sino del pasado? Como se acercó el Señor a los discípulos de Emaús, tiene que hacerlo la Iglesia. Debe acercarse a los hombres y mujeres contemporáneos y encontrarse con ellos en sus propios caminos. Sin miedo a entrar de noche y a la intemperie. Por el mismo camino que estos transitan. Y ha de entrar en conversación con ellos, dialogar con los que han huido de Jerusalén y vagan sin meta, desencantados, perdidos y decepcionados.

La globalización nos da unas posibilidades inmensas para anunciar a Jesucristo. Es verdad que la visión del hombre que tiene a menudo genera desorientación y vacío. Pero, precisamente por ello, hay que acompañar a la humanidad, y quienes somos miembros vivos de la Iglesia debemos mostrar el camino verdadero que genera encanto, ilusión, metas y tareas y, sobre todo, la propuesta del ideal de hombre y de vida que se nos revela en Jesucristo. Tomemos la decisión clara de hacer visible el rostro de una Iglesia que acompaña, que va más allá del mero escuchar; una Iglesia que se pone en camino y marcha con la gente, una Iglesia que sabe descifrar la noche por la que se marchan algunos de Jerusalén, una Iglesia que se hace consciente de las razones por las que la gente se aleja. ¿Qué hizo Jesús con los discípulos de Emaús? Darles el calor de su presencia. Así ha de ser la Iglesia: inflama el corazón de aquellos que se encuentra por el camino, hace posible volver a Jerusalén, acompaña a casa donde encuentran la Palabra de Dios, los sacramentos, la comunidad, la amistad del Señor, de su Madre y de los santos.

Mi carta pastoral quiere ser para todos los que formáis la Iglesia que peregrina en Madrid una propuesta real de lo que es más necesario. ¿Conocéis algo más sublime, más grande y más bello que el amor revelado en Jerusalén? La altura del amor se alcanza en el abajamiento, como lo hizo Cristo en la Cruz. ¿Conocéis algo más fuerte, audaz, bello y hondo que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad y de la belleza? Hemos nacido en Jerusalén, en el Bautismo. Es verdad que los desafíos son muchos, pero hay uno primero e importante: ser hombres y mujeres de Iglesia que enardecen el corazón de los que se encuentran en el camino o de los que lo buscan, porque son capaces de caminar con ellos en la noche, entrar en diálogo con ellos y compartir sus ilusiones y desen-

cantos. Esto nos pide: a) formación: para ser creyentes capaces de descender a la noche, escuchar, acoger, tocar la desintegración del otro, sin dejar diluir o descomponer nuestra identidad; b) comunión: la verdadera unidad en la riqueza de la diversidad; no me refiero a la diversidad de ideas, sino a la diversidad y variedad de experiencias de Dios que tan bellamente se manifiesta en los altares de nuestra catedral; c) misión y conversión pastoral: la acción pastoral no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia, es decir, la Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano. Nos hace ver sus entrañas de misericordia, que la sitúan en un mundo que tiene urgencia de comprensión, de perdón y de amor; d) la Iglesia pide libertad y respeto a la sociedad para anunciar el Evangelio íntegro, para servir al ser humano en su totalidad con obras y palabras.

I. Para la misión, un encuentro imprescindible y una elección sin componendas

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años. [...]. Invito a cada cristiano [...]a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. [...] Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos»³.

Es verdad que no hay misión cristiana sin un encuentro radical con Nuestro Señor Jesucristo. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. En ese encuentro con el Señor, sentimos la dicha y la bienaventuranza, descubrimos en su profunda significación el texto que tantas veces hemos escuchado y meditado: las bienaventuranzas. El Evangelio de san Mateo comienza con una solemnidad única: «**Al ver Jesús al**

³ EG 1 y 3.

gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca les enseñaba diciendo...»⁴. Quien se presenta es el mismo Jesucristo. El modo de hacerse presente, hablando a mucha gente, sentado y al lado los discípulos, revela la importancia de las palabras dichas por el Señor. Hemos de hacer una lectura y una meditación del texto no sociológica sino cristológica. Es Cristo en persona quien se presenta en nuestra vida. Y lo hace mostrándose como la gran y única Bienaventuranza que puede colmar, dar sentido y promover la vida de todo hombre. De ahí también la importancia que tienen para la misión estas palabras de Jesús.

En efecto, el Señor es la primera Bienaventuranza. Las demás van referidas a nosotros en la medida en que nos encontremos de verdad con Él. Para la misión se convierte en un encuentro imprescindible y en una elección en la que no caben componendas. Del Señor, para ser creíble, solo se puede hablar de *primera mano*, es decir, desde el encuentro y la experiencia personal con Él, que es lo único esencial. Seremos dichosos, daremos pasos importantes, seremos capaces del discipulado, darlo a conocer con nuestra vida, convertirla en auténtica bienaventuranza siendo misioneros en todas las situaciones, si nos dejamos encontrar por Él, nuestra Dicha, Felicidad, Vida, Verdad y Camino.

Esta página del Evangelio cordialmente asumida es clave para mantenerse en la misión con la alegría que nace del encuentro con Jesucristo. Como nos decía el Papa Francisco, **«cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida»⁵.**

¡Qué misión nos presenta el mismo Señor hablando a todos de la verdadera voluntad de Dios! Que todos los hombres seamos dichosos y bienaventurados. El discurso empieza con la palabra *bienaventurados* y se repite nueve veces. Aparece como una proclamación, una promesa, una apelación, cuyo sentido es ¡dichosos vosotros! La dicha llega con Jesucristo, de ahí la urgencia de anunciarlo y darlo a

⁴ Mt 5, 1-2.

⁵ EG 2.

conocer. En el Antiguo Testamento, esta palabra, dichoso, se empleaba para desear la victoria, la paz, la felicidad, para aclamar. Aquí no se desea, más bien está presente, la Bienaventuranza que es Cristo mismo. Lo han visto los hombres, lo ven hablar y actuar. En este sentido, las ocho bienaventuranzas revelan la imagen auténtica del Pueblo de Dios y dan idea cabal del perfecto discípulo de Jesús.

Me voy a detener por unos momentos en cada una de ellas, pues, como dice el Papa Francisco, **«nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!»**⁶.

En las bienaventuranzas descubrimos esa dignidad regalada por el Señor a todos los hombres y mujeres, y a la que nos ha llamado a los que formamos parte de la Iglesia. Contempla y mira si te encuentras implicado en alguna de ellas o puedes provocar la bienaventuranza en alguien que encuentres en tu camino porque llevas la vida de Cristo.

1. **«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos»**⁷. ¿Qué nos quiere decir Jesús? Se refiere a ese pobre que aprendió a ver de una forma nueva su situación, la historia, la vida..., pues no se siente desatendido ni desamparado. Es Dios mismo quien lo ha llamado. Y desde esa nueva situación ve desde, con y como Cristo. La carencia de bienes, o la abundancia, otorga un corazón nuevo que, a quien no tiene y a quien tiene, les hace vivir en la libertad, en la humildad y en la esperanza, en la búsqueda y construcción de la fraternidad. Estos a los que el Señor se refiere no están descontentos ni traman ninguna estrategia humana, no son tontos, ineptos o de pocas luces. Son pobres en el espíritu y, por ello, transfieren su posición modesta o rica a sus relaciones con Dios, que los sitúa en otra perspectiva que les habla de nuevas relaciones entre los hombres, de dar, de compartir, de promover. Y a ellos les promete el Reino de Dios no porque tengan o no posesiones consigo, sino porque todo lo esperan de Dios; son libres y, lo que tienen, lo saben compartir.

⁶ EG 3.

⁷ Mt 5,3.

2. «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra»⁸.

¿Quiénes forman parte de este grupo? Los que se contentan con todo, los que se conforman con la voluntad de Dios y se llenan de esperanza y benevolencia divinas. ¡Qué fuerza y dinamismo engendran los mansos, esos que se han encontrado con Jesús y a los que Él llama bienaventurados! Ellos no oprimen, no explotan, no son vengativos, no asumen la violencia para lograr sus objetivos. Saben perfectamente que Dios odia la injusticia social y juzga con dureza a los opresores orgullosos de su poder. Los mansos son sencillos y personas enteramente abiertas a Dios. ¿Qué tierra heredarán? Esa en la que se establezca la unidad entre Dios, pueblo y tierra. Una tierra de todos y para todos los hombres, una tierra en la que todos puedan disfrutar de lo que Dios puso en manos de los hombres, una tierra no de conquistadores y soberanos, sino de mansos y pacíficos que ponen a disposición unos de otros lo que son y lo que tienen.

3. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»⁹.

El Señor y Mesías es y anuncia la Buena Noticia para los pobres. Asimismo, debe curar los corazones que están lastimados y por eso lloran. ¿Quiénes son los que lloran? Los que presentan al Señor sus sufrimientos, sus inquietudes silenciosas en lo más hondo de su corazón, los que tienen ganas, y a veces lo hacen, de dar un grito de dolor penetrante, donde hay lágrimas abundantes e infinidad de lamentos y dolor. En estos momentos en que estoy escribiendo, me comunican el atentado terrorista de Barcelona. Percibo, una vez más, el llanto por el estado perdido del mundo en el que Dios y su ley no son respetados. Es el llanto de toda persona que está en vela y tiene los ojos del Señor. Son bienaventurados los que lloran y son capaces de ver no solamente su destino personal, sino el de todo un mundo en estado de confusión y sufrimiento que, como nos dice el Papa Francisco, es una tercera guerra mundial por partes.

4. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados»¹⁰. Quizá en ningún momento de la historia de la humanidad se ha experimentado y sufrido la indigencia provocadora del hambre en el mundo como ahora. A la vista de tantas escenas y casos angustiosos de hambre, surge un clamor de todo el género humano que sobrecoge. Y el Señor promete la saciedad a los hambrientos. Saciarlos completamente y para siempre. ¡Qué bien se

⁸ Mt 5,4

⁹ Mt 5,5.

¹⁰ Mt 5,6.

entiende esto en la multiplicación de los panes! En manos del Señor los pocos panes que había, con los que los discípulos eran incapaces de dar de comer, saciaron a la muchedumbre. En manos de Jesucristo damos y repartimos lo que somos y tenemos. Este es el Reino que viene a hacer el Señor, el Reino que nos promete y cuenta con nosotros para hacerlo. El hambre de pan es solamente una faceta del hambre. Hay gritos que piden otro pan también¹¹. Hay otras hambres: la del espíritu, la del corazón, la de ser tal y como Dios nos ha creado. Es muy importante darnos cuenta de que la saciedad se promete a los que tienen hambre y sed de justicia. Es la justicia a la que se refirió Dios cuando hablaba de José, hombre justo, pues la justicia que hace perfecto al hombre ante Dios es la justicia de quien cumple la voluntad de Dios. Dirigiendo la vida hacia Él somos justos y encontramos la justicia. Él es el Sumo Bien y la Justicia verdadera.

5. **«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»**¹². Son los que llevan en su vida la marca del amor mismo de Dios, obran el bien, colocan la misericordia por encima del derecho, nunca viven la hostilidad contra nadie, dedican la vida a aliviar necesidades y a curar heridas, todos son prójimos y, por ello, hermanos. La paga que dan a todos los que se encuentran es hacer el bien. No viven instalados en el prejuicio o la crítica amarga, sino que no juzgan para no ser juzgados, no condenan para no ser condenados y perdonan siempre porque han experimentado personalísimamente el perdón de Dios. Para los discípulos del Señor, las palabras del Papa Francisco definen lo que tiene que ser nuestra vida y la misión de la Iglesia: **«La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia vive un deseo inagotable de brindar misericordia»**¹³.

6. **«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»**¹⁴. En el universo están grabadas las huellas de Dios, pero de una manera singular en la persona, imagen suya. Ella ha de ser reflejo evidente de la belleza y de

¹¹ Cfr. Jn 6,34.

¹² Mt 5,7.

¹³ *Misericordiae vultus*, 10.

¹⁴ Mt 5,8.

la gloria de Dios. Debe atender al imperativo divino de cuidar del ser humano y darle lo que necesita para manifestar la belleza y la gloria que Dios puso en él. Jesucristo nos ofrece una manera singular de vivir esa belleza, nos da su vida, nos da su rostro; únicamente hace falta que le permitamos entrar en nuestra vida. ¡Qué importancia da el Señor a tener limpio el corazón! Él nos lo limpia, nos da su gracia, nos llena de su amor, pero no para que nos lo guardemos, sino para ser reflejo de esa gracia y de ese amor. Solo los limpios de corazón verán a Dios. El Señor puso como ejemplo a los niños y nos pide que nos hagamos como ellos para entrar en su Reino. Nuestro corazón se ensucia de mil maneras, el Señor nos lo dice: **«¿No comprendéis que todo lo que entra por la boca pasa al vientre y se expulsa en la letrina?, pero lo que sale de la boca brota del corazón; y esto es lo que hace impuro al hombre, porque del corazón salen pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias. Estas cosas son las que hacen impuro al hombre. Pero el comer sin lavarse las manos no hace impuro al hombre»**¹⁵.

7. **«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios»**¹⁶. ¡Qué bellas son las palabras del profeta Jeremías cuando nos dice que Dios es un Dios de paz: tiene «designios de paz, y no de aflicción»!¹⁷ En Jesucristo se nos ha revelado la plenitud de la vida. ¡Cuántas contiendas, discordias, guerras y divisiones con características muy diferentes están hoy presentes en el mundo! Y detrás de estas situaciones, ¡cuántos seres humanos sufriendo! Niños, jóvenes ancianos, familias divididas... ¡Qué dolor ver cómo, en el mundo, está rota la unidad y perturbada la paz! La paz es un bien divino, como la justicia y la verdad. El ser humano debe seguir regalando esta prenda de salvación de la que tanta necesidad hay. Nosotros encontramos el verdadero rostro de la paz en Jesucristo. Él es nuestra paz. Él se presenta como la paz verdadera y nos dice siempre: «Daos fraternalmente la paz». En nuestra aspiración más profunda está la paz en la que Dios está incluido, junto con la creación, nuestra conciencia y las relaciones interpersonales. La paz es don de Dios y tarea humana. Por eso necesitamos la paz de Dios y estar en paz con Él. Solo así podremos ser heraldos de paz. ¡Qué importante es combatir el odio en el mundo, ser apagaodios y venganzas, neutralizadores de rencores y de miradas esquinadas hacia los demás que no son las de Dios! San Pablo siente una

¹⁵ Mt 15,17-20.

¹⁶ Mt 5,9.

¹⁷ Jer 29,11.

llamada especial a vivir lo que Jesucristo le ha regalado, su paz, haciéndola presente mediante el servicio de la reconciliación: **«Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos encargó el ministerio de la reconciliación»**¹⁸.

8. **«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»**¹⁹. Hay una pregunta que alguna vez me hicieron: ¿se puede ser perseguido por causa de la justicia de Dios? Con toda rotundidad hemos de decir que sí. Cuando se tiene hambre y sed de ella y hacemos de nuestra vida una entera entrega a Dios, cuando tratamos de vivir en la pureza de corazón y de intenciones queriendo imitar a Jesús, si aceptamos con todas las consecuencias la llamada de Jesús, con seguridad podemos ser perseguidos. **«Al pasar, vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: “Sígueme”. Él se levantó y lo siguió»**²⁰. Jesús nos está pidiendo que nos descentremos de nosotros mismos para poder entender la justicia de Dios y acogerla en nuestro corazón. Es lo que hizo con Mateo. Lo sacó de su justicia y comodidad. Muchos, especialmente los fariseos, al ver a Jesús en casa de Mateo, preguntaban a los discípulos: ¿cómo es que vuestro maestro entra a comer en casas de injustos y pecadores? La respuesta del Señor es contundente y clara: **«Misericordia quiero y no sacrificios: que no he venido a llamar a justos sino a pecadores»**²¹. Su justicia trasciende los baremos humanos, pues se dirige a cambiar el corazón, abrirlo en canal a las necesidades del prójimo y a hacer que sea configurado por la justicia de Dios.

9. **«Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros»**²². Adentrarse por el camino de Jesús trae consecuencias: insultos, calumnias y persecuciones. Ese camino hace tales cambios en el corazón humano y en las relaciones sociales que muchos no lo

¹⁸ 2Cor 5,17-18.

¹⁹ Mt 5,10.

²⁰ Mt 9,9.

²¹ Mt 9,13b.

²² Mt 9,11-12.

entienden cuando se vive con coherencia y fidelidad. Pero es un camino de salvación para todos, el verdadero camino que hace nuevas todas las cosas y regala la novedad que necesitan este mundo y esta historia. ¿No recordáis lo que le pasó al Señor ante el Sanedrín, cómo fue difamado y cómo en la Cruz fue insultado y objeto de mofa? Seamos valientes para no cronificarnos en el desánimo, la tristeza o la lamentación continua. Sepamos esperar la soberanía de Dios, y no solamente con vistas a un tiempo futuro. En el momento presente vivimos persecuciones y calumnias contra los cristianos en muchas partes de la tierra. La vida plena que nos ofrece Jesús es rechazada y quienes la defienden son difamados, se vuelven objeto de burlas y discriminaciones y, en algunos casos, hasta les arrancan violentamente la vida. **«Habiendo llamado a los apóstoles, los azotaron, les prohibieron hablar en nombre de Jesús, y los soltaron. Ellos, pues, salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquél ultraje por el Nombre. Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando la buena noticia acerca del Mesías Jesús»**²³. La bienaventuranza es el sello de que el Señor finalmente triunfa, a pesar de que puede parecer lo contrario. Los cristianos, en la adversidad, escuchamos sus palabras que nos esponjan el corazón: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»²⁴.

II. En las entrañas de la misión

El encuentro con quien es la primera Bienaventuranza nos lanza a descubrir dónde están las entrañas de la misión y muestra lo que debe ser la vida de un discípulo misionero. Hay una página del Evangelio que de una manera sencilla, recogiendo unas sentencias del mismo Señor, a través de las imágenes de la sal y de la luz, nos regala unas palabras en las que podemos ver esas entrañas. Nuestro Señor nos indica que quienes se han encontrado con Él, lo expresan y manifiestan con sus palabras y con sus obras. Y lo hacen de tal manera que se nota en el mundo, se convierten en fermento de una humanidad nueva. Son *sal*, es decir, dan sabor a esta humanidad y son *luz*. Iluminan de una manera tan fuerte la humanidad que desaparecen todas las oscuridades. Es la novedad del Reino, es la liberación que trae el

²³ Hch 5,40-42.

²⁴ Mt 14,27.

Reino. De ahí que ser discípulo del Señor es ser discípulo-misionero. Es como si Jesús mismo nos dijese y nosotros aceptásemos la fuerza de sus palabras que hacen patente la fuerza transformadora del Evangelio.

1. Experiencia fundante: ser discípulo misionero es dar sabor a toda la humanidad y luz a todos los hombres.

Importa que acojamos las palabras del Señor en nuestro corazón para ver y contemplar las entrañas de la misión: **«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos»**²⁵. Es un pasaje del Evangelio donde la dimensión misionera aparece con toda nitidez. ¡Qué importante es descubrir que creer es saberse enviado! La misión es un signo y una condición de la fe, es consustancial a ella. La misión pertenece a la identidad del discípulo y de la comunidad cristiana.

Por otra parte, ¡qué fuerza tiene para nosotros descubrir la dimensión universal de la misión! Es toda la tierra, es el mundo entero, es toda la humanidad sin distinción. Aquí está la fuerza de la catolicidad y su origen: en salir a todos los hombres, a todos los lugares, a todos los caminos. Esto es lo que hicieron en el inicio mismo de la Iglesia los apóstoles. A ello les urgió el Señor cuando, después de la Resurrección, en el monte de Galilea, les dijo: **«Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»**²⁶. ¡Qué fuerza, densidad y dinamismo tienen estas palabras! Llamados a ser un signo de Dios y de su Reino ante todos, no podemos esconder, ni encorsetar, ni poner límites a quien es la Buena Noticia, Nuestro Señor Jesucristo.

²⁵ Mt 5,13-16.

²⁶ Mt 28,18-21.

Entremos con más hondura en estas palabras:

«**Sois sal de la tierra**». ¡Qué tarea más bella es dar sabor a esta humanidad! Poner sal a la vida es poner lo que Jesús entregaba. Las gentes a su lado percibían una novedad única, sus vidas tenían sabor y una gracia desconocida hasta entonces para ellos. Quienes le oían hablar y entendían sus palabras captaban la frescura de su mensaje y el simbolismo de la sal. Comprendían que el Evangelio regalaba una manera de vivir gozosa, intensa, rica, fecunda, que hacía mirar siempre hacia los demás, que no retenía la vida en ellos mismos, sino que, al contrario, les hacía salir de sí. Una de las tareas más necesarias y urgentes que tenemos los discípulos y misioneros es volver a salar nuestra vida de fe al calor fuerte del Evangelio, en la oración y viviendo fraternalmente. Dar sabor es aprender a vivir de una manera diferente y completa todo: la vida, la muerte, la convivencia, el trabajo, la soledad, la fiesta, la alegría, la tristeza.

«**Sois luz del mundo**». En el Evangelio de san Juan, Jesús dice de sí mismo, «**Yo soy la luz del mundo**»²⁷; aquí los discípulos somos la luz del mundo, como indica Jesús. ¿Qué luz damos? ¿A quién llega esa luz? ¿Somos ese grupo estufa cuyo calor termina en los que son y piensan como nosotros? El Señor nos pide mucho más. Quiere que seamos esa luz que Cristo da, que elimina todas las oscuridades de la vida de los hombres, una luz que entra en todos los rincones del ser humano, en todas las situaciones y en todos los caminos de la humanidad. De ahí que debemos hacernos algunas preguntas importantes: ¿Somos Buena Noticia para todos los hombres? ¿Somos un signo evidente de la presencia del Reino? En la sociedad en la que vivimos, ¿damos los cristianos una luz diferente ante las situaciones y los problemas que viven los hombres? ¿Purificamos? ¿Sanamos? ¿Liberamos? ¿Damos certezas o introducimos dudas? ¿Ofrecemos esperanza o transmitimos desesperanza? Responder estas cuestiones nos puede ayudar a descubrir si somos luz o prolongamos la oscuridad. Los discípulos misioneros se han de convertir en la luz del mundo, son ciudad que no puede ocultarse; tienen que verse, se tiene que notar su presencia, no van con luz propia, van con la que les ha dado Jesús. La luz, según las palabras del Señor, son las «buenas obras»: no son ideas o pensamientos, es la fe vivida, la fe infiltrada en la vida y en todas las acciones.

²⁷ Jn 8,12b.

2. La misión es el corazón del Pueblo cristiano, que vivifica, levanta y sana

Quiero recordar con gratitud inmensa las palabras que se dijeron al final de la Asamblea del Sínodo del año 1974: **«Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia»**²⁸. Tarea y misión que acogemos con gusto todos los que formamos parte de la Iglesia, porque sabemos que, como muy bien nos decía el Papa beato Pablo VI, **«evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»**²⁹. Como vengo diciendo, estamos en un momento nuevo de la historia de la humanidad y es necesario que la Buena Noticia que es Jesucristo mismo llegue a todos los ambientes en los que viven los hombres. De ahí que el encuentro con Él sea imprescindible. Conocer al Señor es necesario porque, si no lo conocemos, ¿a quién o qué anunciamos? Para que exista humanidad nueva, hacen falta hombres nuevos, marcados con la novedad del Bautismo y con una vida guiada por el Evangelio como nos dice el apóstol: **«Despojaos del hombre viejo y del anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas»**³⁰.

¿Qué cristianos y qué comunidades hemos de ser para hacer posible que la evangelización llegue a todos los sectores de la humanidad y alcance el corazón de todas las personas para hacer realidad el sueño del Papa beato Pablo VI? En efecto, se trata de **«alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación»**³¹.

Nuestras comunidades cristianas tendrían que tener estas características:

a) **Un marco referencial. Cristianos y comunidades engendradas por las categorías pastorales de Cristo: el encuentro y la cercanía:** ambas expre-

²⁸ Cfr. Declaración de los padres sinodales, n. 4 (26 de octubre 1974).

²⁹ EN 14.

³⁰ Ef 4,22-24.

³¹ EN 19.

san y manifiestan lo que es la Iglesia de Cristo, que prolonga la misión de Él en medio de los hombres. Estas características aparecen claramente en el Evangelio. Son lo que vive y hace Nuestro Señor Jesucristo. Durante su ministerio público, se hace cercano a los hombres, se encuentra con ellos y ellos perciben la caricia de Dios en sus vidas. Una pastoral que privilegie principios, conductas, normas y procedimientos organizativos se vuelve lejana y no toca el corazón de los hombres. Urgen comunidades cristianas que susciten una presencia eclesial en la que se dé la cercanía a las personas en la situación real en que se encuentren, que generen ternura e incondicionalidad en el encuentro personal. En definitiva, que hagan de la misericordia un principio fundante de toda nuestra acción pastoral, pues **«la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia»**.

b) Unas comunidades que manifiestan que la Iglesia es madre para todos los hombres, brindando gratuidad, con el ardor que viene de una comunión viva con Cristo: hemos de ser conscientes de que, en nuestro mundo, hay muchos heridos y hemos de ir en su búsqueda no con la fuerza de nuestros convencimientos bien cimentados y dispuestos a convencer, sino con la fuerza y la coartada del Señor. Pertrechados con nuestra entrega y cariño, y las convicciones que nacen de un encuentro permanente con Jesucristo que nos fuerza a ser humildes y cercanos. Convencidos de que si el Señor no se cansa de perdonar, yo no tengo otra alternativa. Qué belleza tienen las palabras del Papa Francisco cuando nos dice: **«Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. [...] Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor»**³². Son palabras que vencen, pues la misión ni es una parte de mi vida ni un adorno, ni un apéndice o un momento; es algo que, si quito, me destruyo. Utilizando una expresión del Papa Francisco, cada cristiano debiera saber definirse así: **«Yo soy una misión en esta tierra, y para esto estoy en el mundo»**³³. ¡Qué hondura más extraordinaria adquiere el saber que somos de parte de Dios! Nada más ni nada menos que ser Iglesia, Pueblo de Dios, llamado a ser fermento del Señor en medio de la humanidad. Aquí conviene recordar lo que el Papa beato Pablo VI nos decía: «Al mundo hay que salvarlo desde dentro». Por eso nuestras comunidades cristianas tienen que manifestar lo que es la Iglesia, un **«lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo puede**

³² EG 274.

³³ EG 273.

sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio»³⁴.

c) **Unas comunidades cristianas que ardan en el deseo de vivir en conversión permanente, para así brindar misericordia, tener el corazón abierto y mantener sus puertas siempre abiertas.** Hay que volver a meditar lo que el Concilio Vaticano II nos dice sobre la conversión pastoral: «**Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad**»³⁵. Y desde esa llamada, ver que brindar misericordia es seguir las huellas del Señor, un auténtico imperativo, «**saber adelantarse, tomar la iniciativa sin miedos, salir al encuentro, buscar a los que están lejanos y llegar a todos los caminos para invitar a los excluidos**»³⁶. Nunca cerremos el corazón a nadie. Para ello necesitamos hacer un trasplante de corazón como recordé en la Misa crismal a todos los sacerdotes en el año 2016. Sí, hemos de tener el corazón de Cristo, abierto a todos, porque todos caben en él. Solo así seremos capaces de decir lo que haya que decir a todos desde una conciencia bien formada, pero sin excluir ni cerrar a nadie nuestro corazón. Lograremos constituir comunidades con las puertas abiertas, no solamente las de los templos, también las de la participación corresponsable en la vida eclesial. Igualmente las de los sacramentos y, como nos dice el Papa, especialmente el sacramento que es la *puerta*: el Bautismo. Puertas abiertas también a quienes quizá no tienen ninguna por la que entrar, pero encuentran la de la Iglesia entornada, como son los pecadores, los pobres, los excluidos y los enfermos.

d) **Unas comunidades cristianas que anuncian a Jesucristo desde la experiencia personal y eclesial:** os decía al comenzar mi carta hablando de Jesucristo que Él es la Bienaventuranza predicha y que, para anunciar la Buena Nueva del Evangelio, es imprescindible un encuentro con Él con todas las consecuencias. Se trata de dejarle entrar hasta el fondo de nuestra vida, permitir que ocupe nuestra existencia para descubrir que somos bienaventurados en cualquier situación en la que estemos, ya que la dicha y la felicidad llegan a nuestra vida cuando nos encon-

³⁴ EG 114.

³⁵ Concilio Vaticano II, *Decreto Unitatis redintegratio sobre ecumenismo*, 6.

³⁶ EG 24.

tramos con Él. Precisamente por eso, para anunciarlo hay que conocerlo, y para conocerlo tenemos que tener un encuentro con Él. Sin este encuentro, tenemos el peligro de presentar como buena noticia a un Dios mal noticiado. Presentemos al Dios que se nos revela en Jesucristo. Hagamos este anuncio considerando las palabras del Papa Francisco: **«existen defectos, imperfecciones, pecados; también el Papa los tiene, y tiene muchos, pero es bello que cuando nos damos cuenta de ser pecadores encontramos la misericordia de Dios, que siempre nos perdona. [...] Hay quien dice que el pecado es una ofensa a Dios, pero también una oportunidad de humillación para percatarse de que existe otra cosa más bella: la misericordia de Dios»**³⁷.

e) Unas comunidades cristianas que animan siempre a los hombres a entrar en la Iglesia y a ser miembros vivos muestran con claridad la Puerta de entrada que es el mismo Jesucristo: jamás se cierra Jesús a nadie. Vemos en el Evangelio que, cuando se dirige al pecador, le manifiesta que no está excluido, que por ser pecador es un preferido del Señor, que lo quiere y se encuentra con él para perdonarlo. La imagen que nos da Jesús de Dios es la de un Dios que espera siempre, que lo hace para abrazarnos y perdonarnos. Es la imagen de un Dios que está siempre con los brazos abiertos para acogernos, amarnos, levantarnos, animarnos, perdonarnos, tocarnos con su misericordia que nos da nueva fuerza para seguir caminando. Esta experiencia es la que vivieron tantos en el Evangelio. Recordemos a la pecadora a la que intentaban lapidar, a Zaqueo, a la samaritana. En una de las predicaciones del Papa Francisco decía que **«si acojo su amor estoy salvado, si lo rechazo me condeno, no por él, sino por mí mismo, porque Dios no condena, Él solo ama y salva»**³⁸. ¡Qué fuerza de amor experimentado en nuestra vida tiene esta expresión que nos decía el Papa en Río: **«Dios nos juzga amándonos»**! Seamos comunidades cristianas que vivimos desde la lógica de la Cruz, que es la lógica del amor, de salir de nosotros mismos. Como Jesús, compartamos la pasión por todos los hombres y estemos dispuestos a padecer por todos. Volvamos siempre a la Puerta, a Jesús, con nuestra vida a cuestas. Él nos sana y nos hace salir a curar a todos los que encontremos por el camino.

f) Unas comunidades cristianas que expresan lo que es la Iglesia: comunión y misión. La debilidad siempre llega a la Iglesia cuando estamos dividi-

³⁷ Audiencia general del Papa Francisco, 29 de mayo de 2013.

³⁸ Vía crucis en el Coliseo, 29 de marzo de 2013.

dos. Ser sal de la tierra y luz del mundo pasa necesariamente por estar unidos, por asumir en nuestra vida el deseo de Jesucristo de que para ser creíbles tenemos que permanecer unidos, viviendo la comunión, esa que no nace de acuerdos entre nosotros, sino la que surge de la fe en Jesucristo, de la adhesión a su persona, de la unidad que engendra tenerlo a Él como único Camino, única Verdad y única Vida. En Él, desde Él y por Él somos uno. **«La fuerza de la evangelización quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizás ahí uno de los grandes males de la evangelización? [...] Evangelizadores: nosotros debemos ofrecer a los fieles de Cristo, no la imagen de hombres divididos y separados por las luchas que no sirven para construir nada, sino la de hombres adultos en la fe, capaces de encontrarse más allá de las tensiones reales gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad»³⁹.**

g) Unas comunidades cristianas animadas por el Amor mismo de Jesucristo. ¿Os imagináis a todos los cristianos haciendo vida lo que el Señor nos dice a través del apóstol san Pablo?: **«Os querí- amos tanto que deseábamos entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor».** ¡Sería todo tan diferente! El paradigma de ese amor lo encontramos en Cristo que se hizo uno de nosotros, que pasó como uno de tantos, pero dando su vida por amor a los hombres. La imagen de Cristo en la Cruz es la que debíamos retener en nuestra vida para descubrir lo que es el amor.

Mirando y contemplando la Cruz descubrimos que el amor es paciente, siempre da vida al otro, que nunca es un estorbo para mí aunque altere mis planes. Es un amor de compasión profunda que me lleva a aceptar al otro como parte de este mundo, y del cual yo he de ser sal y luz, aunque sea y actúe de un modo diferente a mí. Es el amor de servicio que siempre hace el bien, del cual nos habla san Ignacio cuando nos dice que **«el amor se debe poner más en las obras que en las palabras»**; siempre da y sana, nunca siente malestar por el bien del otro; es un amor que nunca nos hace parecer superiores y evita hablar demasiado de sí mismo. Es un amor que detesta ver sufrir a los demás y espera siempre que sea el otro quien le abra las puertas de su corazón; que nunca invade al otro porque es un amor que busca el interés de los demás y no el suyo propio; que reacciona ante una

³⁹ EN 77.

injusticia y excusa siempre al otro y, por eso, perdona siempre. Es un amor que busca incansablemente la verdad y se alegra del bien del otro; crea confianza, da libertad y renuncia a la posesión del otro o a su dominio. Es un amor que nunca desespera sino que espera siempre y contempla al otro con la mirada de Cristo porque es amor a pesar de todo⁴⁰.

El anuncio de Jesucristo es misión de la comunidad creyente. **«La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional. Propongo detenernos un poco en esta forma de entender la Iglesia, que tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa»⁴¹.** Es un pueblo para todos, con muchos rostros y en el que todos son discípulos misioneros. ¿Qué nos pide el Señor a cada uno de nosotros?

III. Con los discípulos misioneros convencidos de ser evangelizadores con espíritu para la misión

1. Siendo un discípulo misionero *católico*, es decir, abierto a todos: la Iglesia no puede abandonar al hombre

El discípulo misionero se acerca a todas las culturas, a todas las concepciones ideológicas, a todos los hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Se aproxima con aquella estima, respeto y discernimiento que desde los tiempos apostólicos distinguió la actitud misionera. Comienza siempre con un sentimiento de profunda estima frente a lo que había previamente en el hombre, porque la misión no es nunca destrucción, sino purificación y nueva construcción. Sabemos muy bien que ello es obra de la gracia. Los discípulos miramos siempre a Cristo, el primer evangelizador. Nosotros volvemos también la mirada a los apóstoles, a los mártires, a los confeso-

⁴⁰ Cfr. 1 Cor 13,4-8.

⁴¹ EG 111.

res y a todos los santos. Peregrinos en la tierra, vivimos gozosamente el misterio de la comunión de los santos. Con ellos, seguidores de Cristo, con su mismo espíritu, queremos experimentar el resultado de fiarnos y mantenernos en Él como nos prometió: **«Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: “Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”»**⁴².

La valentía del discípulo misionero con espíritu la descubrimos de una manera evidente en el discurso que san Pablo da en el Areópago de Atenas: **«Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. Porque paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: *Al Dios desconocido*. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor del cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo»**⁴³. ¡Qué hondura alcanza la misión del discípulo misionero cuando permanece siendo un evangelizador con espíritu! Asume con todas las consecuencias la misión de la Iglesia que desea servir a un único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo. De este modo podrá recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención. ¡Qué irradiación de vida y de amor! Es lo que más necesita este mundo: la fuerza de la verdad y del amor que se nos ha manifestado en Él.

2. Siendo un discípulo misionero abierto al Espíritu Santo

Entreguémonos a la misión siendo evangelizadores con espíritu que, como nos decía el Papa Francisco, supone ser **«evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo»**⁴⁴. Necesitamos hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y niños que salgan fuera de sí mismos. Sabemos que no lo podemos hacer por nosotros mismos; solo con la fuerza del Espíritu Santo seremos capaces de salir a anunciar las grandezas de Dios. Con esa fuerza, entenderán otros en su

⁴² Jn 8,31-32.

⁴³ Hch 17,22-25.

⁴⁴ EG 259.

propia lengua, en su situación existencial, la radical novedad del Evangelio. Seamos audaces para un anuncio novedoso que ensanche el corazón humano. Apoyémonos en la oración, en ese diálogo permanente con el Señor, para no decir palabras vacías y sin alma. Anunciemos con la palabra y con la vida que nos hemos transformado ante la presencia de Dios. **«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. [...] Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga»**⁴⁵. Si en algún momento de nuestra vida no experimentamos el amor del Señor que hemos recibido en abundancia, busquemos tiempos para volver a dejarnos cautivar por Él. Sin esta experiencia, no podemos ser evangelizadores con espíritu, caeremos fácilmente en la tristeza, el desaliento y la crítica fácil y, al final, nos quedaremos solos y sin el amor de quien nos impulsa siempre a estar con Jesús y a estar con el pueblo.

3. Siendo un discípulo misionero que quiere hacer llegar a todos el amor de Dios

Aún recuerdo con alegría la primera encíclica del Papa san Juan Pablo II, cuando nos decía: **«El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Resucitado [...] revela plenamente el hombre al mismo hombre»**⁴⁶. ¡Qué gracia más inmensa sabernos elegidos y bendecidos para mostrar y acercar el amor mismo que es Jesucristo! ¿Cómo no celebrar la elección que el Señor hizo de nosotros para darse a conocer, hacernos miembros vivos de su Pueblo y decirnos también: id y mostrad, enseñad? La Iglesia no puede abandonar al ser humano, esté donde esté. No puede dejar de mostrarle la plena verdad de su existencia, de su ser personal y comunitario. El hombre es el camino primero que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión. Este camino viene trazado por el mismo Jesucristo, y Él nos conduce en ese camino a través del misterio de la Encarnación y de la Redención.

⁴⁵ EG 262.

⁴⁶ RH 10a.

La tarea es complicada para nosotros, pero ¡qué fácil le resulta al Señor! Él quiere salir al encuentro del hombre en todas las épocas, también en estos momentos y circunstancias de la historia, para acercar su amor a todos y para hacerles sentir y vivir lo que más necesitan. El Señor lo hace siempre con las mismas palabras: **«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»**⁴⁷. Conociéndole a Él, conocemos la verdad del amor. La verdad es Él. Y la verdad es que, sin amor, el ser humano no puede vivir. Conozcámosle a Él, sintamos su presencia, vivamos en su presencia. Esto no son simples palabras que suenan bien. Es la realidad más grande que existe: solamente el amor de Dios nos libera y elimina las esclavitudes en las que caemos. Solamente una respuesta clara a este amor nos construye. Sus palabras nos exigen y nos comprometen a tener una relación honesta con la verdad. Sin una cordialísima relación con ella, no existe libertad o esta queda deteriorada. A mí siempre me impresionaron las palabras del Señor ante Pilato cuando le preguntaron acerca de la acusación que le hacían. Jesucristo respondió con una contundencia y seguridad que imponen: **«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad»**⁴⁸. Pero también es cierto que esto no solamente lo debemos decir con palabras, sino que se ha de manifestar con nuestras obras.

Como nos dice el Papa Francisco, **«es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una resistencia activa»**⁴⁹. Pero no vale decir, para justificar nuestros miedos y nuestras inseguridades, que esta época nuestra es más difícil. No es más difícil, es distinta. Lo que sí es cierto es que requiere discípulos misioneros que no vivan en el lamento permanente, que aprendan de los santos de todas las épocas, que afrontaron muchas dificultades, y con sus vidas dieron respuestas coherentes, valientes y creativas a los desafíos que se les presentaban. Os invito a que os pongáis delante de un santo de vuestra mayor devoción y a que leáis algún escrito suyo. Estoy seguro de que nos avergonzaremos de nuestras quejas acerca del momento que vivimos, y sentiremos la invitación a tener coraje para enfrentarnos a él igual que los primeros cristianos. Para Dios no hay paréntesis en la historia. Hoy nos acompaña la fuerza del mismo Espíritu Santo que nunca abandona a su Iglesia.

⁴⁷ Jn 8,32.

⁴⁸ Jn 18,37.

⁴⁹ EG 263.

4. Estando convencido de que es discípulo misionero si vive con entusiasmo y la convicción de que en todos los seres humanos hay hambre por conocer la verdad

¡Cuántas veces hemos dicho que no se puede hacer nada! ¡Cuántas veces tenemos la tentación de retirarnos de ciertos campos apostólicos! En el fondo, todo ello sucede porque no nos acabamos de creer lo que el Papa san Juan Pablo II nos decía: **«El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza»**⁵⁰. La tristeza, el desaliento, la inseguridad, el decir «no puedo más», responden a no creernos ni tomar en serio que hemos sido creados para la amistad con Jesucristo y para el amor fraterno. ¡Cuántas situaciones en nuestra vida y en nuestra cultura tendrían otra solución con cristianos convencidos de esta realidad que somos!

No busquemos salidas que esquiven la realidad fundamental que somos y tenemos. La identidad fundamental del Pueblo de Dios es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo. Su ley es amar como el mismo Cristo nos amó. Su destino, el Reino de Dios que el Señor comenzó y llevará a la perfección al final de los tiempos. ¡Qué maravilla ver al Pueblo de Dios siendo ese germen de unidad, esperanza y salvación para todos los hombres! ¡Qué serenidad provoca en el corazón descubrir cómo Cristo hace de este Pueblo de Dios una comunión de vida, amor y unidad y lo asume como instrumento de redención universal y lo envía como luz del mundo y sal de la tierra!⁵¹ ¡Qué alegría provoca en nuestro corazón sabernos llamados a la pertenencia eclesial por pura gracia! Ni somos mejores que nadie ni más inteligentes, ni con determinadas cualidades o pertenecientes a una raza especial. Somos iguales que el resto de la humanidad, con niveles distintos de inteligencia, con cualidades muy diferentes y de todas las razas y culturas. Somos pura gracia de Dios a la que tenemos que responder. **«Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar»**⁵².

⁵⁰ RM 45, cit. en EG 265.

⁵¹ Cfr. Mt 5,13-16.

⁵² EG 273.

IV. Con las armas para la misión, realizando el bello escándalo de la caridad que provoca el amor de Dios

1. El arma de la paternidad y de la fraternidad. Acoger la atmósfera vital que Jesucristo nos ha regalado para la misión

Me refiero a la que el Señor nos regaló a través del padrenuestro⁵³. Muchas veces nos hemos quedado en repetir esas palabras que salieron de los labios de Jesús, pero, de lo que se trata y quiere el Señor, es de que vivamos desde esa atmósfera que tiene unas claves fundamentales:

a) **Padre nuestro.** Todos los hombres somos hijos de Dios, tenemos un Padre y, por tanto, todos los hombres somos hermanos.

b) **Que estés en los cielos.** Para encontrarnos con ese Dios Padre y con todos los hombres como hermanos, necesitamos salir de nosotros mismos y mirar a lo alto.

c) **Santificado sea tu nombre.** La santidad de Dios inunda el universo, las huellas de Dios están en todas las partes, todo salió de sus manos. Donde mejor se ven esas huellas es en el ser humano, pues fuimos creados a imagen y semejanza de Él.

d) **Venga a nosotros tu Reino.** Estamos deseosos de que el Reino de Dios se haga presente, de que llegue y nos alcance, pues los reinos de este mundo, los que construimos los hombres, no nos hacen vivir como hermanos.

e) **Hágase tu voluntad.** Deseamos, necesitamos que la voluntad de Dios se cumpla y por ello le decimos: «Hágase tu voluntad». Es decir, le prestamos nuestra vida para que, a través de nosotros, se haga y se realice lo que Dios quiere, su proyecto de amor para la humanidad. Por eso le decimos: «Aquí me tienes, Señor», «aquí estoy».

⁵³ Cfr. Mt 6,9-13.

Las demás expresiones del padrenuestro son peticiones que responden a un modo de ser y vivir los hijos de Dios.

2. El arma de la confianza y de la fe. Vivir la misión confiados en la fuerza y en el poder de Dios

La tempestad calmada⁵⁴ es una expresión clara de la petición que el Señor nos hace para vivir confiando en Él. Es verdad que pueden surgir momentos de oscuridad, de tinieblas, de dificultades de todo tipo, las que nos llegan por nuestros propios límites y las que nos llegan por las diversas circunstancias en las que vivimos los hombres. La tentación es perder la confianza, creer que vamos solos, aun cuando el Señor nos ha asegurado que nunca nos abandonará, que siempre estará con nosotros. Que siempre tengamos la valentía y el atrevimiento para dirigirnos al Señor y decirle como los discípulos: «**¡Señor, sálvanos, que perecemos!**». Y que también tengamos los oídos y el corazón abierto de tal manera que oigamos al Señor que nos vuelve a mirar penetrando nuestro corazón para decirnos con inmenso amor: «**¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?**». Contemplemos nuestra vida y descubramos que, cuando nos dejamos conquistar el corazón y la vida entera por el Señor, somos otros, y la realidad ha cambiado: «**Vino una gran calma**».

3. El arma del ardor evangélico de la misión. Vivir la misión y pasión del sembrador de la parábola que reparte semillas por todos los lugares donde pisa

Lo más necesario es estar disponibles para sembrar⁵⁵. Esto lo podemos hacer todos los discípulos y ahí identificarnos como misioneros. No miramos el éxito, solo nos ocupa que en toda la tierra caiga la semilla. El sembrador salió a sembrar. Esta es nuestra tarea. Los resultados de la siembra los da el Señor. Que la semilla caiga al borde del camino, en terreno pedregoso, entre abrojos o en tierra buena, no depende de nosotros. De nosotros depende que sembremos, que vayamos a los caminos por donde están los hombres y anunciemos el mensa-

⁵⁴ Cfr. Mt 8,23-27.

⁵⁵ Cfr. 13,3-23.

je. Los resultados de la siembra no dependen de nosotros. Lo nuestro, lo que nos manda el Señor, es que salgamos y sembremos. Lo demás lo hace Él. Nunca caigamos en la tentación del desánimo por los malos resultados obtenidos. Valoremos lo que hacemos por el amor que ponemos en todas las cosas y por la capacidad que tenemos para entregarnos a mostrar el rostro de Dios a nuestros contemporáneos.

4. El arma del amor a todos los hombres. Realizar la misión permitiendo vivir y contemplar todas las maravillas que Dios obra con quienes nos encontramos

Hay una parábola que a mí siempre me impresionó y que he guardado en mi corazón para la misión que en diversos lugares y circunstancias he tenido que llevar a término. Me refiero a la parábola del trigo y la cizaña: **«El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó»**⁵⁶. Ya desde el mismo inicio de la evangelización, el Señor quiso hacernos ver lo importante que es percibir las maravillas de Dios que se hacen presentes en toda la realidad. Es cierto que, junto a esas maravillas, aparece el mal. Junto al trigo crece la cizaña. ¿Qué quieren los criados? ¿Qué hace el dueño del campo? Demasiadas veces nuestras estrategias pastorales se parecen a las de los criados: nos dedicamos a arrancar anticipadamente la cizaña, a señalar exclusivamente lo negativo, a destruir, sin más, lo que confunde. Sin embargo, el dueño actúa de manera bien diferente. Los criados piden una reacción rápida y fulminante: la del enfrentamiento y la confrontación, la del acoso y la impugnación sistemática: **«¿Quieres que vayamos a arrancarla?»**. El propietario del terreno, que representa a Dios, dice: **«Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero»**. Es la estrategia de quien sabe que el poder es de él y se manifiesta en el paciente esperar. No quiere agredir. Desea provocar con su mirada que se den cuenta del mal y sus consecuencias, y se conviertan.

⁵⁶ Cfr. Mt 13,24-30.

5. El arma de prestar la vida a todos los hombres para que vivan. Vivir la misión dejando espacio a todos

La parábola del grano de mostaza⁵⁷ es de una fuerza extraordinaria para ver cómo, desde nuestra pequeñez e insignificancia, podemos hacer grandes obras. La semilla de mostaza es diminuta y simple. Puede compararse con nuestra vida. Somos pequeños, con muchas incapacidades, pero la fuerza, el amor y la gracia de Dios la hacen muy grande. Si en nuestra vida entra el amor de Dios tal y como se nos ha manifestado en Jesucristo, seremos capaces de acoger a todas las personas sin distinción: **«Se hace un árbol hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas»**. Tan grande se hace y se muestra nuestra vida que nos da capacidad para hacer cosas inimaginables para nuestras pobres fuerzas. Prestar lo que somos y tenemos a todos los hombres, sean quienes sean, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, genera un dinamismo imparables y capaz de regalarnos lo que no nos atrevemos ni a pedir.

6. El arma del humanismo cristiano, convencidos de que es un bien personal y social y que cambia la dirección de la humanidad

Me fijo en la parábola de la levadura⁵⁸. En la secuencia de la Misa de Pentecostés, se le invoca así: **«¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven! Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo. Lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo. Doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero»**. ¿Por qué traigo a colación esta secuencia? Porque la parábola de la levadura me hace recordar lo que es la Iglesia en medio del mundo. Como en Pentecostés, sigue saliendo a los caminos de los hombres con la fuerza del Espíritu Santo y entrega la novedad de Cristo a la humanidad, fermentando una nueva manera de ser y de hacer.

7. El arma del amor mismo de Jesucristo acogido, vivido y mostrado en el camino a todos los hombres

Tres parábolas me llevan a ver lo que supone vender todo y cambiarlo todo por tener a Jesucristo. Dos de ellas nos muestran cómo se transforma el

⁵⁷ Cfr. 13,31-32.

⁵⁸ Cfr. 13,33.

mundo y cómo se cambia el ritmo de sístole y diástole del corazón humano. La tercera nos convoca a salir en búsqueda de todas las personas sin excepción, a no constituírnos en un simple grupo de amigos o de personas que piensan todas igual.

La primera parábola se refiere al tesoro escondido en el campo y al hombre que lo encuentra y compra el campo⁵⁹. ¡Qué aventura más maravillosa es encontrar el tesoro que llena la vida, vender todo por tener este tesoro que es Jesucristo! ¡Cuántos tesoros acumulamos en nuestra existencia que no llenan la vida! Comprar el campo: antes no era mío, por tanto no tenía tesoro; ahora el campo es mío y es diferente: tiene tesoro. Mi vida con tesoro.

La segunda parábola es la del comerciante de perlas finas⁶⁰. Tiene muchas perlas, pero no de valor. No le hacen feliz, no dan esplendor a su vida, no le aportan lo que él necesita. Las perlas finas son todas las cosas que acumulamos y que no dan sentido a nuestra vida, ni enriquecen a quienes están a nuestro lado. Encontrar una de gran valor es haber encontrado lo que me hace feliz, lo que dinamiza mi vida y hace posible que movilice la de los demás. Esa perla de gran valor es Jesucristo. Por Él se vende todo, porque solo Él da plenitud a la existencia.

La tercera parábola es consecuencia de las anteriores⁶¹. Cuando hemos encontrado a quien para nosotros es el Camino, la Verdad y la Vida, no podemos guardárnoslo. Seríamos unos egoístas redomados. Hemos de salir a buscar a otros y lo debemos hacer sin distinción, como cuando se tira la red en el mar para pescar. A todos les ha de llegar la noticia, aunque no todos la aceptarán como el valor más grande. El verdadero discípulo misionero es el que sale al encuentro de todos. Cogido íntimamente por Cristo, enriquecido por Él, sale a la misión sin miedo a nadie ni a nada; convoca a todos, aunque la respuesta no sea unánime, pero hace lo que tiene que hacer porque se sabe gozoso discípulo misionero.

⁵⁹ Cfr. Mt 13,44.

⁶⁰ Cfr. Mt 13,45-46.

⁶¹ Cfr. Mt 13,47-48.

Un epílogo necesario

Comencé a escribir esta carta en la fiesta de la Asunción de la Virgen María. A Ella le pedí que me diese su ayuda, que intercediese por mí para tener la sabiduría de poder presentar de una manera sencilla y comprensible lo que en este curso próximo va a ser la tarea de los que formamos parte de esta Iglesia particular de Madrid.

Os invito a leerla en un clima orante, sin prisas, donde nos dejemos tocar el corazón por el Señor. Y con el deseo de que todos los cristianos sintamos cómo el Espíritu Santo, como aconteció en Pentecostés, nos hace salir porque provoca en nosotros el compromiso apasionante de la misión.

Esta carta es la tercera del Plan Diocesano de Evangelización (PDE). Llevamos trabajando dos años. Muchos de vosotros os habéis incorporado a una lectura creyente de la Palabra de Dios que nos hacía ver lo que el Señor quería de nosotros. En el primer año del PDE tratamos *La conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia*; en el segundo año consideramos los *Desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid*; y en este próximo curso, tercero del PDE, os invito a trabajar sobre *El Pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo*.

Quisiera que todos los que formamos parte de la Iglesia que camina en Madrid hiciéramos el esfuerzo de hacernos las preguntas que siguen. De alguna manera nos ayudan a concretar nuestra participación en el anuncio de Jesucristo:

1. ¿Hacemos partícipes de la misión a todos los cristianos, cada uno en su condición? ¿Ofrecemos la Palabra y los Sacramentos con una conciencia clara y una convicción absoluta de que el Espíritu se manifiesta y actúa en ellos?

2. ¿Tenemos como criterio habitual de discernimiento pastoral servirnos de los consejos parroquiales de Pastoral y de Asuntos Económicos? ¿Son espacios reales para la participación efectiva de todas las realidades eclesiales que están en los límites de la parroquia?

3. ¿Cómo es nuestra actitud ante los problemas reales que se presentan en estos momentos en nuestra misión? ¿Somos solamente reactivos o procuramos ser

pro-activos? ¿Generamos espacios reales, aprovechamos las diferentes situaciones y acontecimientos para manifestar la misericordia de Dios?

4. ¿Cómo acompañamos a las personas y a los grupos para que vayan discerniendo? ¿Ayudamos, estamos abiertos y nos damos tiempos para dejarnos interpelar por la búsqueda del bien de la Iglesia y de su misión en el mundo?

5. ¿Cómo hacemos vida en nuestras comunidades cristianas las palabras del Concilio Vaticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»⁶²?

Toda mi carta pastoral tiene un deseo: ver, vivir, contemplar a la Iglesia en su misión desde Jesucristo, porque cuando el Señor no se erige como centro, se debilita, pierde su vigor y su fecundidad. Del mismo modo, cuando pretende vanamente tener luz propia, deja de ser ese *mysterium lunae* del que nos hablan los Santos Padres.

Con el deseo de que, *entre todos, con todos y para todos*, un año más salgamos ilusionados a la misión y a encontrarnos con todos los hombres y mujeres, con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

En Madrid, en el Día del Señor, 20 de agosto de 2017.

⁶² GS 1.

CARTAS

UN NUEVO CURSO PARA ENCONTRARNOS CON JESUCRISTO

(4 al 10 de septiembre)

Cuando estaba pensando en mi primera carta de este curso para vosotros, me vinieron a la memoria estas palabras del Papa Benedicto XVI: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva". Mi deseo es que estas palabras sean las que marquen la dirección y el contenido de este curso que comenzamos. Este es el programa que se nos entrega desde el inicio mismo de la evangelización. Recordemos el encuentro de Jesús con Juan Bautista, cuando estaba con dos de sus discípulos. Pasaba Jesús a su lado, se fijó en Él y dijo a quienes le hacían compañía: "Este es el Cordero de Dios". Aquellos dos siguieron a Jesús y este les preguntó: "¿Qué buscáis?". "Ellos le contestaron: "Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?". Él les dijo: "Venid y veréis". Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día" (cf. Jn 1, 35-39). ¡Qué bella experiencia la de aquellos primeros cristianos! Es la experiencia que todos nosotros necesitamos: ser fascinados por el Señor. Pero para esto, es necesario que demos ocasión al Señor de que lo haga.

Después de este tiempo que para muchos ha sido de descanso y para otros muchos de trabajo, en esta nueva etapa que ahora comienza, quisiera ser para vosotros como Juan Bautista. Quiero deciros con todas mis fuerzas que Jesús es el camino que nos lleva siempre a lugar bueno, que Jesús es la vida verdadera que todo ser humano necesita, que en Jesús encontramos la verdad que todos buscamos. Ser felices es lo que más ansía todo ser humano. Por ello, mi fe y mi misión me impone deciros con todas mis fuerzas: "Este es el Cordero de Dios", ahí tenéis a quien buscáis, ahí tenéis a quien puede llenar vuestra vida, a quien puede dar respuestas a vuestros interrogantes, a quien os entrega la paz verdadera, la luz cuando todo nos parece que está oscuro o ensombrecido. Sí, ahí tenéis a Jesucristo, que con fuerza os dirige estas palabras: "¿Qué buscáis? ¿Qué buscáis en la vida? ¿Qué es lo que necesitáis?". Y la respuesta nos la da el mismo Señor cuando nos dice: "Venid y lo veréis". ¿Estamos dispuestos a ir?

Os invito a que visitéis y entréis en estos lugares en los que podemos encontrarnos con Nuestro Señor Jesucristo:

1. Leed y medita la Palabra de Dios. Es un lugar privilegiado para encontrarnos con Jesucristo. Es fuente de vida y es el alma de la evangelización. Cuando desconocemos la Escritura, desconocemos a Jesucristo. Escuchemos y meditemos la Palabra de Dios para tener un encuentro vivo con Jesucristo, que nos provoca a la conversión verdadera y a la comunión con Él y, por ello, con todos los hombres. Leed orantemente la Palabra, no lo hagáis deprisa; dejad que entre en vuestro corazón y que aliente vuestra vida.

2. Celebrad la fe, que la sagrada liturgia no sea una cosa más. Entrad de lleno y dejaos penetrar por los misterios del Reino. Una fe que no es celebrada a la larga se debilita y llega a morir. Id a la celebración de la Eucaristía, que es un lugar privilegiado de encuentro de los discípulos con Cristo. Encontraos realmente con Jesucristo presente en el misterio de la Eucaristía y haced vuestra la vida del Señor, donde las palabras del apóstol san Pablo adquieren una fuerza especial: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí". Por eso nos impulsa a amar y amar a todos, a dar la vida por todos, a ir y estar con Jesucristo en todos los lugares donde hay necesidad de bien, bondad, paz y vida. Cristo actúa a través de nosotros con nuestras obras, desde y con nuestra comunión con Él y desde nuestra oración.

3. Haced y construid lo que quiso el Señor: la Iglesia-familia. Esa familia que se genera en torno a una Madre. Descubramos en María la realización de la

existencia cristiana, que escucha a Dios, acoge su palabra, celebra su presencia y se hace misionera y peregrina. Ella tuvo una misión única en la historia y Ella nos invita a tenerla nosotros también dando rostro a Jesucristo allí donde estemos. Hagamos la peregrinación de discípulos misioneros junto a la Virgen María. Ella es maestra, formadora de misioneros. Allí donde está, Ella da alma y ternura, amor y generosidad, entrega y misión, encuentro y reconciliación, que es lo que más necesita esta humanidad.

En el ambiente en el que vivimos, hay una manera legítima de vivir la fe, de aprender a ser misioneros: id toda la familia juntos a un santuario de la Virgen María, haced una peregrinación. Aquí en Madrid, nuestra catedral de La Almudena es santuario de nuestra Madre; visitadlo, peregrinad, orad, pedid, tratad de imitar a la Virgen, subid a su trono, besad su pie. Del mismo Evangelio emerge la mujer libre, fuerte, con su camino bien orientado en el seguimiento de Cristo, consciente de que es ese camino el que necesitamos los hombres. De y con María aprendemos a ser discípulos y a ser misioneros. Aprendamos con Ella a contemplar la belleza y la profundidad del amor de Cristo. María se convirtió en el primer santuario de Dios, fue en Cristo casa y escuela de comunión. ¿No es esto lo que tiene que ser la Iglesia?

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, Arzobispo de Madrid

TODOS EN LA BÚSQUEDA DE CAMINOS DE PAZ Y RECONCILIACIÓN

(11 al 17 de septiembre)

Con esta frase: "Todos en la búsqueda de caminos de paz y reconciliación", quisiera resumir lo que el Papa Francisco nos ha regalado en su viaje apostólico a Colombia; es una tarea válida y necesaria para los hombres de buena voluntad. Las palabras en los viajes apostólicos del Santo Padre van dirigidas a los cristianos del lugar que visita, donde se dan unos acentos y una problemática especial, pero también son las del Sucesor de Pedro que mira a todos los hombres. Buscar caminos de reconciliación es una tarea de toda la humanidad, hemos de buscarlos; sabemos que la búsqueda de la paz, la justicia y la verdad, y devolver la dignidad que Dios mismo da a todos los seres humanos cuando ha sido robada, es una tarea para todos.

En Colombia el Papa ha sido claro al pedir que, a pesar de los obstáculos y los distintos enfoques, persistamos en construir la cultura del encuentro, que en definitiva es saber que, más allá de las diferencias, somos parte de algo grande que nos une y nos trasciende: somos hijos de Dios y hermanos todos. Para los cristianos es la "cultura que comienza y tiene su culmen en la Encarnación". El Hijo de Dios no

tuvo a menos hacerse hombre y venir al encuentro de todos, para que todos vivamos por Él, con Él, en Él y como Él. El Hijo nos ha revelado que somos hijos de Dios, el Hijo se hizo Hermano nuestro para mostrarnos y revelarnos que somos hermanos.

Nadie es sobrante en este mundo, todos somos necesarios para crear y formar la gran familia de los hijos de Dios, para construir la sociedad; de ahí que vayamos buscando con más tesón y más urgencia a quienes aún no cuentan, a quienes están postergados o arrinconados. Todos tienen cabida en esta tierra que hizo Dios para el hombre, al que puso como dueño de la misma. El Papa Francisco nos ha recordado cómo la Iglesia, fiel a su misión, está comprometida en servir y respetar la vida que es sagrada, a la familia soñada por Dios y que es fruto del amor de los esposos y, por ello, lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, a dejarnos interpelar por aquellos que muestran en sus rostros dolor y en sus manos súplica y ayuda.

El Papa Francisco en esta visita apostólica nos ha regalado miradas, tareas, ya desde los primeros momentos de su peregrinación en Colombia. Me gustaría convertirlas en bienaventuranzas que nos ayuden a situarnos en la vida como discípulos misioneros:

1. Bienaventurados si tenemos la experiencia viva en nosotros de que Dios nos ama con amor de Padre; entonces tendremos la alegría y el gozo que nace del amor de Jesús que nos invita a incendiar el mundo de este amor.

2. Bienaventurados si somos sensibles y nos dejamos conmover al reconocer los sufrimientos y las fragilidades del ser humano, y estos nos abofetean y movilizan.

3. Bienaventurados si somos capaces no solamente de juzgar y señalar desaciertos, que los hay, sino de comprender y de encontrarnos para dar soluciones. Seremos y haremos bienaventurados si entramos en la cultura del encuentro.

4. Bienaventurados si somos capaces de hacer algo difícil en la vida como es perdonar, con la seguridad de que eso sana el corazón de quien lo hace y de quien lo recibe. El Señor nos enseña a hacerlo, Él nos perdona y nos dice: sigue adelante, no te pares, haz el bien, da de lo que yo te he dado, he sanado tu corazón.

5. Bienaventurados si, como Jesús, damos el primer paso. De ese paso, que es el mismo Jesús, proviene la libertad de un amor que todo lo precede; quienes lo reconocen y lo acogen no tienen miedo a perderse saliendo de sí mismos.

6. Bienaventurados si somos capaces de no hacer enmudecer la voz, la vida y el amor de Aquel que nos ha llamado. Buscándolo siempre en la oración, cumplamos el primer paso imitando a Jesús, de ser uno para todos sean quienes sean.

7. Bienaventurados si somos humildes, si nunca aparece el miedo; es así como mantenemos el coraje para tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de la gente.

8. Bienaventurados si somos capaces de mantener la mirada propia de obispos, sacerdotes, consagrados y laicos, que nos anima a descubrir que siempre se puede hacer de otra manera; si dejamos de tener miradas miserables y vivimos del tesoro que es Jesucristo mismo, que nos impulsa a la búsqueda de la gloria de Dios, que es el hombre viviente.

9. Bienaventurados si miramos al hombre concreto y esclarecemos su misterio en Cristo, a quien ama, a ese de carne y hueso, con historia y fe, con esperanza y sentimientos, con desilusiones y frustraciones, con dolores y heridas.

10. Bienaventurados si tenemos la valentía de ir mar adentro a pesar de las dudas y temores a la tormenta, con capacidad de perdón y dejando la venganza, siempre en la búsqueda de la unidad, de la justicia, de la paz y de la reconciliación, poniendo la mirada en los que son excluidos y marginados y dejando la guerra que produce lo más bajo que hay en nuestro corazón.

He querido poner en forma de bienaventuranzas lo que el Papa Francisco ha dicho en Colombia, con la convicción de que son necesarias y urgentes para nosotros.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro, Arzobispo de Madrid

ACOGER LA BELLEZA DEL PERDÓN, LA RECONCILIACIÓN Y LA MISERICORDIA

18 al 24 de septiembre de 2017

En el momento histórico que vive la humanidad en todas las partes de la tierra, cuando la ruptura, el enfrentamiento, el rencor, el odio y la venganza aparecen envueltos en aparentes regalos de libertad, pero sin dar contenido a la misma, tenemos urgencia de acoger el perdón, la reconciliación y la misericordia. Recogiendo algunos apuntes de mi juventud, he visto escritos en ellos unas palabras del cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal Española, en el año 1971, y he recordado el eco que tuvieron en su corazón y en el de todos los obispos de entonces. Demostraron instinto histórico para saber y ver lo que necesitaba en aquel momento nuestro pueblo y también para mantenerse fieles y libres a los imperativos del Evangelio y a lo que la Iglesia en nombre de Jesucristo tiene que anunciar siempre.

Para sacar adelante cualquier proyecto que tenga vigencia para todos y nos haga reunirnos con las diferencias legítimas que construyen y hacen la comunión, tienen que acogerse necesariamente en el corazón estos tres ejes: perdón, reconciliación y misericordia. Esos que tan bellamente formula Nuestro Señor en la oración

que salió de sus labios, el padrenuestro. Es verdad que no todos los hombres son creyentes y los que son de otros credos no conocen a Jesucristo, pero estas categorías existenciales son necesarias e imprescindibles si los humanos deseamos y queremos tener salidas para vivir y dejar vivir.

Los cristianos no podemos hablar de ellas con conceptos abstractos, sino formularlas a través de la contemplación de la Persona misma de Jesucristo. Para nosotros la belleza del perdón, de la reconciliación y de la misericordia tienen un rostro, no son ideas; contemplamos lo que significan y contienen en la persona de Jesucristo. Y es esto lo que quisiera entregaros con esta carta en estos momentos que vive el mundo, donde acontecen tantos enfrentamientos. Ojalá sepa decirlo con la belleza que tienen estas palabras en la Persona de Jesucristo.

Es imposible saber su contenido si no descubrimos que el progreso para un discípulo de Cristo, en el perdón, la misericordia y la reconciliación, significa lo que significó para Él: abajarse, entrar por el camino de la humildad para que sobresalga, se vea y se manifieste el amor de Dios. Este fue también el camino de la Virgen María, como nos dice el Evangelio. Ella no entendía bien, pero deja su vida a la voluntad de Dios. Porque, para que llegue el amor de Dios a nuestra vida y se manifieste en medio de los hombres, hay que entrar por el camino de la humildad. ¿Qué humildad? La misma que siguió Jesús, que siendo Dios no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, se despojó de su rango y se bajó hasta la Cruz (cf. Fil 6). Pero, ¿esto no quiere decir que caminemos por la vida con los ojos bajos? Muy al contrario, hay que ponerlos bien altos, de tal manera que se manifieste toda la caridad de Dios, todo el amor de Dios que es el camino que el Señor eligió incluso cuando se manifestó en su Resurrección. Nuestro Señor nos empuja a amar y a hacerlo cada vez más y mejor, y esto pide que asumamos que nuestra vida esté estructurada por los ejes que antes mencionaba.

1. La belleza del perdón. El mundo puede hacerse cada vez más humano si introducimos el rostro del perdón tan esencial en el Evangelio. El perdón tiene que manifestar que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado. Si eliminamos el perdón convertimos el mundo en un lugar de una justicia fría e irrespetuosa, en cuyo nombre cada uno reivindicaría lo que considera propio respecto a los demás e invocaría egoísmos adormecidos. La liberación y la salvación que nos regala Jesucristo alcanzan a la persona humana entera, en su dimensión física y espiritual. Y siempre van unidos dos gestos: la curación y el perdón. No existe curación verdadera sin perdón. El perdón siempre rehabilita. Y el perdón más gran-

de es aquel que Dios mismo nos entrega, al tiempo que nos pide siempre que, lo que Él nos da, lo demos nosotros también. Los cristianos tenemos el sacramento del perdón, de la Penitencia; en la medida en que lo practicamos sentimos la urgencia de dárselo a los demás. Quien sabe del perdón de Dios, no puede retenerlo para sí, lo entrega a los hombres.

2. La belleza de la reconciliación. Nuestro mundo necesita personas que, en las relaciones de los hombres, engendren la reconciliación con las medidas que nos da Jesucristo. ¿Es utopía? No. Es posible y así lo hicieron y lo siguen haciendo muchos cristianos en muchas partes de este mundo. En la revelación de Jesucristo nos va diciendo que el Reino que trae Él está destinado a todos los hombres, pues todos están llamados a ser sus miembros, pero en sus manifestaciones y encuentros también vemos cómo se acercó con especial interés a aquellos que estaban al margen de la sociedad cuando anunciaba la Buena Noticia; quería tratar a todos como iguales y como amigos, haciéndoles vivir una experiencia de liberación y reconciliación. Haciéndoles sentirse amados por Dios y reconciliados por Él. ¿Qué hondura alcanza la reconciliación entendida como verdadera solidaridad! No hay reconciliación sin solidaridad. La solidaridad nos ayuda a ver al otro, ya sea persona, pueblo o nación, no como un instrumento cualquiera para explorar, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un semejante al que hago partícipe del banquete de la vida al que todos los hombres estamos invitados. La reconciliación trae paz y desarrollo y es un signo distintivo de los discípulos de Cristo pues, como Él, estamos y vivimos para reconciliar. El otro debe ser amado con el mismo amor que ama el Señor.

3. La belleza de la misericordia. El rostro de la misericordia es Jesucristo, Él revela la misericordia de Dios que es fuente de alegría, de serenidad y de paz. ¿Qué hondura alcanza para vernos los humanos el contemplar cómo Dios viene a nuestro encuentro! Para manifestar su omnipotencia a los hombres, Dios usa la misericordia. ¿Qué grande es Dios para los hombres! Manda a su Hijo al mundo para revelar y decir a los hombres que "Dios es amor" (1 Jn 4, 8.16). Una misericordia que se hizo visible y tangible en Jesucristo y que el Señor desea y quiere que se siga haciendo visible a través de todos los que somos sus discípulos. Como muy bien nos decía el Papa Francisco, "La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia [...] La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia "vive un deseo inagotable de brindar misericordia"" (Misericordiae vultus 10). O como nos recordaba el Papa san Juan Pablo II: "El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo

un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente" (RH 10a). Y el amor de Dios tiene un nombre, misericordia, y un rostro, Jesucristo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, Arzobispo de Madrid

EL CAMINO DE LOS DISCÍPULOS

(25 de septiembre al 1 de octubre)

¡Qué bueno es contemplar el Evangelio y ver cómo Jesús forma a quienes deseaban ser sus discípulos! Os invito a hacer esta experiencia. A todos los que querían seguirlo, el Señor les hacía pasar por varias etapas para que fueran conscientes de quién era Jesús y qué era lo que debían hacer allí donde estuvieran. Quizá estas expresiones nos muestran el método que el Señor quería para el proceso de su formación: "¿Qué buscáis?"; "Rabí, ¿dónde vives?"; "Venid y lo veréis", y "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Es necesario el encuentro con Él, pues así se desarrollan todas las dimensiones de nuestra vida y se agrandan las potencialidades que el Señor puso en nosotros. ¡De qué modo más claro nos llama a todos al encuentro con Él, a realizar un cambio de vida, al seguimiento de su persona, a vivir la experiencia de la comunión en comunidad y a compartir con quienes nos encontremos en el camino su alegría, anunciando al Señor en medio de este mundo!

Apostemos por salir y dar a conocer al Señor. ¡Qué apuesta más importante! Esta es la misión de la Iglesia, que sabe que ha de contemplar el conjunto del

misterio de Cristo, pues es Él quien ha devuelto al ser humano la dignidad y el sentido de su existencia que había perdido. En el himno Exsultet de la Vigilia Pascual reconocemos el valor que Dios da al ser humano, el valor que tiene ante los ojos del Creador, cuando decimos que "ha merecido tener tan grande Redentor": "Dios ha dado a su Hijo" para que el hombre "no muera sino que tenga la vida eterna".

Vemos la importancia que tiene la formación de los cristianos cuando nos detenemos en el cometido fundamental de la Iglesia, que es dirigir la mirada hacia el hombre, orientar su conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo. Hemos de tener la certeza de que Jesucristo sale al encuentro del hombre de toda época, también en estos momentos de la historia, y lo hace con las mismas palabras que dijo mientras estuvo con nosotros: "Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Son palabras que exigen y advierten. Exigen una relación honesta con la verdad, que es condición para vivir la libertad, y nos advierten para que evitemos cualquier libertad aparente, superficial o unilateral, que no profundice en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo.

Precisamente porque la Iglesia desea servir al noble fin de que todo ser humano pueda encontrar a Cristo, para que sea Él quien pueda recorrer con nosotros el mundo, tenemos necesidad de saber quiénes somos y qué hemos de vivir los discípulos en medio del mundo; todo en la vida de un discípulo está estrecha e indisolublemente unido a Cristo. Como cristianos, tengamos el atrevimiento de eliminar las amenazas y los miedos que el hombre tiene hoy. Para salir a anunciar a Jesucristo necesitamos cristianos que hagan el mismo itinerario que marcó Jesús a los primeros discípulos. Pensadlo, ved si estamos en él:

1. Cristianos que tengan un encuentro con Jesucristo. Dejemos hacernos la pregunta que el Señor hizo a los primeros discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? [...] Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Es clave para encontrarnos con Él y asumir las decisiones necesarias para hacerlo. Todos los hombres buscan quizá cosas muy diferentes, pero en todas ellas hay deseos de felicidad y de plenitud. Aun en las más burdas búsquedas hay un deseo que manifiesta una insatisfacción profunda. Los discípulos de Cristo hemos de saber preguntarnos a nosotros mismos y decir a todos los hombres: "¿Qué buscáis?". Es necesario escuchar y urge propiciar el encuentro, urge poder decir: "Venid y veréis". El encuentro con Jesucristo es imprescindible para poder anunciarlo. No hay anuncio, no hay kerigma, sin un encuentro con Jesucristo. Y este encuentro no es un momento puntual, debe

ser permanente. Como permanente debe ser el anuncio del kerigma y la acción misionera. Un encuentro profundo que cambia nuestra vida, que hace verdad aquella expresión paulina: "Para mí la vida es Cristo". Un encuentro que hemos de cultivar toda la vida en un proceso de maduración permanente.

2. Cristianos en conversión permanente. Escuchemos con atención aquellas palabras de Jesús: "Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? [...] Vosotros sois la luz del mundo. [...] Brille así vuestra luz ante los hombres". Una conversión que lleva a dar sabor y luz. Quien escucha y se encuentra con el Señor vive una admiración hacia su persona y está dispuesto a vivir según lo que el Señor provoca en él. La conversión hace tomar la decisión de ser amigo entrañable del Señor, de ir tras Él. Eso nos llevará a pensar y a actuar como Él, también aceptando la Cruz del Señor y siendo atrevidos y valientes para morir al pecado y vivir con su vida y con su gracia. Descubrir lo que el Señor nos regaló en el Bautismo y volver siempre a esa vida a través del sacramento de la Reconciliación es una tarea para toda la vida.

3. Cristianos en seguimiento, que nos ponemos en marcha una vez que hemos oído: "Sígueme". "Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado en el mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme"". Cuanto más conozcamos el amor del Señor, cuanto más lo experimentemos en nuestra vida, con más fuerza y valor haremos el seguimiento de Cristo. Seguir al Señor supone profundizar en el conocimiento de su persona, descubrir el ejemplo que nos da en toda su vida. ¿Cómo hacer todo esto? Con una catequesis viva, con un vivir una vida sacramental que nos fortalece la vida y la misión que el Señor se ha empeñado en que tengamos los discípulos.

4. Cristianos viviendo en comunidad y experimentando lo que es la comunión en la vida de la Iglesia. ¡Qué profundas son las palabras de Jesús con las que nos enseña qué comunidad quiere hacer Él! "Uno se lo avisó: "Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo". Pero él contestó al que le avisaba: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?". Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre". Construyamos la comunidad cristiana, la que desea Cristo, comenzando por la primera comunidad, la más original, que es la iglesia doméstica, y por la parroquia, las comunidades de vida, los movimientos, todos viviendo de la Eucaristía, donde Cristo está en el centro y todos vivimos de Él y somos en Él. Sintamos la verdad profunda

de que la Iglesia vive de la Eucaristía. Hagamos en estas realidades eclesiales como los primeros cristianos: sintámonos Iglesia, participemos de la Iglesia, experimentando la comunión en el encuentro con los hermanos en la realidad más honda que es el mismo Jesucristo. Donde mejor se percibe lo que es la comunión es en la familia, en la iglesia doméstica, y después lo trasladamos a todas las realidades de vida comunitaria. La comunidad tiene un nombre: comunión, pues no hay comunidad cristiana sin comunión.

5. Cristianos en misión permanente. Viviendo la urgencia del mandato del Señor: "Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado". En la medida que conocemos más y mejor a Cristo, en la medida que nos convertimos, que lo seguimos, que vivimos la comunión, en esa misma medida, tenemos necesidad de compartir con otros la alegría de ser enviados a anunciar al Señor, es decir, a que sea vivo y palpable su amor, su servicio a los que más necesitan. La misión nos lanza a construir el Reino de Dios. Salir al mundo es nuestra tarea, pero salir no de cualquier manera, sino llevando siempre la persona de Cristo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro, Arzobispo de Madrid

HOMILIAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(1-09-2017)

Como podéis comprender, para mí es una alegría, después de este mes de agosto que hemos interrumpido la oración, poder juntarme con todos vosotros en este primer encuentro del curso, en este mes que comenzamos de septiembre. Y una alegría grande el poder escuchar del Señor esta Palabra que es la que vamos a oír este domingo próximo, en el día del Señor.

Yo le pido al Señor que me dé también sabiduría para poder deciros a vosotros lo que he rezado y meditado en esta Palabra que el Señor nos entrega, y para poder aproximar a vuestro corazón lo que Él quiere de cada uno de nosotros en estos momentos de nuestra vida.

En primer lugar, en este Evangelio se nos presentan dos caminos. Y es bueno el que nosotros, al iniciar el curso, descubramos estos dos caminos que se nos presentan. Por una parte está el que quiere seguir Jesús; y por otra parte está el que quieren seguir Pedro y todos los demás discípulos, porque en el fondo Pedro lo que dice es lo que piensan todos los demás. Jesús intentó explicarles a los discípulos el camino que iba a llevar. Les dijo que tenía que ir a Jerusalén y padecer mucho.

Naturalmente, habló de muerte, de ejecución y de resurrección. Pero eso no les interesaba a los discípulos. Los discípulos, en Pedro, tenían otro camino, que era el camino del triunfo, el camino de hacer un reino de este mundo en el que Jesucristo sería el rey y ellos estarían muy bien colocados, en puestos principales del mismo.

En el fondo, queridos amigos, queridos jóvenes, es lo que nos pasa a nosotros también: nos cuesta seguir el camino de Jesús, que es el camino de la entrega, el camino de la fidelidad, el camino del amor, el camino del perdón... Y nosotros preferimos elegir otros caminos que a veces no son más eficaces. Por eso, cuando Pedro le dice al Señor: "No permita Dios esto", Jesús se volvió y le dijo esa expresión que, aparentemente, es tan fuerte: "Quítate de mi vista, Satanás. Me haces tropezar. Piensas como los hombres, no como Dios".

Qué bonito es, queridos amigos, que Jesús hoy nos reúna a todos nosotros -Él realmente presente en el misterio de la Eucaristía- para decirnos: ánimo, jóvenes de Madrid. Tened el pensamiento de Dios. Tenedlo. No os arrepentiréis. Ese pensamiento que nos lleva a amar a todos, sin excepción; también al contrario, también al que me hace daño, también al que está contra mí. Jesús murió por todos los hombres. No murió por unos pocos. No murió solamente por los que pensaban como Él, porque al fin y al cabo al final se encontró solamente con su madre y con el discípulo al que tanto quería. Todos los demás se habían marchado. Y dio la vida por todos, queridos amigos. Pensemos como el Señor.

Al iniciar el curso, nosotros, dentro de un momento nos vamos a arrodillar ante el Señor. Y le vamos a decir y a pedir que tengamos el pensamiento de Dios, queelijamos el camino del Señor, que le digamos que queremos elegir y tener este camino. Pero lo queremos hacer con su gracia, con su amor, ya que con nuestras fuerzas nos cansamos, elegimos a veces otros caminos que parecen más eficaces, que se realizan con otras fuerzas... Pero ese no es el de Jesucristo.

En segundo lugar, para hacer este camino, el Señor nos hace una oferta. Me hace una oferta: pensar como Dios. Qué bonito es esto, queridos hermanos, queridos jóvenes. Pensar como Dios. Ello requiere, por nuestra parte, estar muchos ratos a solas con el Señor. Requiere pedirle al Señor que nos dé su manera de ser, su manera de hacer, su manera de construir, su manera de mirar a los hombres. Que nos regale su mirada. Queridos amigos: qué distinta es la mirada de Jesús a la que a veces tenemos nosotros. Qué mirada... Yo os invito a que cojáis el Evangelio y veáis todos los pasajes en que el Señor se encuentra con la gente y nos dice: Y

quedándose mirando, y mirándoles, y le miró... Qué mirada es la de Jesús. Mirada a la pecadora, mirada a los leprosos, mirada al que estaba tirado porque le habían apaleado, mirada a los que lo mataron. Mirada. "Perdónales, no saben lo que hacen".

¿Veis qué maravilla? Cuánto se han perdido los que no han venido esta noche aquí... Se han perdido estas palabras que nos dice el Señor. Os doy mi camino y os hago una oferta. Pensad como yo, quered como yo, mirad como yo, amad como yo. Cuando estaba preparando esta catequesis, decía: Señor, merece la pena ser cristiano, merece la pena salir por este mundo haciendo esta oferta, porque no la hace nadie. Nadie. Nadie más que Jesucristo. Nadie. La oferta que se hace es: tú me la haces, tú me la pagas; tú me das esto, yo te doy aquello. Intercambios. Jesús da la vida. Única la oferta. Y no solamente el Señor nos ofrece un camino, no solamente el Señor nos ofrece una oferta, sino que nos dice: os doy una tarea. Una tarea que tiene tres partes, como acabáis de escuchar. El que quiera venirse conmigo: primero, que se niegue a sí mismo; segundo, que cargue con su cruz; tercero, que me siga. Tres partes en esta tarea que nos ofrece el Señor al iniciar el curso: negarse a sí mismo, cargar con la cruz, y seguimiento.

Dejadme deciros dos palabras de esto, de la tarea. Qué es negarse a sí mismo. Negarse denota algo radical. Es decir, denota una cosa: es renunciar a vivir para uno mismo de manera egocéntrica, es decidirse a no tener miedo a arriesgar todo por Jesús. Eso quiere decir negarse a sí mismo. No tener miedo. Arriesgar todo por Jesús. ¿Veis qué tarea más bonita? Estar en el mundo sin miedo, arriesgándome a hacer la vida de Jesús, a regalar lo que nos regaló Jesús, a tener la mirada de Jesús, a tener el corazón de Jesús, a tener las manos de Jesús, a tener el pensamiento de Jesús, a regalar la amistad de Jesús. En esa tarea no solo hay que negarse a sí mismo. El Señor nos dice: tomar su cruz, cargar su cruz. Mirad: esta expresión la utilizaron los primeros cristianos para expresar su unión con Jesús, en su muerte y en su resurrección. Cargar con la cruz es: Jesús cargó con todos los pecados que los hombres tenemos. Todos los pecados. Todos. Con todo lo bueno. Cargó con todo. Y lo llevó sobre sí. Amándoles. Y lo que no era bueno, las cruces más pesadas, las cambió amando, dando la vida.

En este contexto, la cruz es el símbolo del sufrimiento que a veces puede llevar y conllevar el seguir a Jesús. ¿Veis? Negarse a sí mismo, no tener miedo a arriesgar la vida por el Señor, cargar con la cruz, es decir, con todo lo que los

hombres tienen. Pero vamos a cambiarlo. Con la fuerza de Jesús. Con el amor de Jesús.

Y, en esta tarea, hay una tercera parte: el seguimiento. Niégate, carga con mi cruz y sígueme. Seguir a Jesús es estar dispuesto a hacer su camino, a no pretender ganar el mundo más que como Jesús, perdiendo la vida, para darla. El verbo seguir hace referencia al seguimiento del propio Jesús.

Queridos jóvenes. Creo que sabéis que siempre elijo el Evangelio del domingo siguiente. Para no tener problemas de elección. Y que sea la Iglesia misma la que nos vaya dando lo que necesitamos. ¿Sabéis lo que es empezar este curso con esta página del Evangelio?. Yo os invito a una cosa: a que cojáis el Evangelio, capítulo 16 de san Mateo. Fácil de recordar: 16. Mateo 16. Os invito a que lo tengáis encima de la mesilla, en la habitación. Que de vez en cuando digáis al Señor: ¿qué camino he hecho, el tuyo o el de Pedro? ¿Soy como Pedro? ¿Acepto tu oferta? ¿Pienso como tú? La tarea: ¿Cómo la he hecho? ¿Me niego? ¿Cargo con la cruz de los demás? ¿Sigo de verdad?. Queridos jóvenes: esta es una propuesta especial que no os he hecho yo. Os la ha hecho el mismo Jesús al iniciar el curso.

Que el Señor bendiga a todos. Bendiga a nuestra diócesis. Bendiga este camino que vamos a hacer. Y os invito a que, cuando se publique mi carta pastoral -que es fácil de leer; aunque sea larga la leáis a trozos-, que se titula precisamente esto: Ser sal y luz del mundo, anuncia a Jesucristo. Y esta página encima de vuestra mesilla os ayudará. Vamos a estar un ratito con el Señor.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTE:

- **De Santa María Micaela:** D. Mario Fernández Torres. (12-09-2017).

PÁRROCOS:

- **De Santísimo Cristo de la Esperanza:** P. José Manuel Granados Rivera, O.de C. (12-09-2017).
- **De Presentación de Nuestra Señora:** D. Óscar Sala Arroyo. (12-09-2017).
- **De Santo Tomás de Villanueva y San Ambrosio:** D. Jorge Juan Gómez Gude. (12-09-2017).
- **De San Francisco de Asís:** P. Roberto Guerrero Boza, T.O.R. (12-09-2017).
- **De San Félix:** P. Fernando Sanz Royo, C.S.V. (12-09-2017).
- **De San Víctor:** P. Ángel Viñas Vera, M.S.C. (12-09-2017).

PÁRROCOS "IM SOLIDUM":

- **De Santo Niño del Cebú:** P. Antonio Roldán Brancolini, T.O.R. (Moderador), P. Bernardo Nebot Llinás, T.O.R. y P. Alfonso José Vivern Jaume, T.O.R. (12-09-2017).

ADMINISTRADORES PARROQUIALES:

- **De San Alejandro:** D. Enrique Sánchez Martín. (12-09-2017).
- **De Jesús y María:** D. David López Corrales. (12-09-2017).

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Nuestra Señora de Guadalupe:** P. Manuel Rubín de Celis Monteverde, M.Sp.S. (12-09-2017).
- **De Presentación de Nuestra Señora:** D. Pablo Martínez González. (12-09-2017).
- **De San Diego:** P. Manuel Romero Jiménez, T.O.R. (12-09-2017).
- **De San Francisco de Asís:** P. Federico Almenara Rodríguez, T.O.R. (12-09-2017).
- **De María Mediadora:** D. Edison Mesa Muñoz. (12-09-2017).
- **De San Félix:** P. José Alberto Linares Gutiérrez, C.S.V. (12-09-2017).
- **De San Miguel Arcángel de Carabanchel:** P. Rafael Ruiz Beltrán, C.M.F. (12-09-2017).
- **De Santo Domingo de Guzmán:** D. Leocadio Viedma Morillo, por dos años. (12-09-2017).
- **De San Víctor:** P. Pablo Márquez Vázquez, M.S.C. (12-09-2017).

ADSCRITOS:

- **A Asunción de Nuestra Señora, de El Molar:** P. Carlos Lann Chang, P.E.S. (12-09-2017).
- **A Nuestra Señora de Guadalupe:** P. Oziel Neftalí León Rodríguez, M.Sp.S. (12-09-2017).
- **A Nuestra Señora de la Luz:** D. Ernesto Sánchez Nuño. (12-09-2017).
- **A San Fernando:** D. José Rifá Ferrer. (12-09-2017).

- **A Santa Elena:** D. Héctor Hugo Vázquez. (12-09-2017).
- **A Nuestra Señora de los Dolores:** D. José Luis Méndez Jiménez (12-09-2017).

OTROS OFICIOS:

- **Capellán del Hospital Infanta Leonor, de Madrid:** D. Edison Mesa Muñoz. (12-09-2017).
- **Capellán de las Religiosas Clarisas del Monasterio de San Pascual:** D. Francisco Gabaldón Álvarez. (12-09-2017).
- **Coordinadora de Misiones de la Vicaría VIII:** Hna. María del Prado Fernández Martín, S.M.C. (12-09-2017).
- **Colaborador de la Vicaría de Pastoral Social e Innovación:** D. Francisco Inés González. (12-09-2017).

OTROS NOMBRAMIENTOS:

- **Director del Centro de Estudios Judeo-Cristianos:** M.I. Sr. Don Manuel González López-Corps (10-09-2017).
- **Secretario General de la Universidad Eclesiástica San Dámaso:** D. Héctor González de la Canal (29-09-2017).

DEFUNCIONES

– El pasado sábado 23 de septiembre falleció en Benavente (Zamora) el sacerdote D. Francisco Bernardo Centeno Cristobal, a los 63 años de edad. D. Francisco era diocesano de Astorga, donde fue ordenado en 1978. En la diócesis de Madrid fue capellán del Hospital Puerta de Hierro, desde septiembre de 2015 y adscrito a la parroquia de San Fernando desde esa misma fecha.

– El 29 de septiembre de 2017 falleció el Rvdo. Sr. D. Jesus Haro Sanchez, sacerdote diocesano de Madrid, a los 89 años de edad. D. Jesús era natural de Belmonte de Tajo (Madrid) y fue ordenado sacerdote en 1952. Fue Juez en los Tribunales Eclesiásticos de Madrid, Alcalá de Henares y Getafe, en distintas etapas; desde 2003 fue colaborador de la parroquia San Andrés; adscrito a la parroquia de la Santa Cruz, de Madrid (1984-2003). Con anterioridad fue ecónomo de Santo Domingo de Humanes (1952-1956); párroco en Cadalso de los Vidrios (1956-1964), ecónomo de Ntra Sra de las Angustias (1964-1965) y San Antonio (1965-1973), ambas de Aranjuez (1964-1965), entre otros oficios y capellanías.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

ERECCIÓN Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS.-

- **Asociación Pública de Fieles "Asociación Berit de Familias"** (26/09/2017).

APROBACIÓN DE REFORMA DE ESTATUTOS.-

- **Asociación Pública de Fieles "Scouts de Madrid - Scouts MSC"** (26/09/2017).

NOMBRAMIENTO DE PRESIDENTE.-

- **Asociación Pública de Fieles "Movimiento Familiar Cristiano":** D. Rodrigo Caminero García y Dña. Arantxa González Paraíso (08-09-2017).
- **Asociación Pública de Fieles "Congregación en Madrid de Nuestra Señora del Castañar":** Dña. Guadalupe Martín Rivas (26/09/2017).

- **Asociación Pública de Fieles "Ilustre Cofradía del Santísimo y de Nuestra Señora del Rosario", de Hoyo de Manzanares:** D. Juan Santos Blasco (26/09/2017).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de la Virgen de la Sierra, Patrona de Cabra (Córdoba)":** D. Francisco Morillo López (26/09/2017).
- **Asociación Pública de Fieles "Cofradía de Nuestra Señora de Navahonda", de Robledo de Chavela:** Dña. Josefa León López (26/09/2017).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad del Santísimo Sacramento", de Rascafría:** D. Félix González Arribas (26/09/2017).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, Patrona del Puente de Vallecas":** D. Ángel Serrano Pulido (26/09/2017).
- **Asociación Privada de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora de los Remedios", de Colmenar Viejo:** D. Vicente Matellano Izquierdo (27/09/2017).

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

SEPTIEMBRE 2017

Día 1, viernes.

- Eucaristía en la fiesta de San Egidio en la Iglesia de Nuestra Señora de las Maravillas.
- Preside la vigilia de oración con los jóvenes en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 2, sábado.

- Participa en la II Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación 2017: "Custodios del Agua", organizada por la Asamblea Episcopal Ortodoxa de España y Portugal y el Arzobispado de Madrid.

Día 4, lunes.

- A lo largo de la jornada tiene diversas entrevistas en el Arzobispado.

Día 5, martes.

- Acompaña al Papa Francisco en su visita a Colombia, del 6 al 9 de septiembre.

Día 10, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la parroquia Santa Elena.
- En la parroquia Santa Matilde, preside la Eucaristía, consagra el nuevo altar y bendice los salones parroquiales.

Día 11, lunes.

- Participa en el Acto de inauguración junto con el Hno. Jesús Etayo, Superior General de la Orden Hospitalaria, y con D. Antonio Vicente Rubio, Alcalde de El Escorial, del I Congreso Mundial de Bioética de la Orden de San Juan de Dios, en San Lorenzo de El Escorial.
- Encuentro con los Formadores del Seminario.
- Entrevista en directo en 13 TV.

Día 12, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde recibe la visita de Mons. Javier del Río, Arzobispo de Arequipa, Perú, en el Arzobispado.
- A continuación tiene varias entrevistas en el Arzobispado.

Día 13, miércoles.

- Preside en la Catedral la Misa de inicio de curso de la Curia.
- Bendice en el claustro del Arzobispado una imagen de la Virgen de la Almudena.
- Por la tarde recibe la visita de Mons. Dominic Kimengich, Obispo de la Diócesis de Lodwar, Kenia, en el Arzobispado.
- Se entrevista con los patronos-fundadores de la Fundación "Hogares Lázaro", en el Arzobispado.
- A última hora de la tarde preside, en la parroquia Nuestra Señora de las Nieves en Manzanares el Real, la Misa de clausura del triduo, con motivo de la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz.

Día 14, jueves.

- Se reúne con el Comité Ejecutivo de la CEE.
- Preside en El Escorial la Misa de clausura del I Congreso Mundial de Bioética de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Día 15, viernes.

- Se entrevista con el Rector de la Universidad Eclesiástica San Dámaso, en el Arzobispado.
- Recibe al Prior del Monasterio del Paular, P. Miguel Muñoz, en el Arzobispado.
- Por la tarde recibe varias visitas en el Arzobispado.

Día 16, sábado.

- Mantiene un encuentro de inicio de curso con los formadores del Seminario Conciliar.
- Por la tarde preside la Eucaristía en la Catedral y bendice la imagen del Señor de las Tres Caídas, con sede en la parroquia de San Andrés Apóstol. A continuación el paso es trasladado en procesión hasta la parroquia.

Día 17, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Juan de Ávila con motivo de sus bodas de oro, e imparte el sacramento de la Confirmación.
- Preside el rezo de vísperas en la capilla del Seminario Conciliar con motivo del inicio del curso académico.

Día 18, lunes.

- Preside la Eucaristía y consagra el altar de la capilla del Arzobispado.

Día 19, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde recibe a las Hermanas Ortodoxas, Hna. Elena y Hna. Julia, del Convento de Santa Elisabeta de la República de Belarús, en el Arzobispado.
- Entrevista con D. Roberto Moro, de la Secretaría de la Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico (SEDRONAR), de Argentina, en el Arzobispado.
- A continuación preside la Eucaristía de inicio de curso de la delegación de Madrid de Manos Unidas, en la Iglesia de San Martín.

Día 20, miércoles.

- Inaugura en Villaverde Bajo la ampliación del colegio diocesano San Jaime Apóstol.
- A continuación tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Encuentro con los sacerdotes de la Vicaría I, en los PP. Capuchinos de El Pardo.
- Por la tarde se entrevista con Rebbeca Ndara Bitrus, mujer nigeriana que dio su testimonio en la "Noche de los Testigos", acompañada del P. INNOCENT de la diócesis de Maiduguri, en el Arzobispado.
- Participa en la entrega de aportaciones a proyectos solidarios 2017 junto con el Presidente D. Francisco Vallejo del Banco Sabadell Urquijo.

Día 21, jueves.

- Preside la XIX Jornada de convivencia con los voluntarios y colaboradores de Cáritas Madrid, en Cercedilla.
- Por la tarde recibe visitas en el Arzobispado.

Día 22, viernes.

- Por la mañana recibe varias entrevistas en el Arzobispado.
- A media mañana tiene un encuentro con sacerdotes de la Vicaría IV, en la parroquia Nuestra Señora de la Misericordia.
- Por la tarde tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Al finalizar la tarde preside una Misa funeral, en la cripta de la Catedral, por la madre del Delegado Episcopal de Fundaciones, David López Royo.

Día 23, sábado.

- Preside la reunión del Consejo Diocesano de Pastoral en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde celebra en la Universidad Francisco de Vitoria la Misa de clausura de la III Jornada de Formación para Centros de Orientación Familiar (COF).

Día 24, domingo.

- Por la mañana celebra en la Catedral la Misa de clausura del I Congreso Nacional de Hermandades de la Sagrada Entrada Triunfal en Jerusalén.

- A medio día Eucaristía y almuerzo en la Casa de Cantabria con motivo de la festividad de la Virgen la Bien Aparecida.
- Por la tarde preside la Eucaristía de toma de posesión de Enrique González como párroco de Buen Suceso.



Día 25, lunes.

- Visita y celebra la Eucaristía en la cárcel de Soto del Real con motivo de su patrona Nuestra Señora de la Merced.

Día 26, martes.

- Se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.

Día 27, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.
- Almuerzo y debate en el Club Roma en la Sede de "La Caixa". Tema del debate: El futuro de la educación.
- Por la tarde Eucaristía con motivo de la festividad de San Vicente de Paúl y a continuación visita a la exposición del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso con motivo del primer centenario de su nacimiento, en la Basílica de la Milagrosa.

Día 28, jueves.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde entrevista con el P. Aurelio Cayón Díaz, Superior Provincial de los Sagrados Corazones, en el Arzobispado.
- A continuación preside en la Catedral la Misa de inicio de curso de la Delegación de Enseñanza y el envío de profesores.

Día 29, viernes.

- Preside la peregrinación diocesana a Fátima.

Día 30, sábado.

- Participa en Fátima en los actos de la peregrinación diocesana.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS
(Mt 28,19)

Carta Pastoral de
Mons. Juan Antonio Reig Pla
Obispo de Alcalá de Henares

Septiembre 2017

INTRODUCCIÓN

Comenzamos un nuevo Año Pastoral en el que todavía resuenan los ecos de las celebraciones del XXV aniversario de la restauración de la diócesis, el regalo del Jubileo de la Misericordia y las efemérides relacionadas con el quinto centenario de la muerte del Siervo de Dios, el Cardenal Cisneros.

Junto a estos acontecimientos extraordinarios, la vida de la diócesis ha transcurrido su curso normal con el propósito de revitalizar nuestras comunidades cristianas, procurar la formación de los laicos y recuperar la dimensión misionera de toda nuestra diócesis. En este sentido hemos de agradecer la creación del Semina-

rio *Redemptoris Mater* que, con la ayuda de Dios, nos ayudará a completar la misión “ad gentes” de nuestra querida diócesis complutense.

Comenzamos este curso pastoral introduciendo la creación de las Vicarías territoriales. Es un nuevo intento de aproximar la relación entre los arciprestazgos, para crecer, Dios lo quiera, en la mejor atención a los sacerdotes y en la creación de plataformas más cercanas para desarrollar el trabajo pastoral y de evangelización. Mi corazón se siente agradecido ante la disponibilidad que, tanto los antiguos como los nuevos vicarios, habéis ofrecido para el cuidado pastoral de nuestra Iglesia. Lo mismo tengo que decir de la renovación de algunas delegaciones y de cuantos cambios se han operado para este nuevo curso. Que el Señor os pague vuestro trabajo a todos, con la certeza de que vuestro obispo os mira a todos, sacerdotes, religiosos y laicos, con un cariño especial que lo reconozco como don de Dios.

En las reflexiones que os ofrezco a continuación hay que distinguir tres momentos. En primer lugar os ofrezco una reflexión sobre la Iglesia como lugar habitable y sobre la verdadera libertad. A continuación os presento una selección de textos del Papa San Juan Pablo II y el Papa Francisco en relación al título de este escrito: “Id, pues, y haced discípulos”. Con ello se pretende avalar con la voz autorizada de los sucesores de Pedro el trabajo de este curso que estará centrado en la iniciación cristiana y en la formación del discipulado.

En la última parte ofrezco una enumeración de aquellas cuestiones pastorales que, como hablamos en el Consejo de Presbiterio, ocuparán todo el trayecto de esta nueva etapa pastoral. Me refiero en primer lugar al estudio sosegado del Documento “Los fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana”. Sin tomar una conciencia clara de todo lo que supone en estos momentos la gestación de nuevos cristianos, no podemos avanzar unas directrices serias sobre las exigencias de una renovada iniciación cristiana.

Para la promoción de la Pastoral Familiar contaremos con los documentos “Los nuevos retos de la Pastoral Familiar” y “Edificar la Iglesia doméstica”. Contaremos también con la presentación del libro de la socióloga alemana Gabriele Kubby “La revolución sexual global: La destrucción de la libertad en nombre de la libertad”.

Unidos a ambos temas, no podemos olvidar la atención a los adolescentes y jóvenes en el ámbito catequético y formativo. Para ello tendremos que

profundizar juntos en la pastoral de infancia, adolescencia y juvenil, sin descuidar la pastoral universitaria. Todos estos temas son de profundo calado y no pueden reducirse a un solo curso. Por eso iniciamos un camino de renovación que, sin descuidar la formación de un laicado misionero, nos ha de conducir con el tiempo necesario a ofrecer una respuesta más lúcida a las exigencias de la evangelización.

La pastoral de la Caridad y la atención a las personas heridas en los centros de Cáritas, Casa de Acogida San Juan Pablo II, Centro de Orientación Familiar, Pastoral penitenciaria y las propuestas caritativas de las Hermandades y Cofradías, deben continuar su curso normal. Todas ellas deben estar alentadas por el amor a Cristo, presente de manera especial en los más pobres, y con la propuesta del evangelio que viene a remediar la principal pobreza: el desconocimiento de Dios y la pérdida del sentido de pertenencia a su familia que es la Iglesia.

En el nuevo curso pastoral se van a celebrar también algunos aniversarios importantes: los veinticinco años de la Carta encíclica de San Juan Pablo II *Veritatis Splendor* y los cincuenta años de la Encíclica del Beato Pablo VI *Humanae Vitae*. Ambas son de gran interés para discernir el momento presente y su estudio nos hará volver la mirada sobre dos momentos decisivos del magisterio.

También en el mes de marzo de 2018 celebraremos los cuatrocientos cincuenta años de la reversión de las reliquias de los Santos Niños. Como hemos recordado tantas veces, nunca hubo mayor alegría y más grandes fiestas en Alcalá de Henares que en aquella ocasión. Con mirada agradecida celebraremos, pues, este acontecimiento tan relevante.

Os animo a todos a comenzar este nuevo curso con renovado entusiasmo. Unidos a nuestros fieles laicos, cuidaremos nuestro Instituto de Teología que inaugura también este año la Formación a distancia dependiente del Instituto de Ciencias Religiosas y formación *on line* de San Dámaso. Del mismo modo cuidaremos la presencia de laicos en las distintas escuelas: Liturgia, Catequesis, Evangelización, Pontificio Instituto Juan Pablo II, Escuelas de Padres, formación del Profesorado de Religión, etc. También se ofrecerán durante este año, además de las secciones del Instituto Teológico en Alcalá, Arganda y San Fernando de Henares, una Introducción a la Doctrina Social de la Iglesia con la ayuda del Profesorado de San Dámaso.

De manera particular hemos de activar nuestro amor por los Seminarios de la diócesis y por la Pastoral Vocacional. El Seminario Menor continuará su andadura atendiendo a los muchachos en convivencias continuas respetando que vivan en sus casas. El Seminario Mayor de los Santos Niños Justo y Pastor será el encargado de coordinar la Pastoral Vocacional de la diócesis, siendo el Rector el Delegado para las vocaciones. El Seminario Diocesano y Misionero *Redemptoris Mater* ocupará las dependencias del Seminario Menor para promover el conocimiento mutuo entre todos los seminaristas y favorecer la comunión entre ellos, sabiendo que forman un único presbiterio diocesano.

Todo ello lo podremos conseguir si acrecentamos el espíritu de oración, tanto en los niños, a través de los oratorios, como en los jóvenes y adultos a través de los retiros, ejercicios espirituales, encuentros de oración, iniciación a la Liturgia de la Horas, pautas de oración familiar, etc.

Comencemos pues este nuevo curso bajo la protección de los Santos Niños y la intercesión maternal de la Virgen María.

I. VERDADERAMENTE LIBRES EN UNA IGLESIA HABITABLE

Como ha ocurrido en todas las épocas de la Iglesia, y más en los momentos de incertidumbre y ambigüedad, los caminos de renovación de la vida cristiana se han iniciado con la vuelta a los orígenes, con volver la mirada a Cristo y a los primeros cristianos. Así lo expresaba el Papa San Juan Pablo II en su Encíclica programática *Redemptor Hominis*: “El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús” (*Redemptor Hominis*, 10).

1. ¿Es habitable la Iglesia?

Es frecuente encontrar personas que rechazan a la Iglesia porque tienen sobre ella una mirada distorsionada por las ideologías y por las propias debilidades y pecados de los que hemos sido bautizados y llamados, por tanto, a una vida de santidad en el seguimiento de Cristo. La Iglesia, suele decirse, es una institución

humana en la que no se puede vivir, no es un lugar habitable porque su propuesta, fundamentalmente la propuesta moral, además de ser impracticable, anula la libertad y quita el gusto y el placer de la vida. Es una crítica que, aunque desconoce la verdadera vida cristiana, nos debe hacer pensar. Es una crítica que contrasta con lo que se decía de los primeros cristianos: “Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración. Todos estaban impresionados ante los prodigios y señales que hacían los apóstoles. Todos los creyentes vivían unidos [...] alabando a Dios y gozando del favor de todo el pueblo (Hech 2,42-43.47). “Los apóstoles daban testimonio con toda firmeza de la resurrección de Jesús, el Señor. Y todos gozaban de gran simpatía” (Ibid. 4,33).

Sin idealizar la comunidad de los primeros cristianos, hemos de reconocer que necesitamos activar, con la gracia de Dios, el espíritu de conversión que nos lleve a una purificación de la Iglesia. Hemos de poder decir como Jesús ante la pregunta de los primeros discípulos –Maestro, ¿dónde moras?– *Venid y lo veréis* (Jn 1,39). La misión en la Iglesia, en efecto, aun antes de ser acción es testimonio e irradiación (*Redemptoris Missio*, 26). Necesitamos, como hemos dicho tantas veces, reconstruir con la gracia de Cristo el *sujeto cristiano* a quien se confía la misión. Con la expresión sujeto cristiano nos referimos a cada bautizado llamado a vivir en Cristo, a las familias cristianas y la comunidad cristiana, de tal forma que podamos ofrecer la gracia del testimonio y hacer visible y creíble la habitabilidad de la Iglesia: ¡Venid y lo veréis!

2. La herida del pecado y la redención

La Iglesia es habitable y hace habitable el mundo si manifiesta los frutos de la redención. En definitiva, la sabiduría de la fe nos enseña que el hombre está herido por el pecado original, por nuestros propios pecados y por el pecado del mundo. Sin la redención, todos los deseos humanos y todo cuanto se proyecta como desarrollo en la sociedad participa de la herida del pecado. Así lo expresaba Benedicto XVI en su Encíclica *Caritas in Veritate*: “A veces el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede –por decirlo con una expresión creyente– del pecado de los orígenes. La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da

lugar a graves errores en el dominio de la creación, de la política, de la acción social y de las costumbres” (*Caritas in Veritate*, 34).

Sin eliminar la raíz del pecado, ni el mundo es habitable ni lo es tampoco la Iglesia. La razón es clara: el pecado curva al hombre sobre sí mismo, hace que impere el egoísmo y domine el hombre viejo llevado por la concupiscencia. Los frutos, que nacen de un corazón no redimido son descritos por Jesús (Mc 7,21-33) y por San Pablo en varias ocasiones (Rm 1,24 ss; 1 Cor 6,9-11; Gal 5,19-21), y esos malos frutos evidencian la necesidad de la redención. Es por eso que San Juan Pablo II nos invitaba a volver la mirada a Cristo Redentor, ya que sólo en Él y en su acción redentora el hombre puede comprenderse hasta el fondo a sí mismo y asimilar toda la realidad de la Encarnación y la Redención.

3. Un nuevo Génesis: la redención del corazón

Cuando hablamos de la Encarnación –“por la que el Hijo del Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre” (Conc. Vat. II, *Gaudium et Spes*, 22)– y cuando hablamos de la Redención de Cristo, estamos hablando de un nuevo Génesis, de una nueva creación que se manifiesta en todo su esplendor en la Resurrección de Jesucristo. Si Dios creador podía decir que cuanto había creado era bueno (Gn 1) porque estaba vinculado a su Sabiduría y Amor, ahora, después del pecado que suplanta el orden de la creación, se puede decir que todo lo redimido en la carne de Cristo queda de nuevo vinculado a su Amor y Sabiduría. ¡El hombre es de nuevo creado!, exclama San Juan Pablo II (*Redemptor hominis*, 10), y con este nuevo Génesis, que nos alcanza en el Bautismo, se hace posible la redención del corazón. De nuevo el hombre queda curado de la herida del pecado, renovado en su interior y santificado, es decir, capacitado para amar a Dios y a los demás.

Con el lenguaje del Concilio Vaticano II volvemos a repetir una vez más que Cristo, El Verbo encarnado, revela al hombre el misterio del hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (*Gaudium et Spes*, 22). La vocación del hombre –varón y mujer– creado a imagen y semejanza de Dios es vocación al amor. Esta es su vocación originaria que Cristo desvela en el icono de la cruz y que renueva al hombre con la redención del corazón. Sólo el amor –la ágape divina– hace habitable a la Iglesia y por ella se hace habitable el mundo. De este modo comprendemos en toda su realidad la dimensión humana de la redención: la justicia divina, participada; el perdón de los pecados y la renovación interior que faculta al

hombre para el don de sí, para el amor. Por eso San Juan Pablo II nos regaló estas luminosas palabras: “El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incompresible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es –si se puede expresar así– la dimensión humana de la Redención” (*Redemptor Hominis*, 10).

Así se comprende el poder de atracción que tenían los primeros cristianos. De ellos se decía: ¡Mirad cómo se aman! Este amor que sigue al mandato de Cristo –“Os doy un mandamiento nuevo: amaos como yo os he amado” (Jn 15,12)– antes de ser una tarea es un don, como expresa el mismo San Juan: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como expiación de nuestros pecados. Queridos míos, si Dios nos ha amado de este modo, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros” (1 Jn 4,10-11). Enriquecidos con el Amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5), podemos dar los frutos de la vida cristiana, los que posibilita la acción y guía del Espíritu: “Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia; contra estas cosas no hay ley. Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, dejémonos conducir por el Espíritu” (Gal 5,22-25).

4. La Iglesia: lugar de vida y libertad

Entendida así la “vida en Cristo”, que se hace visible en la comunidad cristiana, podemos con toda certeza afirmar que la Iglesia –por la gracia de la Redención– es el único lugar donde se puede vivir y alcanzar la plenitud humana. La Iglesia de los redimidos, no sólo no quita el gusto por la vida sino que nos posibilita con la Palabra y los sacramentos alcanzar al que es la Vida. No sólo no anula nuestra libertad sino que la posibilita con la gracia de Cristo y las virtudes que nos permiten gobernar nuestros instintos y pasiones e integrar los sentimientos en la verdadera libertad, que tiene como contenido el amor a Dios y a los hermanos. Como nos enseña San Pablo: “Cristo nos ha liberado para que seamos hombres libres; permaneced firmes y no os dejéis poner de nuevo el yugo de la esclavitud [...] Hermanos, vosotros habéis sido llamados a ser hombres libres; pero procurad

que la libertad no sea un pretexto para dar rienda suelta a las pasiones, antes bien servíos unos a otros por amor” (Gal 5,1-13).

La cultura dominante, que reduce al hombre a simple individuo, propone una libertad de carácter negativo como la ausencia de cualquier vínculo. Es una libertad que entroniza la soberanía de la voluntad, desconociendo el hecho de que somos un “ser dado”, y la independiza incluso de los significados del cuerpo humano. Es una libertad no de hacer sino de hacerse a sí mismo. Este concepto de libertad que proclama la autonomía radical del individuo, choca frontalmente con la experiencia y con la condición de filiación divina que pertenece al núcleo de la fe cristiana. Todos conocemos que hemos recibido la vida como un don: somos engendrados y hemos nacido del amor de otros (de Dios y de nuestros padres). Así lo expresa la palabra procreación. El hecho de la generatividad nos vincula con Dios, con nuestros padres, con la tradición y con la tierra donde nacemos. Estos vínculos dan razón de nuestro ser: venimos del amor y somos seres para la relación, para el amor. La libertad, como dinamismo inteligente, nos hace reconocer estos vínculos y tiene como contenido el amor.

Es verdad que el pecado nos lleva a la experiencia de la división interior de la que se hace eco San Pablo: “No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, y lo que detesto, eso es justamente lo que hago [...] Quiero hacer el bien y me encuentro haciendo el mal” (Rm 7,15-21). Es precisamente la herida del pecado la que nos lleva a confundir la libertad con los sentimientos de satisfacción o con lo que se llama “el gusto por la vida”. Pero también la experiencia confirma que sin curar la herida del pecado, sin aprender a jerarquizar el orden de los bienes, la libertad acaba siendo un arma destructiva de la persona. Así lo evidencian los datos estadísticos que confirman el crecimiento de las adicciones a la pornografía, al alcohol, a las drogas, etc. Del mismo modo evidencian el fracaso de una libertad sin verdad los fracasos matrimoniales, las rupturas familiares, la corrupción en todos los órdenes. Podríamos continuar esta lista de fracasos producidos por una libertad negativa que no alcanza su verdadero objetivo: saber gobernar los instintos y las pasiones y orientar toda la vida desde el amor para el don de sí mismo a los demás. Lo contrario es ser esclavo del orgullo, la soberbia, la vanidad, la codicia, la lujuria, la gula, la pereza, etc., por nombrar simplemente los pecados capitales.

También es verdad que sin la gracia, sin la redención del corazón que regala el Espíritu Santo, no se reconoce el carácter positivo de la libertad. Por Cristo somos libres de la ley que indica el bien pero no lo posibilita, libres del pecado que

nos esclaviza y libres del temor a la muerte que nos hace vivir como esclavos (Gal 3,13; Hb 2,15). Cristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, nos concede la gracia para poder hacer el bien, para amar. Liberada nuestra libertad, por la gracia del Espíritu, alcanzamos el carácter positivo de la libertad: querer el bien y poder hacerlo, querer amar y poder amar, querer perdonar y poder perdonar, etc. Éste es el nuevo Génesis, el nuevo nacimiento del Bautismo que nos hace hijos de Dios: “Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar ¡Abba Padre!” (Rm 8,14-15).

5. La lógica del espíritu y la auténtica libertad

La libertad, por tanto, es un dinamismo inteligente que nos posibilita ejercer el bien. Este dinamismo, sanado por la gracia, nos lleva al don de sí, al amor. Con ello entramos en el corazón del evangelio. Es verdad que los dinamismos espirituales, como es la libertad, no tienen su modelo en el mundo de la materia. Por ejemplo: Si tengo trescientos euros y doy cien, me quedo solo con doscientos. Desde el punto de vista de la cantidad, pierdo. Sin embargo, al dar esos cien euros a alguien que los necesita, aunque tenga menos euros, soy más como persona, ya que he crecido en el amor. Sólo desde esta consideración se pueden entender las palabras de Jesús: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la encontrará” (Mt 16,24-25). Sólo podemos entender estas palabras reconociendo por la fe que estar con Cristo es tenerlo todo y por eso no hay miedo a perder la vida por Él, ya que es el modo de alcanzarla en plenitud.

A nuestra cultura individualista y hedonista, le resulta difícil, por su desconocimiento de las leyes del espíritu, reconocer el sentido auténtico de la libertad, cuyo contenido es el amor que sigue a la capacidad de autodeterminarse desde la lógica del don. La libertad sigue al autodomínio y es para darse, para vincularse, de tal manera que cuando los vínculos son más fuertes y para siempre crece la libertad desde la lógica de la fidelidad y el don. Es lo que nos ha mostrado Dios –el Ser libre por excelencia– con su amor y su fidelidad. Él es el Dios de la Alianza, sus dones son irrevocables y nos ha amado en Jesucristo entregándose hasta la muerte: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que quien crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

6. Cristo, icono de la libertad

En el icono de la cruz, donde Cristo acude voluntariamente como obediencia al Padre (Mt 26,39), se pone de manifiesto la verdadera libertad que culmina en el don de su vida. Esta libertad es compatible con el sufrimiento porque se trata de llevar adelante el amor por nosotros, que es el verdadero contenido de la libertad. Así comprendemos que lo cristiano es la plenitud de lo humano, ya que ser persona es ser para la relación, para el don. La cruz de Cristo, en este sentido, expresa el máximo don, el culmen de la libertad: “Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13). Como leemos en el mismo evangelio de San Juan, Jesús decía: “Nadie me quita la vida, sino que la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y el poder de recobrarla” (Jn 10,18). Así pues, Cristo, como expresión suprema de la libertad entrega su vida por amor e invita a sus discípulos a hacer lo mismo (Mt 16,24).

Nosotros, tratando de responder a quienes acusan a la Iglesia de no ser habitable, nos podríamos preguntar: ¿Es compatible cargar con la cruz, con la verdadera libertad? ¿Es compatible el sufrimiento con el gusto por la vida y el placer de las cosas? Aunque en parte ya hemos respondido a estas preguntas, es necesario, sin embargo aclarar lo que significa la jerarquía de los bienes y el orden del amor. Sin lugar a dudas la vida cristiana y la Iglesia como hábitat humano son compatibles con el gusto por la vida y el placer de las cosas. No hay más que revisar la vida de Jesús que disfrutaba contemplando la naturaleza (Mt 6,26-34), comiendo con los pecadores (Lc 15,2) o descansando con sus amigos de Betania (Jn 11). Sin embargo, Jesús predica la libertad respecto a la comida, el vestido, el dinero o los bienes de este mundo (Mt 6,19 ss) porque establece una jerarquía de bienes. Siendo los bienes de este mundo legítimos, hay que ordenarlos para que cumplan su fin: Vosotros, dice Jesús a sus discípulos, “buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura” (Mt 6,33).

7. El bien espiritual en la jerarquía de los bienes

En la jerarquía de los bienes el máximo bien es el bien espiritual o el bien del alma, que es el bien específico de la persona: “¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma (o arruina su vida)?” (Mt 16,26). El drama de la libertad, en efecto, se lleva a cabo en la relación con los bienes temporales, con los afectos y en el trato con las personas y con Dios. Aprender a autodeterminarse

desde la verdad y el bien es todo el proceso de la educación para vivir en la libertad de los hijos de Dios. Es la verdad la que nos marca el horizonte de la autodeterminación libre. Como decía Jesús: “La verdad os hará libres” (Jn 8,31). Esta verdad es, a la vez, conocimiento del bien y acontecimiento de salvación que se da por la redención de Cristo. Sin embargo, ambas pasan por el autodomínio de la persona que se hace posible por el don de la gracia de la santificación y las virtudes en cuanto permanencia y prontitud en el ejercicio del bien.

Sólo un corazón redimido y una vida virtuosa nos devuelven la paz del corazón, el gusto por la vida y el verdadero placer de las cosas. Una verdadera libertad, autodeterminación y autodomínio, aprende a jerarquizar y a ordenar los bienes en vista de la plenitud humana y, por la obra de Cristo, en vistas de la vida eterna entendida como plenitud de gozo por toda la eternidad. De esta manera entendemos la insistencia del Papa Francisco anunciando la alegría: “La alegría del Evangelio, nos dice, llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (*Evangelii Gaudium*, 1).

Con estas reflexiones iniciales podemos concluir que, quien se deja encontrar por Jesús, es como aquel hombre de la parábola del evangelio que encuentra un tesoro escondido en un campo. Con alegría, dice la parábola, vende todos sus bienes para adquirir el campo (Mt 13,44-45). El tesoro es el Reino de Dios, su Amor, el único lugar donde se puede vivir hoy, mañana y por toda la eternidad. La Iglesia actualiza la presencia de este Amor que nos ha de conducir al gozo pleno de la gloria, al cielo. Por eso también, la Iglesia es la casa que ha preparado el Señor para que podamos vivir de su Palabra, de su presencia en los sacramentos y del amor de los hermanos reunidos en la comunidad cristiana. Otra visión de la Iglesia, a pesar de nuestros pecados y deficiencias, es una mirada distorsionada o ideologizada, ya que la santidad de la Iglesia está garantizada por la presencia de Cristo y por la acción y guía del Espíritu Santo.

II. ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS (Mt 28,19)

Convencidos de que Jesucristo es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6) y de que la Iglesia es la morada de Dios entre los hombres (Ap 21,3), el Cuerpo de Cristo (1 Cor 12,12 ss) y Templo del Espíritu (1 Cor 3,16), se com-

prende la insistencia de los últimos sucesores de Pedro en la necesidad de la evangelización y en la urgencia de formar el discipulado de Cristo. Se trata, nada menos, que de ser fieles al mandato de Cristo en su despedida de los apóstoles: “Id, pues, y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolos a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20).

Como nos enseña el Papa San Juan Pablo II en su Carta Encíclica *Redemptoris missio*: “Todos los evangelistas, al narrar el encuentro del Resucitado con los Apóstoles, concluyen con el mandato misional: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes. Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,18-20; cf. Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,21-23). Este envío es *envío en el Espíritu*, como aparece claramente en el texto de san Juan: Cristo envía a los suyos al mundo, al igual que el Padre le ha enviado a él y por esto les da el Espíritu. A su vez, Lucas relaciona estrictamente el testimonio que los Apóstoles deberán dar de Cristo con la acción del Espíritu, que les hará capaces de llevar a cabo el mandato recibido” (*Redemptoris missio*, 22).

“Las diversas formas del «mandato misionero» tienen puntos comunes y también acentuaciones características. Dos elementos, sin embargo, se hallan en todas las versiones. Ante todo, la dimensión universal de la tarea confiada a los Apóstoles: «A todas las gentes» (Mt 28,19); «por todo el mundo... a toda la creación» (Mc 16,15); «a todas las naciones» (Hech 1,8). En segundo lugar, la certeza dada por el Señor de que en esa tarea ellos no estarán solos, sino que recibirán la fuerza y los medios para desarrollar su misión. En esto está la presencia y el poder del Espíritu, y la asistencia de Jesús: «Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos» (Mc 16,20)”.

“En cuanto a las diferencias de acentuación en el mandato, Marcos presenta la misión como proclamación o Kerigma: «Proclaman la Buena Nueva» (Mc 16,15). Objetivo del evangelista es guiar a sus lectores a repetir la confesión de Pedro: «Tú eres el Cristo» (Mc 8,29) y proclamar, como el Centurión romano delante de Jesús muerto en la cruz: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). En Mateo el acento misional está puesto en la fundación de la Iglesia y en su enseñanza (cf. Mt 28,19-20; 16,18). En él, pues, este mandato pone de relieve que la proclamación del Evangelio debe ser completada por una especí-

fica catequesis de orden eclesial y sacramental. En Lucas, la misión se presenta como testimonio (cf. Lc 24,48; Hech 1,8), cuyo objeto ante todo es la resurrección (cf. Hech 1,22). El misionero es invitado a creer en la fuerza transformadora del Evangelio y a anunciar lo que tan bien describe Lucas, a saber, la conversión al amor y a la misericordia de Dios, la experiencia de una liberación total hasta la raíz de todo mal, el pecado”.

“Juan es el único que habla explícitamente de «mandato» –palabra que equivale a «misión»– relacionando directamente la misión que Jesús confía a sus discípulos con la que él mismo ha recibido del Padre: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20,21). Jesús dice, dirigiéndose al Padre: «Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo» (Jn 17,18). Todo el sentido misionero del Evangelio de Juan está expresado en la «oración sacerdotal»: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado Jesucristo» (Jn 17,3). Fin último de la misión es hacer partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo: los discípulos deben vivir la unidad entre sí, permaneciendo en el Padre y en el Hijo, para que el mundo conozca y crea (cf. Jn 17,21-23). Es éste un significativo texto misionero que nos hace entender que se es misionero ante todo *por lo que se es*, en cuanto Iglesia que vive profundamente la unidad en el amor, antes de serlo *por lo que se dice o se hace*” (*Redemptoris missio*, 23).

1. El Espíritu guía la misión

“La misión de la Iglesia, al igual que la de Jesús, es obra de Dios o, como dice a menudo Lucas, obra del Espíritu. Después de la resurrección y ascensión de Jesús, los Apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés. La venida del Espíritu Santo los convierte en testigos o profetas (cf. Hech 1,8; 2,17-18), infundiéndoles una serena audacia que les impulsa a transmitir a los demás su experiencia de Jesús y la esperanza que los anima. El Espíritu les da la capacidad de testimoniar a Jesús con «toda libertad»”.

“Cuando los evangelizadores salen de Jerusalén, el Espíritu asume aún más la función de «guía» tanto en la elección de las personas como de los caminos de la misión. Su acción se manifiesta de modo especial en el impulso dado a la misión que de hecho, según palabras de Cristo, se extiende desde Jerusalén a toda Judea y Samaria, hasta los últimos confines de la tierra”.

“Los *Hechos* recogen seis síntesis de los «discursos misioneros» dirigidos a los judíos en los comienzos de la Iglesia (cf. Hech 2,22-39; 3,12-26; 4,9-12; 5,29-32; 10,34-43; 13,16-41). Estos discursos–modelo, pronunciados por Pedro y por Pablo, anuncian a Jesús e invitan a la «conversión», es decir, a acoger a Jesús por la fe y a dejarse transformar en él por el Espíritu”.

“Pablo y Bernabé se sienten empujados por el Espíritu hacia los paganos (cf. Hech 13,46-48), lo cual no sucede sin tensiones y problemas. ¿Cómo deben vivir su fe en Jesús los gentiles convertidos? ¿Están ellos vinculados a las tradiciones judías y a la ley de la circuncisión? En el primer Concilio, que reúne en Jerusalén a miembros de diversas Iglesias alrededor de los Apóstoles, se toma una decisión reconocida como proveniente del Espíritu: para hacerse cristiano no es necesario que un gentil se someta a la ley judía (cf. Hech 15,5-11.28). Desde aquel momento la Iglesia abre sus puertas y se convierte en la casa donde todos pueden entrar y sentirse a gusto, conservando la propia cultura y las propias tradiciones, siempre que no estén en contraste con el Evangelio” (*Redemptoris missio*, 24).

2. El Espíritu hace misionera a toda la Iglesia

“El Espíritu mueve al grupo de los creyentes a «hacer comunidad», a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro, el día de Pentecostés, y las conversiones que se dieron a continuación, se forma la primera comunidad (cf. Hech 2,42-47; 4,32-35)”.

“En efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y la Eucaristía. Vivir «la comunión fraterna» (koinonía) significa tener «un solo corazón y una sola alma» (Hech 4,32), instaurando una comunión bajo todos los aspectos: humano, espiritual y material. De hecho, la verdadera comunidad cristiana se compromete también a distribuir los bienes terrenos para que no haya indigentes y todos puedan tener acceso a los bienes «según su necesidad» (Hech 2,45; 4,35). Las primeras comunidades, en las que reinaba «la alegría y sencillez de corazón» (Hech 2,46) eran dinámicamente abiertas y misioneras y «gozaban de la simpatía de todo el pueblo» (Hech 2,47). Aun antes de ser acción, la misión es testimonio e irradiación” (*Redemptoris missio*, 26).

3. *La primera forma de evangelización es el testimonio*

“El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros, cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión: Cristo, de cuya misión somos continuadores, es el «Testigo» por excelencia (Ap 1,5; 3,14) y el modelo del testimonio cristiano. El Espíritu Santo acompaña el camino de la Iglesia y la asocia al testimonio que él da de Cristo (cf. Jn 15,26-27)”.

“La primera forma de testimonio es *la vida misma del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial*, que hace visible un nuevo modo de comportarse. El misionero que, aun con todos los límites y defectos humanos, vive con sencillez según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales. Pero todos en la Iglesia, esforzándose por imitar al divino Maestro, pueden y deben dar este testimonio, que en muchos casos es el único modo posible de ser misioneros”.

“El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del Evangelio, si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre” (*Redemptoris missio*, 42).

4. *El primer anuncio de Cristo Salvador*

“El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede substraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la «Buena Nueva» de que son amados y salvados por Dios. «La evangelización también debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios». Todas las formas de la actividad misionera están orientadas hacia esta proclamación que revela e introduce el misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo (cf. Ef 3,3-9; Col

1,25-29), el cual es el centro de la misión y de la vida de la Iglesia, como base de toda la evangelización”.

“En la compleja realidad de la misión, el primer anuncio tiene una función central e insustituible, porque introduce «en el misterio del amor de Dios, quien lo llama a iniciar una comunicación personal con él en Cristo» y abre la vía para la conversión. La fe nace del anuncio, y toda comunidad eclesial tiene su origen y vida en la respuesta de cada fiel a este anuncio. Como la economía salvífica está centrada en Cristo, así la actividad misionera tiende a la proclamación de su misterio”.

“El anuncio tiene por objeto a Cristo crucificado, muerto y resucitado: en él se realiza la plena y auténtica liberación del mal, del pecado y de la muerte; por él, Dios da la «nueva vida», divina y eterna. Esta es la «Buena Nueva» que cambia al hombre y la historia de la humanidad, y que todos los pueblos tienen el derecho a conocer. Este anuncio se hace en el contexto de la vida del hombre y de los pueblos que lo reciben. Debe hacerse además con una actitud de amor y de estima hacia quien escucha, con un lenguaje concreto y adaptado a las circunstancias. En este anuncio el Espíritu actúa e instauro una comunión entre el misionero y los oyentes, posible en la medida en que uno y otros entran en comunión, por Cristo, con el Padre” (*Redemptoris missio*, 44).

5. Conversión y Bautismo

“El anuncio de la Palabra de Dios tiende a la conversión cristiana, es decir, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su Evangelio mediante la fe. La conversión es un don de Dios, obra de la Trinidad; es el Espíritu que abre las puertas de los corazones, a fin de que los hombres puedan creer en el Señor y «confesarlo» (cf. 1 Cor 12,3). De quien se acerca a él por la fe, Jesús dice: «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae» (Jn 6,44)”.

“La conversión se expresa desde el principio con una fe total y radical, que no pone límites ni obstáculos al don de Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, determina un proceso dinámico y permanente que dura toda la existencia, exigiendo un esfuerzo continuo por pasar de la vida «según la carne» a la «vida según el Espíritu» (cf. Rom 8,3-13). La conversión significa aceptar, con decisión personal, la soberanía de Cristo y hacerse discípulos suyos”.

“La Iglesia llama a todos a esta conversión, siguiendo el ejemplo de Juan Bautista que preparaba los caminos hacia Cristo, «proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (Mc 1,4), y los caminos de Cristo mismo, el cual, «después que Juan fue entregado, marchó... a Galilea y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,14-15)”.

“Hoy la llamada a la conversión, que los misioneros dirigen a los no cristianos, se pone en tela de juicio o pasa en silencio. Se ve en ella un acto de «proselitismo»; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión; que basta formar comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Pero se olvida que toda persona tiene el derecho a escuchar la «Buena Nueva» de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación. La grandeza de este acontecimiento resuena en las palabras de Jesús a la Samaritana: «Si conocieras el don de Dios» y en el deseo inconsciente, pero ardiente de la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed» (Jn 4,10.15)” (*Redemptoris missio*, 46).

“Los Apóstoles, movidos por el Espíritu Santo, invitaban a todos a cambiar de vida, a convertirse y a recibir el bautismo. Inmediatamente después del acontecimiento de Pentecostés, Pedro habla a la multitud de manera persuasiva: «Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: *Convertíos* y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech 2,37-38). Y bautizó aquel día cerca de tres mil personas. Pedro mismo, después de la curación del tullido, habla a la multitud y repite: «*Arrepentíos*, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados» (Hech 3,19)”.

“La conversión a Cristo está relacionada con el bautismo, no sólo por la praxis de la Iglesia, sino por voluntad del mismo Cristo, que envió a hacer discípulos a todas las gentes y a bautizarlas (cf. Mt 28,19); está relacionada también por la exigencia intrínseca de recibir la plenitud de la nueva vida en él: «En verdad, en verdad te digo: –dice Jesús a Nicodemo– el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3,5). En efecto, el bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios, nos une a Jesucristo y nos unge en el Espíritu Santo: no es un mero sello de la conversión, como un signo exterior que la demuestra y la certifica, sino que es un sacramento que significa y lleva a cabo este nuevo nacimiento

por el Espíritu; instaura vínculos reales e inseparables con la Trinidad; hace miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia” (*Redemptoris missio*, 47).

III. TODO EL PUEBLO DE DIOS ANUNCIA EL EVANGELIO

Como nos recuerda el Papa Francisco: “La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un *misterio* que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional” (*Evangelii gaudium*, 111).

1. Todos somos discípulos misioneros

“En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace *infallible* «*in credendo*». Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El Espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un *instinto de la fe* –el *sensus fidei*– que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que les permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión” (*Evangelii gaudium*, 119).

“En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en una llamada dirigida a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es

misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hech 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?» (*Evangelii gaudium*, 120).

“Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso no significa que debemos postergar la misión evangelizadora, sino que encontremos el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: «No es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera [...] y me lanzo a lo que está por delante» (Flp 3,12-13)”. (*Evangelii gaudium*, 121).

2. Una evangelización para la profundización del Kerygma

“El envío misionero del Señor incluye la llamada al crecimiento de la fe cuando indica: «enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,20). Así queda claro que el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir

que alguien se conforme con poco, sino que pueda decir plenamente: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2,20)” (*Evangelii gaudium*, 160).

“No sería correcto interpretar esta llamada al crecimiento exclusiva o prioritariamente como una formación doctrinal. Se trata de «observar» lo que el Señor nos ha indicado, como respuesta a su amor, donde se destaca, junto con todas las virtudes, aquel mandamiento nuevo que es el primero, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos: «Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15,12). Es evidente que cuando los autores del Nuevo Testamento quieren reducir a una última síntesis, a lo más esencial, el mensaje moral cristiano, nos presentan la exigencia ineludible del amor al prójimo: «Quien ama al *prójimo* ya ha cumplido la ley [...] De modo que amar es cumplir la ley entera» (Rm 13,8.10). Así san Pablo, para quien el precepto del amor no sólo resume la ley sino que constituye su corazón y razón de ser: «Toda la ley alcanza su plenitud en este *solo* precepto: Amarás a tu *prójimo* como a ti mismo» (Gal 5,14). Y presenta a sus comunidades la vida cristiana como un camino de crecimiento en el amor: «Que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos» (1 Ts 3,12). También Santiago exhorta a los cristianos a cumplir «la ley real según la Escritura: Amarás a tu *prójimo* como a ti mismo» (2,8), para no fallar en ningún precepto” (*Evangelii gaudium*, 161).

“Por otra parte, este camino de respuesta y de crecimiento está siempre precedido por el don, porque lo antecede aquel otro pedido del Señor: «bautizándolos en el nombre...» (Mt 28,19). La filiación que el Padre regala gratuitamente y la iniciativa del don de su gracia (cf. Ef 2,8-9; 1 Co 4,7) son la condición de posibilidad de esta santificación constante que agrada a Dios y le da gloria. Se trata de dejarse transformar en Cristo por una progresiva vida «según el Espíritu» (Rm 8,5)” (*Evangelii gaudium*, 162).

3. Una catequesis kerygmática y mistagógica

“La educación y la catequesis están al servicio de este crecimiento. Ya contamos con varios textos magisteriales y subsidios sobre la catequesis ofrecidos por la Santa Sede y por diversos episcopados. Recuerdo la Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* (1979), el *Directorio general para la catequesis* (1997) y otros documentos cuyo contenido actual no es necesario repetir aquí. Quisiera de-

tenerme sólo en algunas consideraciones que me parece conveniente destacar” (*Evangelii gaudium*, 163).

“Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o «*kerygma*», que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos. Por ello, también «el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado»” (*Evangelii gaudium*, 164).

“No hay que pensar que en la catequesis el *kerygma* es abandonado en pos de una formación supuestamente más «sólida». Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de iluminar la tarea catequística, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis. Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano. La centralidad del *kerygma* demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena” (*Evangelii gaudium*, 165).

“Otra característica de la catequesis, que se ha desarrollado en las últimas décadas, es la de una iniciación *mistagógica*, que significa básicamente dos cosas: la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la co-

munidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana. Muchos manuales y planificaciones todavía no se han dejado interpelar por la necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa. El encuentro catequístico es un anuncio de la Palabra y está centrado en ella, pero siempre necesita una adecuada ambientación y una atractiva motivación, el uso de símbolos elocuentes, su inserción en un amplio proceso de crecimiento y la integración de todas las dimensiones de la persona en un camino comunitario de escucha y de respuesta” (*Evangelii gaudium*, 166).

“Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al «camino de la belleza» (*via pulchritudinis*). Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas. En esta línea, todas las expresiones de verdadera belleza pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús. No se trata de fomentar un relativismo estético, que pueda oscurecer el lazo inseparable entre verdad, bondad y belleza, sino de recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado. Si, como dice san Agustín, nosotros no amamos sino lo que es bello, el Hijo hecho hombre, revelación de la infinita belleza, es sumamente amable, y nos atrae hacia sí con lazos de amor. Entonces se vuelve necesario que la formación en la *via pulchritudinis* esté inserta en la transmisión de la fe. Es deseable que cada Iglesia particular aliente el uso de las artes en su tarea evangelizadora, en continuidad con la riqueza del pasado, pero también en la vastedad de sus múltiples expresiones actuales, en orden a transmitir la fe en un nuevo «lenguaje parábólico». Hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso aquellos modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros” (*Evangelii gaudium*, 167).

“En lo que se refiere a la propuesta moral de la catequesis, que invita a crecer en fidelidad al estilo de vida del Evangelio, conviene manifestar siempre el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización, de fecundidad, bajo cuya luz puede comprenderse nuestra denuncia de los males que pueden oscurecerla” (*Evangelii gaudium*, 168).

IV. PARA AFRONTAR EL NUEVO CURSO PASTORAL

Desde hace varias décadas todos hemos podido comprobar el declive de la transmisión de la fe en el seno de las familias cristianas y la dificultad de los procesos catequéticos en la gestación de nuevos cristianos. Al mismo tiempo, como hemos repetido en varias ocasiones, constatamos la debilidad de la pastoral ordinaria de la Iglesia para alcanzar el corazón del hombre y generar auténticas comunidades cristianas de discípulos misioneros.

Conociendo, pues, el contexto actual de descristianización, presentadas en síntesis las propuestas de evangelización de los últimos sucesores de Pedro, conviene de nuevo preguntarnos: ¿Qué hemos de hacer? ¿Por dónde empezar?

Una primera tentación a evitar es lanzarnos a responder estas preguntas de manera precipitada con un planteamiento de nuevos objetivos y actividades. Este camino ya se ha comprobado que no conduce a alcanzar satisfactoriamente la meta perseguida: nuevos cristianos y auténticas comunidades cristianas.

Yo os propongo que escuchemos otra vez la repuesta de san Pedro ante la pregunta de quienes recibieron sus palabras anunciando el Kerygma: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Hermanos, ¿qué hemos de hacer? Pedro les dijo: convertíos y bautizaos en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech 2,37-38). Hoy, como entonces, todo camino de renovación en la Iglesia comienza suplicando la gracia de la conversión y la asistencia del Espíritu Santo.

El Papa Francisco, como hemos recordado en otras ocasiones, nos invita a avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera (*Evangelii gaudium*, 25-33). Esta conversión, queridos sacerdotes, religiosos y fieles laicos, comienza en el corazón de cada uno de nosotros. Hemos de ser conscientes, a la vez, de la primacía de la gracia. Por eso, hemos de suplicar a Dios nuestro Padre un corazón dócil para escuchar y para entrar en los caminos de la penitencia y la conversión personal y comunitaria. Por lo demás, no nos equivoquemos. Como nos recordaba el Papa San Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*: “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y

transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (Novo millenio ineunte, 29).

Convencidos, pues, de la primacía de la gracia, de la necesidad de la conversión personal y pastoral, sabiendo además que el programa está centrado en Cristo, hemos de buscar las alianzas necesarias para la gestación de nuevos cristianos y de auténticas comunidades cristianas. Si seguimos los caminos siempre seguros de la Tradición, como hemos podido verificar, más allá del primer anuncio de Cristo (Kerygma), la transmisión de la fe necesita una renovación en profundidad de la Catequesis y el soporte de la familia cristiana y de la comunidad cristiana.

Para ello queremos contar con algunas iniciativas que nos pueden ayudar en el camino de la evangelización:

1. La iniciación cristiana

En primer lugar, el trabajo de los sacerdotes y de quienes puedan sumarse en las parroquias estará muy centrado en el estudio del documento “*Fundamentos teológicos y pastorales de la Iniciación cristiana*”. Es necesario comenzar bien. Para ello se ofrece un tiempo prolongado para profundizar en lo que ha sido y tiene que ser la Iniciación cristiana fundamentada en los tres sacramentos: Bautismo - Confirmación - Eucaristía, y enriquecida con el Catecumenado, la liturgia y la práctica de la caridad de la comunidad cristiana. Este estudio se confía a los sacerdotes, a los arciprestazgos y a los grupos de catequistas que quieran participar.

Como conclusión de este trabajo se ofrecerán las directrices pastorales para la Iniciación cristiana en la Diócesis de Alcalá de Henares.

2. La Pastoral familiar

En segundo lugar, y como alianza necesaria, hemos de continuar en la promoción de los distintos aspectos de la Pastoral Familiar. Para esta tarea os he preparado dos documentos: “*Los retos de la Pastoral Familiar en el contexto actual*” y la conferencia “*Edificar la Iglesia doméstica. Prácticas familiares para habitar en la Iglesia*”. También en este campo hemos de ser conscientes de que necesitamos una conversión pastoral y la alianza con los laicos, miembros de

familias cristianas. También en este tema hemos de comenzar con la oración, convocando a la oración de las familias de forma comunitaria y ofreciendo caminos para la oración de cada una de las familias. Para este curso se va a ofrecer un horario más asequible para la oración comunitaria de familias, el segundo domingo de cada mes por la tarde. Es necesario, queridos hermanos sacerdotes, que nos contagiemos unos a otros en el deseo y en la práctica de acompañar a las familias de manera que podamos conseguir en cada parroquia grupos de familias que se reúnan para orar y para formarse.

Los detalles de cada una de las tareas de la Pastoral Familiar (educación para el amor, preparación al matrimonio, escuela de novios, escuela de padres, medios de formación, Centros de Orientación Familiar, etc.) están expuestos en los documentos mencionados.

Para que conozcamos rigurosamente el contexto cultural en el que se desenvuelven nuestras familias os propongo también el estudio del libro de la socióloga alemana Gabriele Kubly, *“La revolución sexual global. La destrucción de la libertad en nombre de la libertad”*. Se trata de un estudio lúcido de alguien que, tras pertenecer a la revuelta estudiantil de 1968, tras haber militado en el feminismo radical, tras haber sufrido el abandono de su marido que la dejó con tres hijos, ha alcanzado la gracia de la conversión y es una gran voz de alarma sobre la ideología de género y sus derivaciones y consecuencias. Conocer este libro nos ayudará a penetrar en la situación cultural y política que estamos sufriendo.

3. Pastoral de infancia y juventud

En tercer lugar debemos centrar también nuestra atención en el mundo de la infancia, adolescencia y juventud. En este sentido hemos de ser conscientes de que nuestros niños y adolescentes son víctimas de un sistema educativo que los somete a los imperativos de la ideología de género, al relativismo y al impacto del emotivismo cultural que les hace difícil conocer y vivir las virtudes con las que gobernar su vida. Por otra parte, en España, desde los años sesenta del siglo pasado se fue introduciendo otra tendencia cultural que promueve la existencia separada del mundo juvenil. De hecho los jóvenes han sido desvinculados de las tradiciones de nuestro pueblo y han sido apartados de los adultos con una creación artificial de lógicas propias y organización particular de su tiempo y de su ocio, siendo objeto de mercantilización y promoviendo para ellos una adolescencia interminable.

Todo ello constituye un reto formidable para la evangelización. Es verdad que nuestra pastoral juvenil y de infancia, dentro de sus posibilidades, ha sido firme en sus propuestas, logrando un grupo de jóvenes centrados en lo fundamental de la fe y vida cristiana. Esto es objeto de gratitud y, a la vez, debe servir de plataforma para explorar otros caminos que favorezcan el acercamiento a otros jóvenes y el refuerzo de toda la dimensión formativa de nuestro trabajo. A ello nos impulsa el nuevo Sínodo de los obispos sobre “*Los jóvenes, la fe y discernimiento vocacional*”. Para profundizar en este tema necesitamos la colaboración de distintas delegaciones: Delegación de infancia y juventud; Delegación de enseñanza y pastoral educativa; Delegación de pastoral universitaria y las Delegaciones de catequesis y pastoral vocacional. En cualquier caso éste es un campo que tendremos que analizar con los documentos sinodales y con la exhortación postsinodal.

También para afrontar los itinerarios que favorezcan nuestra pastoral con los jóvenes nos necesitamos todos: padres de familia, sacerdotes, religiosos, educadores y los mismos jóvenes que nos han de ayudar a conocer sus necesidades y a renovar nuestras propuestas.

Con la atención a estos tres núcleos (iniciación cristiana, pastoral familiar y pastoral de infancia y juventud) entramos en los desafíos más importantes para la gestación y formación de nuevos cristianos. La base para que esto sea posible es la revitalización de la comunidad cristiana que se gesta en la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía y demás sacramentos, la oración y la comunión entre los hermanos. A este objetivo hemos de dedicar toda nuestra solicitud pastoral.

V. UNA RESPUESTA INTEGRAL

En estos momentos de debilitamiento de la vida cristiana es muy fácil que se hagan presentes algunas tentaciones. Algunos piensan que es tanto el deterioro que ha sufrido la Iglesia Católica, tanto en el campo civil como intraeclesial, que se hace necesario un movimiento de repliegue sobre sí misma. Dejando aparte los extremos del integrista y del fundamentalismo, quisiera llamar la atención sobre los movimientos comunitaristas que han ido surgiendo sobre todo después de la llamada que hizo en su momento Alasdair MacIntyre en su libro *After virtue*.

En algunas ocasiones me habéis oído decir que no podemos dedicarnos a gestionar la decadencia. En otros momentos os he referido que hemos de distinguir como dos ritmos en la pastoral de la Iglesia: la vida ordinaria y la promoción creativa de pequeñas comunidades que sepan acoger a los alejados y a los que vienen heridos. También he propuesto hacer de las parroquias y de los movimientos pequeños oasis que, siguiendo el espíritu de San Benito, generen una red de vida cristiana que vaya ganando terreno al desierto cultural en el que vivimos. Siguiendo estas consideraciones, celebramos el curso pasado el Congreso que llevaba por título *La familia y la escuela, minorías creativas para la renovación de la sociedad*, con lo que estudiábamos una propuesta que tiene origen en Benedicto XVI.

Todas estas consideraciones necesitan ser bien entendidas. Una cosa es el comunitarismo como camino para crecer en identidad y otra es pensar que con ello se alcanza una respuesta integral a las necesidades de las familias y de la sociedad. Una cosa es hablar de minorías creativas referidas a los creyentes o a ciertas instituciones y otra cosa sería hablar de la Iglesia como minoría creativa, lo cual disminuiría su nota de catolicidad y universalidad. Cuando hablamos de oasis como pequeños monasterios en la ciudad o de pequeñas comunidades cristianas que coordinando a las familias cristianas y a las escuelas católicas, se constituyen en minorías creativas, hay que subrayar no sólo la dimensión de minoría sino su carácter creativo.

Los católicos, aunque en un momento seamos minoría, tenemos, con la vocación misionera que sigue al mandato de Jesús, vocación de mayoría. Por tanto, la dimensión creativa nos ha de impulsar a no encerrarnos en nosotros mismos, a no retirarnos a los cuarteles de invierno, sino a buscar el desarrollo de todas las dimensiones de la catolicidad. En este sentido las pequeñas comunidades cristianas, con la familia y la escuela católica, cumplen la misión de gestar y de formar nuevos cristianos con una clara identidad y conscientes de su vocación.

Sin embargo, nuestros hermanos laicos deben ser conscientes de que su campo, desde la primera plataforma que es la familia, es el mundo o las realidades temporales. Como la levadura en la masa (Mt 13,33), los católicos laicos están llamados a cultivar las relaciones sociales, a ordenar las realidades temporales y a ejercer vocacionalmente en la política. Hemos de tomar conciencia de que sin un orden social sano que favorezca la práctica de la virtud y sin leyes justas promovidas por políticos que tengan por objetivo el “bien común”, los católicos están obligados a vivir a la intemperie sin las apoyaturas legítimas que se esperan de la socie-

dad y del ejercicio de la política. Por eso, más allá de la dimensión comunitaria, necesitamos una respuesta integral que, derivada de la evangelización, abarque todos los aspectos de la vida personal, familiar, de relaciones sociales e institucionales y de organización económica, social y política.

Son algunos, especialmente en Estados Unidos, quienes han favorecido la *Benedict option* (“Opción Benito”). Esta opción, propone como referente a San Benito, quien, ante la caída del Imperio romano, tomó la decisión de vivir como ermitaño y después fundar el monacato que contribuyó decisivamente a la evangelización de Europa. Del mismo modo, como explica su principal difusor, Rod Dreher, lo que importa en este momento no es tanto sostener el sistema (el imperio), sino la construcción de formas locales de comunidad dentro de las cuales la civilización cristiana, el pensamiento y la vida moral puedan ser sostenidos en el contexto de una nueva edad oscura que ya está entre nosotros.

Esta propuesta presentada por Rod Dreher en su libro *The Benedict option. A strategy for christians in a postchristian nation*, está siendo sostenida por grupos católicos, ortodoxos y evangélicos, los cuales ha producido un debate en el que son objeto de duras críticas. El tema no se resuelve a mi entender más que evitando los reduccionismos y las alternativas excluyentes. El insistir en reforzar la identidad de las comunidades cristianas no significa renunciar a la batalla cultural y a la lucha política. Nuestra época, en la que se ha desdibujado la cultura cristiana y en la que llevamos tiempo siendo gobernados por los bárbaros –según el decir de Alasdair MacIntyre– reclama la presencia de católicos que, como San Benito, cumplan las palabras de Jesús: “Sobre todo buscad el Reino de Dios y sus justicia; lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33). El Reino de Dios y su justicia, como lo ha entendido la Iglesia tradicionalmente, alcanza al hombre en todas sus dimensiones (personal, individual, familiar, social y política). Renunciar a cualquiera de estas dimensiones no corresponde a la cosmovisión católica, que es siempre “según el todo” y con vocación universal.

De la *Benedict option* podemos retener la necesidad de dar un rostro comunitario a nuestras parroquias y movimientos. A la vez hemos de cultivar la promoción del laicado para hacer presente la síntesis cristiana en cualquier campo de la vida. Hoy donde somos más seriamente golpeados es en la revolución antropológica que está llevando a la deconstrucción de la persona, al pensamiento único y a una forma ideológica y totalitaria de gobierno en nombre de la democracia. Los más vulnerables de este sistema son los niños, adolescentes y jóvenes a quienes les está

faltando la referencia de una familia estable y la posibilidad de una educación no ideologizada. Por eso insistimos en la importancia de subrayar los tres niveles enunciados anteriormente: la iniciación cristiana, la pastoral familiar y la atención a los jóvenes. Lo demás corresponde a la vida ordinaria de la Iglesia, renovando las comunidades cristianas y promoviendo la presencia de los católicos en la vida pública.

VI. CONCLUSIÓN

Comenzaremos el curso, Dios mediante, con la celebración de un congreso en el mes de octubre sobre la figura egregia del Siervo de Dios el Cardenal Cisneros. En este congreso se mostrarán algunos aspectos, que por su importancia y actualidad nos pueden iluminar en este momento: su afán reformador de la vida religiosa, la formación del clero, su espíritu evangelizador y su visión del gobierno de la Iglesia y del Estado. Culminaremos las celebraciones del quinto centenario de su muerte colocando un grupo escultórico en bronce en la que está representado con los Santos Niños llevando en sus manos la Biblia Políglota y la Catedral Magistral.

A lo largo del año estaremos pendientes del Sínodo de los obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Del mismo modo tendremos la ocasión para profundizar en las dos encíclicas que han marcado el camino de la Iglesia en los últimos años: la Encíclica de Pablo VI *Humanae vitae* (1968) y la Encíclica del Papa San Juan Pablo II *Veritatis splendor* (1981).

La celebración en el mes de marzo de los cuatrocientos cincuenta años de la reversión de las reliquias será otra ocasión para resaltar la tradición y nuestro amor a los Santos Niños. Que la Virgen nuestra Madre, interceda por nosotros y nos regale un corazón dócil como el suyo.

† Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Septiembre de 2017

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2017

5 Martes

Santa Teresa de Calcuta

* Reunión de Arciprestes y Delegados.

* A las 20:30 h. Confirmaciones en la parroquia Virgen de Belén de Alcalá de Henares.

6 Miércoles

* A las 13:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos de la Universidad de Alcalá de Henares asiste al Pregón de comienzo de las fiestas de la Virgen del Val.

7 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

8 Viernes

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Ntra. Sra. de Covadonga, Reina de España

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 17:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h en la Catedral-Magistral Santa Misa con votos perpetuos de Siervas del Hogar de la Madre.

9 Sábado

Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador

* A las 11:00 h. Santa Misa en la Ermita Virgen de la Soledad, de Arganda del Rey.

10 Domingo

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. Santa Misa en la parroquia de la Asunción de N^a S^a de Meco por su patrón el Cristo del Socorro.

11 Lunes

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 11:00 h. en la Catedral-Magistral inauguración del Curso Académico de la Universidad de Alcalá.

* A las 20:15 h. entrevista telefónica con Radio María.

12 Martes

Santo Nombre de María

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. en la "casita" del Centro Diocesano de Orientación Familiar reunión con la Delegación Diocesana de Familia.

13 Miércoles

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en la parroquia de Santa Mónica de Rivas-Vaciamadrid Santa Misa por don Agustín padre del Rvdo. D. Jesús de la Cruz Toledano.

14 Jueves

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

* A las 12:00 h. Santa Misa en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Carabaña por su patrón el Cristo de la Paz y de la Salud.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

15 Viernes

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores - Ntra. Sra. de la Soledad

* A las 11:00 h. Profesión de una religiosa en las Carmelitas de la Imagen.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa e imposición de medallas a los nuevos miembros de la Cofradía Virgen del Val.

16 Sábado

San Cornelio, papa y San Cipriano, obispo, mártires

* A las 19:00 h. Procesión de la Virgen del Val desde la Catedral-Magistral hasta su ermita.

17 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 12:00 h. Santa Misa en la ermita de la Virgen del Val, en su fiesta.

18 Lunes

* A las 13:00 h. en el Seminario Mayor Diocesano de "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" Santa Misa por el aniversario de la restauración de las Capilla y después comida fraterna.

* A las 19:00 h. en la fiesta de la Virgen del Val procesión desde su ermita hasta la Catedral-Magistral.

19 Martes

San Jenaro, obispo y mártir

* Por la mañana Jornada sacerdotal en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. Santa Misa en la Parroquia de Virgen Belén de reparación por la profanación acontecida el pasado día 6 del presente mes.

20 Miércoles

San Andrés Kim Taegon, presbítero, y San Pablo Chong Hasang y compañeros mártires.

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

21 Jueves

San Mateo, apóstol y evangelista

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa de Envío de Profesores de Religión.

22 Viernes

* En el Centro Neocatecumenal Internacional "Siervo de Yahvé" de Porto San Giorgio (Italia) convivencia de formadores, seminaristas y candidatos a seminaristas de los Seminarios Mayores Diocesanos Internacionales y Misioneros Redemptoris Mater de todo el mundo.

23 Sábado

San Pío de Pietralcina, presbítero

* En el Centro Neocatecumenal Internacional "Siervo de Yahvé" de Porto San Giorgio (Italia) convivencia de formadores, seminaristas y candidatos a

seminaristas de los Seminarios Mayores Diocesanos Internacionales y Misioneros Redemptoris Mater de todo el mundo.

24 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* En el Centro Neocatecumenal Internacional "Siervo de Yahvé" de Porto San Giorgio (Italia) convivencia de formadores, seminaristas y candidatos a seminaristas de los Seminarios Mayores Diocesanos Internacionales y Misioneros Redemptoris Mater de todo el mundo.

26 Martes

San Cosme y San Damián, mártires.

Beato Pablo VI

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

27 Miércoles

San Vicente de Paúl, presbítero

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. en Verbum Dei de Loeches Santa Misa de inauguración del curso académico del Instituto Teológico Verbum Dei.

28 Jueves

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

* A las 10:30 h. Colegio de Consultores.

* A las 18:00 h. Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

29 Viernes

SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL

* A las 12:00 h. Santa Misa en la ermita del Stmo. Cristo de Rivas en Rivas-Vaciamadrid.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

30 Sábado

San Jerónimo, presbítero y doctor

* A las 8:30 h. en el Patio de Armas del Palacio Arzobispal bendición de peregrinos del "Caminito de Santiago" (hasta Alalpardo).

* A las 18:00 h. en los locales de Cáritas Diocesana reunión de inicio de curso con Equipos de Ntra. Sra.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa de inicio de curso con Equipos de Ntra. Sra.

NOMBRAMIENTOS

1.1. Párroco

- **Rvdo. P. Ramón FERNÁNDEZ TRIGAL, S.M.**, Párroco de San Pablo Apóstol de Las Gentes de Coslada. Fecha de nombramiento 2017/09/05.
- **Rvdo. D. Antimo NGUEMA MBANG**, Párroco de San Esteban Protomártir de Serracines. Fecha de nombramiento 2017/09/27.
- **Rvdo. D. Emmanuel MISAGO**, Párroco de Nuestra Señora de Arbuel de Villamanrique de Tajo. Fecha de nombramiento 2017/09/27.

1.2. Administrador Parroquial

- **Rvdo. D. Antimo NGUEMA MBANG**, Administrador Parroquial de La Asunción de Nuestra Señora de Fresno de Torote. Fecha de nombramiento 2017/09/27.
- **Rvdo. D. Víctor Fabio PÉREZ GÓMEZ**, Administrador Parroquial de San Maximiliano maría Kolbe de Rivas-Vaciamadrid. Fecha nombramiento 2017/09/28.

1.3. Coadjutor

- **Rvdo. P. Javier PÉREZ TREVIÑO, S.M.**, Vicario Parroquial de San Pablo Apóstol de Las Gentes de Coslada. Fecha de nombramiento 2017/09/01.
- **Rvdo. D. Julio ROSIGNOLI**, Vicario Parroquial de Santiago Apóstol de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/15.

1.4. Adscrito

- **Rvdo. D. David CALAHORRA MARTÍNEZ**, Adscrito de Santa María La Mayor, de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/05.
- **Rvdo. D. Desire BONGO NBUNI**, Adscrito a la Parroquia de Santo Tomás de Villanueva de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/28.

1.5. Otros Cargos

- **Rvdo. D. Antonio Manuel GONZÁLEZ SALVADOR**, Capellán de La Residencia de Mayores de la C.A.M. de Arganda del rey. Fecha de nombramiento 2017/09/01.
- **Rvdo. P. Ángel Antón MIRAVALLÉS, S.M.**, Capellán del Hospital del Henares de Coslada. Fecha de nombramiento 2017/09/01.
- **Rvdo. P. Ernest OJONUBA OJONUBA**, Capellán - Colaborador de Alcalá de Henares para los inmigrantes Africanos de habla Inglesa. Fecha de nombramiento 2017/09/05.
- **Rvdo. D. Alberto GONZÁLEZ MANZANO**, Capellán de La Residencia de Mayores de la C.A.M. en San Fernando de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/15.
- **Rvdo. D. Ángel MARTÍN ROMO**, Capellán del Hospital de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2017/09/21.
- **Rvdo. D. Luis Eduardo MORONA ALGUACIL**, Capellán Cofradía De La Virgen Del Val. Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/21.
- **Rvdo. D. Emmanuel MISAGO**, Capellán Residencia de Mayores de La Comunidad de Madrid de Arganda del Rey. Fecha de nombramiento 2017/09/27.

- **Rvdo. D. Jesús Lorenzo GUTIÉRREZ MÁRQUEZ**, Capellán del Hospital de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2017/09/28.
- **Rvdo. D. Desire BONGO NBUNI**, Capellán de La Residencia para mayores de la CAM "Francisco de Victoria" en Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/28.
- **Rvdo. D. Antimo NGUEMAMBANG**, Capellán del Hospital "Príncipe de Asturias" en Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/09/29.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

DECRETO

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

DOÑA MARÍA ISABEL DEL REAL COLOMO, como **Presidenta** de la Asociación "**HERMANDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**", que pertenece a la Parroquia "**ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA**", en Navalcarnero (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, mediante escrito del 15 de agosto de 2017, me ha presentado la solicitud para que dicha Hermandad sea aprobada como Asociación Privada de Fieles, y para que sean aprobados sus Estatutos.

Viendo que la documentación adjunta se encuentra conforme al espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al vigente Código de Derecho canónico (cc. 301 y 321 al 329), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: La APROBACIÓN de los Estatutos de la **Asociación Privada de Fieles "HERMANDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS"**, que consta de VIII Títulos y 25 Artículos.

SEGUNDO: Le CONCEDO personalidad jurídica privada para que pueda actuar en esta Diócesis, según lo establecido en las normas eclesiásticas y civiles.

TERCERO: La APROBACIÓN canónica a efectos de inscripción en el Registro de Entidades Religiosas del Ministerio de Justicia.

Espero de los Hermanos que, por la devoción al Sagrado Corazón, y mediante las prácticas de piedad eucarística, se asemejen a Cristo, den testimonio de entrega en los hogares y en todos los ambientes, con el espíritu del Evangelio, y colaboren en la salvación del mundo, acudiendo en socorro de los más necesitados.

Devuélvase a la Asociación un ejemplar de los Estatutos, con la debida legalización, y guárdese otro ejemplar en el Archivo Diocesano.

Dado en Getafe, a 24 de septiembre de 2017, en la fiesta de Nuestra Señora de la Merced.

† Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

DECRETO

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

DOÑA GEMA MARÍA ÁLVAREZ PAREDES, como **Presidenta** de la Hermandad "**LAS HIJAS DE MARÍA**" que pertenece a la Parroquia "**ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA**", en Navalcarnero (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, mediante escrito del 15 de agosto de 2017, me ha presentado la solicitud para que dicha Hermandad sea aprobada como Asociación Privada de Fieles, y para que sean aprobados sus Estatutos.

Viendo que la documentación adjunta se encuentra conforme al Espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al vigente Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 321 al 329), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: La APROBACIÓN de los Estatutos de la **Asociación Privada de Fieles Hermandad "LAS HIJAS DE MARÍA"**, que consta de VIII Títulos y 25 Artículos.

SEGUNDO: Le CONCEDO personalidad jurídica privada para que pueda actuar en esta Diócesis, según lo establecido en las normas eclesiásticas y civiles.

TERCERO: La APROBACIÓN canónica a efectos de inscripción en el Registro de Entidades Religiosas del Ministerio de Justicia.

Espero y deseo que las Congregantes, siguiendo su peculiar vocación laical, se esfuercen en fomentar la vida cristiana, contando con la intercesión de Santa María Virgen, en la advocación de la Concepción, practiquen las virtudes, sean ejemplo para los demás, y colaboren en la tarea evangelizadora en el hogar y en la vida social.

Devuélvase a la Asociación un ejemplar de los Estatutos, con la debida legalización, y guárdese otro ejemplar en el Archivo Diocesano.

Dado en Getafe, a 24 de septiembre de 2017, en la fiesta de Nuestra Señora de la Merced.

† Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

DECRETO

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

DOÑA JULIA COLOMO NAVARRO, como **Presidenta** de la Asociación "**HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DEL CARMEN**" que pertenece a la Parroquia "**ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA**", en Navalcarnero (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, mediante escrito del 15 de agosto de 2017, me ha presentado la solicitud para que dicha Hermandad sea aprobada como Asociación Privada de Fieles, y para que sean aprobados sus Estatutos.

Viendo que la documentación adjunta se encuentra conforme al espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al vigente Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 321 al 329), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: La APROBACIÓN de los Estatutos de la **Asociación Privada de Fieles "HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DEL CARMEN"**, en Navalcarnero (Madrid), que constan de VIII Títulos y 25 Artículos.

SEGUNDO: Le CONCEDO personalidad jurídica privada para que pueda actuar en esta Diócesis, según lo establecido en las normas eclesiásticas y civiles.

TERCERO: La APROBACIÓN canónica a efectos de inscripción en el Registro de Entidades Religiosas del Ministerio de Justicia.

Espero y deseo que los Hermanos, movidos por la devoción a la Santísima Virgen, en la secular advocación del Carmen, y acudiendo a su intercesión, se esfuercen por fomentar la vida cristiana apoyados en la piedad eucarística y, así, influyan en los hogares y en los ambientes profesionales y sociales, con espíritu misionero, dando testimonio del amor a Dios y al prójimo, colaborando en la acción social de la Iglesia.

Devuélvase a la Asociación un ejemplar de los Estatutos, con la debida legalización, y guárdese otro ejemplar en el Archivo Diocesano.

Dado en Getafe, a 24 de septiembre de 2017, en la fiesta de Nuestra Señora de la Merced.

† Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS:

- **D. Andrés Calonge Berzunces**, de la Parroquia San Eladio, en Leganés.
- **D. Andrezj Sobczyk**, de la Parroquia Nuestra Señora de Fátima, en Getafe.
- **D. José María Mazario García**, de la Parroquia San José, en Fuenlabrada.
- **D. Francisco Javier Arias Juárez**, de la Parroquia Santa María de los Ángeles, en Getafe.
- **D. Carlos Tovar Martín**, de la Parroquia Nuestra Señora de Butarque, en Leganés.
- **D. Álvaro Javier Gómez Romero**, de la Parroquia Santiago Apóstol, en Villanueva de la Cañada.
- **D. Luis Manuel Vallecillos Sánchez-Céspedes**, de la Parroquia Santa Maravillas de Jesús, en Getafe.
- **D. Antonio Quintana Ramírez**, de la Parroquia Corpus Christi, en Leganés.
- **D. Fermín Peláez Dorado**, de la Parroquia San Benito Menni, en Fuenlabrada.

- **D. Joe Patricio Talavera Carpio**, de la Parroquia San Rafael Arnáiz y San Isidro, en Aranjuez.
- **D. José Manuel García Naranjo**, de la Parroquia San Rafael Arcángel, en Getafe.
- **D. Bernardo Jorge Zulliger Pizarro**, de la Parroquia Santiago Apóstol, en Villaviciosa de Odón.

VICARIOS PARROQUIALES:

- **D. Adolfo Vicente Ivorra Robla**, de la Parroquia San Francisco Javier, en Pinto.
- **D. Gustavo Gutiérrez Gil**, de la Parroquia Santa María de la Alegría, en Móstoles.
- **D. Benjamín Bosepa**, de la Parroquia Santa María de la Alegría, en Móstoles.
- **D. Willy Milayi**, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Navalcarnero.
- **D. José Manuel García-Plaza García-Talavera**, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Chinchón.
- **D. Richmond Angui**, de la Parroquia Santo Domingo de Silos, en Pinto.
- **D. Lino Poffe Aka Alliefe**, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Parla.
- **D. Norberto Otero López**, de la Parroquia Nuestra Señora de las Angustias, en Aranjuez.
- **D. José Antonio Merino Abad**, San Pedro Bautista, en Alcorcón
- **D. Antonio Herranz González**, de la Parroquia Santo Cristo de la Misericordia, en Boadilla del Monte.
- **D. Alexis Gaetán Pilly**, de la Parroquia Santa María de los Ángeles, en Getafe
- **D. Enrique Ramos Marín**, de la Parroquia Santa Maravillas de Jesús, en Getafe.
- **D. Eustaquio Sánchez Pellón**, de la Parroquia Cristo Liberador, en Parla.
- **D. Augusto Fernández Bañuelos**, de la Parroquia María Auxiliadora, en Fuenlabrada.
- **D. José Miguel Sopena Moreno**, de la Parroquia San Rafael Arcángel, en Getafe.

- **D. Juan Miguel Rodríguez Balmaceda**, de la Parroquia San José, en Fuenlabrada.
- **D. Manuel Moreno Jiménez**, de la Parroquia Espíritu Santo, en Aranjuez.
- **D. Francisco Javier Fernández Perea**, de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar, en Valdemoro.
- **D. Borja Hernando Trancho**, de la Parroquia San Carlos Borromeo, en Villanueva de la Cañada

ADMINISTRADORES PARROQUIALES:

- **D. Gustavo Gutiérrez Gil**, de la Parroquia Nuestra Señora de la Anunciación, en Fuenlabrada.
- **D. Manuel Vargas Cano de Santayana**, de la Parroquia San José, en Pinto.

CAPELLÁNES:

- **D. Luis Ángel Albares Cobo**, del Hospital de Parla.
- **D. Alfonso María Oriol Muñoz**, del Hospital Rey Juan Carlos, en Móstoles.
- **D. Francisco Javier Fernández Perea**, del Colegio Nuestra Señora, en Valdemoro.

OTROS:

- **D. Francisco Javier Expósito Soriano**, Rector del Santuario del Cerro de los Ángeles.
- **D. Ramón García-Saavedra Sánchez**, Vicario Episcopal para la Vida Consagrada y Capellán del Santuario del Cerro de los Ángeles.
- **D. Francisco Hernández Nicolás**, Adscrito, San Rafael Arcángel, en Getafe.
- **D. Miguel Ángel Íñiguez Martínez**, Director Espiritual del Seminario "Nuestra Señora de los Apóstoles".
- **D. José Ramón Godino Alarcón**, Delegado Diocesano para las Causas de los Santos.



Conferencia Episcopal Española

MONS. SEBASTIÀ TALTAVULL HA SIDO NOMBRADO OBISPO DE MALLORCA

La Santa Sede ha hecho público a las 12.00 h. de hoy, martes 19 de septiembre, que el papa Francisco ha nombrado a Mons. Sebastià Taltavull Anglada obispo de Mallorca. Así ha sido comunicado por la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española (CEE). Mons. Taltavull es en la actualidad obispo auxiliar de Barcelona y está al frente de la diócesis de Mallorca, como administrador apostólico, desde el 8 de septiembre de 2016.

Obispo auxiliar de Barcelona desde 2009

Mons. Taltavull nació en Ciutadella de Menorca (Baleares) el 28 de enero de 1948. Ingresó en el seminario diocesano de Menorca en 1959. Recibió la ordenación sacerdotal el 23 de septiembre de 1972, después de cursar estudios en la Facultad de Teología de Cataluña y obtener la Licenciatura en Teología dogmática.

Su ministerio sacerdotal lo desarrolló en la diócesis de Menorca, donde desempeñó, entre otros, los siguientes cargos: director de la casa diocesana de

Espiritualidad de Monte-Toro (1972-1984); delegado diocesano de Juventud (1972-1989); rector del santuario diocesano de la Virgen de Monte-Toro, Patrona de Menorca (1975-1984); formador (1977-1984) y profesor de Teología dogmática (1977-1994) del seminario y del instituto diocesano de Teología; párroco de San Rafael de Ciutadella (1984-1992); delegado diocesano de Catequesis (1989-1995); vicario general y moderador de la curia (1989-2002); rector del seminario diocesano (1995-2002); párroco de Ntra. Sra. del Rosario de la catedral y de San Francisco de Asís de Ciutadella, deán-presidente del cabildo y penitenciario de la catedral y delegado diocesano de Medios de Comunicación Social y para las Relaciones Institucionales (2002-2005). En la CEE fue director del secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral (2005-2009). También fue miembro del consejo asesor de la Subcomisión Episcopal de Catequesis.

El 28 de enero de 2009 se hizo público su nombramiento como obispo auxiliar de Barcelona. Recibió la ordenación episcopal el 21 de marzo del mismo año. Ha sido administrador apostólico de Mallorca desde el 8 de septiembre de 2016.

En la CEE es miembro de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social y de Pastoral Social. Fue miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral (2009-2011) y Presidente (2011-2017).

Martes 19 septiembre, 2017.

NOTA FINAL DE LA REUNIÓN DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE SEPTIEMBRE DE 2017

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su reunión los días 26 y 27 de septiembre en la Casa de la Iglesia, en Añastro 1, Madrid.

Declaración sobre Cataluña

Los obispos de la Comisión Permanente han realizado una declaración institucional sobre la situación que vive actualmente Cataluña, aprobada por unanimidad. El cardenal Ricardo Blázquez, presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), la hizo pública en la sede de la CEE ayer, 27 de septiembre.

En la declaración invitan al diálogo como vía para superar la difícil situación "que se vive en Cataluña, con gran preocupación en el resto de España" y explican que para "hacer posible este diálogo honesto y generoso, que salvaguarde los bienes comunes de siglos y los derechos propios de los diferentes pueblos que conforman el Estado, es necesario que, tanto las autoridades de las administraciones públicas como los partidos políticos y otras organizaciones, así como los ciudadanos,

eviten decisiones y actuaciones irreversibles y de graves consecuencias, que los sitúe al margen de la práctica democrática amparada por las legítimas leyes que garantizan nuestra convivencia pacífica y origine fracturas familiares, sociales y eclesiales".

Asímismo señalan, como ya lo hicieron "en otra ocasión también difícil para nuestra convivencia democrática y pacífica, <es de todo punto necesario recuperar la conciencia ciudadana y la confianza en las instituciones, todo ello en el respeto de los cauces y principios que el pueblo ha sancionado en la Constitución> (XXXIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. 28-2-1981)".

Otro de los principales asuntos que ha tratado la Comisión Permanente ha sido el estudio sobre la ideología de género y su traslación a proyectos legislativos en España, en concreto la Proposición de Ley contra la discriminación por orientación sexual, identidad o expresión de género y características sexuales, y de igualdad social de lesbiana, gais, bisexuales, transexuales, transgénero e intersexuales, presentada en el Congreso de los Diputados por el Grupo Parlamentario Confederal de Unidos Podemos-En Comú Podem-En Marea.

Dada la gravedad de esta iniciativa legal y otras similares autonómicas para la concepción cristiana del amor humano, el matrimonio, la familia y la educación, además de la conculcación de derechos fundamentales de la persona, consagrados por la Constitución, Mons. Mario Iceta, Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia, ha presentado en esta reunión de la Permanente un informe al respecto, que será ampliado en la próxima reunión de la Asamblea Plenaria a fin de responder al desafío de este proyecto legal, de fuerte contenido ideológico que se quiere imponer obligatoriamente a la sociedad española.

Liturgia, pastoral Bíblica y Tribunal de la Rota

La Comisión Permanente, después de estudiar los informes pertinentes, da el placet para la creación de una cuarta Facultad Eclesiástica de Liturgia en Barcelona, en el seno del ya existente Ateneo Universitario "San Pacià" de la archidiócesis catalana.

También pasará a estudiarse, durante la Asamblea Plenaria próxima, la aprobación y posterior creación de un Departamento de Pastoral Bíblica en la Conferen-

cia Episcopal Española. Por su parte, el obispo presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia, Mons. Julián López Martín, expuso las conclusiones sobre la recepción eclesial de la nueva edición en español del Misal Romano y de los Leccionarios.

El decano del Tribunal de la Rota de la Nunciatura Apostólica en España, Carlos Manuel Morán Bustos, informó a la Comisión Permanente de la situación del Tribunal de la Rota en España, con motivo del proceso de adaptación de los tribunales de la Iglesia ante la entrada en vigor del *Motu Proprio Mitis Iudex Dominus Iesus* del Papa Francisco, con el que se renuevan los procesos canónicos de nulidad del matrimonio.

Otros temas del orden del día

Los presidentes de las Comisiones Episcopales han expuesto las actividades y proyectos que están realizando. Los obispos han aprobado el temario de la CX Asamblea Plenaria, que se celebrará del 20 al 24 de noviembre de 2017.

Para el año 2018, el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española prevé que ésta se centre en el kerigma o anuncio de la Palabra de Dios, revisando las actividades de la Iglesia en España en el anuncio de la Palabra, para ofrecer propuestas adecuadas para la evangelización y el fortalecimiento de la fe.

Para ello se pretende, entre otras acciones, otorgar una atención preferente a los agentes pastorales al servicio de la transmisión de la fe; fortalecer el acompañamiento a los sacerdotes en su identidad, vocación y misión; revisar los procesos de catequesis; fortalecer la presencia de la enseñanza religiosa en la escuela; fomentar un mayor conocimiento de la Sagrada Escritura; continuar con la difusión de los Leccionarios y propiciar encuentros con personas alejadas de la vida eclesial.

En el capítulo económico, se ha aprobado la constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano para el año 2018, así como los presupuestos también para el 2018 de la Conferencia Episcopal Española y de los organismos que de ella dependen.

Por último, la Comisión Permanente ha acordado destinar a la Conferencia Episcopal de México una ayuda de 50.000 euros a fin de paliar las consecuencias de los últimos terremotos sufridos por esta nación hermana.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha aprobado los siguientes nombramientos:

- **Mons. Francisco Cerro Chaves**, Obispo de Coria-Cáceres, Presidente del Comité Nacional para el Diaconado Permanente.
- **Luis Manuel Romero Sánchez**, sacerdote de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz, como Director de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar.
- **Fernando Herrera Casañé**, renovación, como Director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.
- **Martín Grima Molina y María Dolores Bermell Benet**, laicos de la Archidiócesis de Burgos, como Presidentes Nacionales del "Movimiento Familiar Cristiano" (MFC).
- **Antonio García Ramírez**, sacerdote de la Diócesis de Albacete, como Consiliario General del Movimiento de Acción Católica "Fraternidad Cristiana de Personas con Discapacidad" (FRATER-ESPAÑA).
- **Óscar Puebla Martín**, laico de la Diócesis de Coria-Cáceres, para su reelección como Coordinador Nacional de la "Renovación Carismática Católica de España" (RCCE).
- **José Gonzalo Ruiz Ruiz**, laico de la Archidiócesis de Granada, como Presidente General de la "Hermandad Obrera de Acción Católica" (HOAC).

DECLARACIÓN DE LA COMISIÓN PERMANENTE ANTE LA SITUACIÓN EN CATALUÑA

Ante la grave situación que se vive en Cataluña, con gran preocupación en el resto de España, los obispos queremos en primer lugar hacer nuestros los deseos y sentimientos manifestados recientemente de forma conjunta por los obispos con sede en el territorio de Cataluña, auténticos representantes de sus diócesis.

En especial invitamos a la oración por quienes en este momento difícil "tienen la responsabilidad en el gobierno de las diferentes administraciones públicas, de la gestión del bien común y de la convivencia social", a fin de que todos seamos guiados "por la sensatez, y el deseo de ser justos y fraternos", y con responsabilidad "avanzar en el camino del diálogo y del entendimiento, del respeto a los derechos y a las instituciones y de la no confrontación, ayudando a que nuestra sociedad sea un espacio de fraternidad, de libertad y de paz" (Comunicado. Obs. Cataluña. 20-9-2017).

En estos momentos graves la verdadera solución del conflicto pasa por el recurso al diálogo desde la verdad y la búsqueda del bien común de todos, como señala la Doctrina Social de la Iglesia. El papa Francisco nos indica que "es hora de

saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, con memoria y sin exclusiones" (Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 239).

Para hacer posible este diálogo honesto y generoso, que salvaguarde los bienes comunes de siglos y los derechos propios de los diferentes pueblos que conforman el Estado, es necesario que, tanto las autoridades de las administraciones públicas como los partidos políticos y otras organizaciones, así como los ciudadanos, eviten decisiones y actuaciones irreversibles y de graves consecuencias, que los sitúe al margen de la práctica democrática amparada por las legítimas leyes que garantizan nuestra convivencia pacífica y origine fracturas familiares, sociales y eclesiales.

Como ya hemos señalado los obispos, en otra ocasión también difícil para nuestra convivencia democrática y pacífica, "es de todo punto necesario recuperar la conciencia ciudadana y la confianza en las instituciones, todo ello en el respeto de los cauces y principios que el pueblo ha sancionado en la Constitución" (XXXIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. 28-2-1981).

Por último, reiterando nuestra llamada a la esperanza y la plegaria a Dios, a la serenidad y entendimiento, ofrecemos nuestra colaboración sincera al dialogo en favor de una pacífica y libre convivencia entre todos.

Madrid, 27 de septiembre de 2017.

EL CARDENAL BLÁZQUEZ
ENVÍA UNA CARTA DE CONDOLENCIA AL
PRESIDENTE DEL EPISCOPADO MEXICANO

(20 de septiembre de 2017)

El presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal Ricardo Blázquez Pérez, ha enviado un escrito de condolencia y solidaridad al presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, Mons. José Francisco Robles Ortega, ante el terremoto que ha sacudido la Ciudad de México y otros estados.

El cardenal Blázquez le ruega que transmita "a los hermanos de la Conferencia Episcopal de México y a todo el querido Pueblo mexicano nuestros sinceros sentimientos de dolor por la catástrofe ocurrida y de esperanza en la pronta restauración". "Pedimos -señala el presidente de la CEE- a Nuestra Señora de Guadalupe, tan querida del Pueblo mexicano, el pronto restablecimiento de los heridos, el descanso eterno para los difuntos, y el consuelo para quienes han perdido familiares y amigos, así como sus bienes materiales. Que el misterio de Cristo, muerto y resucitado, les ilumine la oscuridad de este difícil momento".

Texto íntegro

Eminencia Reverendísima:

Nos ha llenado de consternación la noticia del terremoto que ha sacudido a Ciudad de México y otros estados, causando numerosos muertos y la destrucción de cuantiosos bienes materiales.

En nombre de todos los miembros de la Conferencia Episcopal Española, y en el mío propio, le envío nuestra profunda condolencia y nuestra solidaridad en la oración ante el Señor.

Pedimos a Nuestra Señora de Guadalupe, tan querida del Pueblo mexicano, el pronto restablecimiento de los heridos, el descanso eterno para los difuntos, y el consuelo para quienes han perdido familiares y amigos, así como sus bienes materiales. Que el misterio de Cristo, muerto y resucitado, les ilumine la oscuridad de este difícil momento.

Le rogamos que transmita a los hermanos de la Conferencia Episcopal de México y a todo el querido Pueblo mexicano nuestros sinceros sentimientos de dolor por la catástrofe ocurrida y de esperanza en la pronta restauración.

Afmo. en el Señor.

Ricardo Blázquez Pérez
Cardenal-Arzbispo de Valladolid
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Iglesia Universal

**VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO
A COLOMBIA
(6-11 DE SEPTIEMBRE DE 2017)**

**ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES,
EL CUERPO DIPLOMÁTICO
Y ALGUNOS REPRESENTANTES
DE LA SOCIEDAD CIVIL**

DISCURSO DEL SANTO PADRE

**Plaza de Armas de la Casa de Nariño (Bogotá)
Jueves, 7 de septiembre de 2017**

Señor Presidente,
Miembros del Gobierno de la República y del Cuerpo Diplomático,
Distinguidas Autoridades,
Representantes de la sociedad civil,
Señoras y señores.

Saludo cordialmente al Señor Presidente de Colombia, Doctor Juan Manuel Santos, y le agradezco su amable invitación a visitar esta Nación en un momento particularmente importante de su historia; saludo a los miembros del Gobierno de la República y del Cuerpo Diplomático. Y, en ustedes, representantes de la socie-

dad civil, quiero saludar afectuosamente a todo el pueblo colombiano, en estos primeros instantes de mi Viaje Apostólico.

Vengo a Colombia siguiendo la huella de mis predecesores, el beato Pablo VI y san Juan Pablo II y, como a ellos, me mueve el deseo de compartir con mis hermanos colombianos el don de la fe, que tan fuertemente arraigó en estas tierras, y la esperanza que palpita en el corazón de todos. Sólo así, con fe y esperanza, se pueden superar las numerosas dificultades del camino y construir un País que sea Patria y casa para todos los colombianos.

Colombia es una Nación bendecida de muchísimas maneras; la naturaleza pródiga no sólo permite la admiración por su belleza, sino que también invita a un cuidadoso respeto por su biodiversidad. Colombia es el segundo País del mundo en biodiversidad y, al recorrerlo, se puede gustar y ver qué bueno ha sido el Señor (cf. Sal 33,9) al regalarles tan inmensa variedad de flora, fauna en sus selvas lluviosas, en sus páramos, en el Chocó, los farallones de Cali o las sierras como las de Macarena y tantos otros lugares. Igual de exuberante es su cultura; y lo más importante, Colombia es rica por la calidad humana de sus gentes, hombres y mujeres de espíritu acogedor y bondadoso; personas con tesón y valentía para sobreponerse a los obstáculos.

Este encuentro me ofrece la oportunidad para expresar el aprecio por los esfuerzos que se hacen, a lo largo de las últimas décadas, para poner fin a la violencia armada y encontrar caminos de reconciliación. En el último año ciertamente se ha avanzado de modo particular; los pasos dados hacen crecer la esperanza, en la convicción de que la búsqueda de la paz es un trabajo siempre abierto, una tarea que no da tregua y que exige el compromiso de todos. Trabajo que nos pide no decaer en el esfuerzo por construir la unidad de la nación y, a pesar de los obstáculos, diferencias y distintos enfoques sobre la manera de lograr la convivencia pacífica, persistir en la lucha para favorecer la cultura del encuentro, que exige colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad, y el respeto por el bien común. Que este esfuerzo nos haga huir de toda tentación de venganza y búsqueda de intereses sólo particulares y a corto plazo. Oíamos recién cantar: "Andar el camino lleva su tiempo". Es a largo plazo. Cuanto más difícil es el camino que conduce a la paz y al entendimiento, más empeño hemos de poner en reconocer al otro, en sanar las heridas y construir puentes, en estrechar lazos y ayudarnos mutuamente (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 67).

El lema de este País dice: "Libertad y Orden". En estas dos palabras se encierra toda una enseñanza. Los ciudadanos deben ser valorados en su libertad y protegidos por un orden estable. No es la ley del más fuerte, sino la fuerza de la ley, la que es aprobada por todos, quien rige la convivencia pacífica. Se necesitan leyes justas que puedan garantizar esa armonía y ayudar a superar los conflictos que han desgarrado esta Nación por décadas; leyes que no nacen de la exigencia pragmática de ordenar la sociedad sino del deseo de resolver las causas estructurales de la pobreza que generan exclusión y violencia. Sólo así se sana de una enfermedad que vuelve frágil e indigna a la sociedad y siempre la deja a las puertas de nuevas crisis. No olvidemos que la inequidad es la raíz de los males sociales (cf. *ibíd.*, 202).

En esta perspectiva, los animo a poner la mirada en todos aquellos que hoy son excluidos y marginados por la sociedad, aquellos que no cuentan para la mayoría y son postergados y arrinconados. Todos somos necesarios para crear y formar la sociedad. Esta no se hace sólo con algunos de "pura sangre", sino con todos. Y aquí radica la grandeza y belleza de un País, en que todos tienen cabida y todos son importantes. Como estos chicos que con su espontaneidad quisieron hacer este protocolo mucho más humano. Todos somos importantes. En la diversidad está la riqueza. Pienso en aquel primer viaje de san Pedro Claver desde Cartagena hasta Bogotá surcando el Magdalena: su asombro es el nuestro. Ayer y hoy, posamos la mirada en las diversas etnias y los habitantes de las zonas más lejanas, los campesinos. La detenemos en los más débiles, en los que son explotados y maltratados, aquellos que no tienen voz porque se les ha privado de ella o no se les ha dado, o no se les reconoce. También detenemos la mirada en la mujer, su aporte, su talento, su ser "madre" en las múltiples tareas. Colombia necesita la participación de todos para abrirse al futuro con esperanza.

La Iglesia, en fidelidad a su misión, está comprometida con la paz, la justicia y el bien de todos. Es consciente de que los principios evangélicos constituyen una dimensión significativa del tejido social colombiano, y por eso pueden aportar mucho al crecimiento del País; en especial, el respeto sagrado a la vida humana, sobre todo la más débil e indefensa, es una piedra angular en la construcción de una sociedad libre de violencia. Además, no podemos dejar de destacar la importancia social de la familia, soñada por Dios como el fruto del amor de los esposos, "lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros" (*ibíd.*, 66). Y, por favor, les pido que escuchen a los pobres, a los que sufren. Mírenlos a los ojos y déjense interrogar en todo momento por sus rostros surcados de dolor y sus manos suplicantes. En ellos se aprenden verdaderas lecciones de vida y de humani-

dad, de dignidad. Porque ellos, que entre cadenas gimen, sí que comprenden las palabras del que murió en la cruz -como dice la letra de vuestro himno nacional-.

Señoras y señores, tienen delante de sí una hermosa y noble misión, que es al mismo tiempo una difícil tarea. Resuena en el corazón de cada colombiano el aliento del gran compatriota Gabriel García Márquez: "Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera". Es posible entonces, continúa el escritor, "una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra" (Discurso de aceptación del premio Nobel, 1982).

Es mucho el tiempo pasado en el odio y la venganza... La soledad de estar siempre enfrentados ya se cuenta por décadas y huele a cien años; no queremos que cualquier tipo de violencia restrinja o anule ni una vida más. Y quise venir hasta aquí para decirles que no están solos, que somos muchos los que queremos acompañarlos en este paso; este viaje quiere ser un aliciente para ustedes, un aporte que en algo allane el camino hacia la reconciliación y la paz.

Están presentes en mis oraciones. Rezo por ustedes, por el presente y por el futuro de Colombia.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE COLOMBIA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Salón del Palacio Cardenalicio (Bogotá)

Jueves, 7 de septiembre de 2017

La paz esté con ustedes

Así saludó el Resucitado a su pequeña grey después de haber vencido a la muerte, así consiéntanme que los salude al inicio de mi viaje.

Agradezco las palabras de bienvenida. Estoy contento porque los primeros pasos que doy en este País me llevan a encontrarlos a ustedes, obispos de Colombia, para abrazar en ustedes a toda la Iglesia colombiana y para estrechar a su gente en mi corazón de Sucesor de Pedro. Les agradezco muchísimo su ministerio episcopal, que les ruego continúen realizándolo con renovada generosidad. Un saludo particular dirijo a los obispos eméritos, animándolos a seguir sosteniendo, con la oración y con la presencia discreta, a la Esposa de Cristo por la cual se han entregado generosamente.

Vengo para anunciar a Cristo y para cumplir en su nombre un itinerario de paz y reconciliación. ¡Cristo es nuestra paz! ¡Él nos ha reconciliado con Dios y entre nosotros!

Estoy convencido de que Colombia tiene algo de original, algo muy original, que llama fuerte la atención: no ha sido nunca una meta completamente realizada, ni un destino totalmente acabado, ni un tesoro totalmente poseído. Su riqueza humana, sus vigorosos recursos naturales, su cultura, su luminosa síntesis cristiana, el patrimonio de su fe y la memoria de sus evangelizadores, la alegría gratuita e incondicional de su gente, la impagable sonrisa de su juventud, su original fidelidad al Evangelio de Cristo y a su Iglesia y, sobre todo, su indomable coraje de resistir a la muerte, no sólo anunciada, sino muchas veces sembrada: todo esto se sustrae, como lo hace la flor de la mimosa púdica en el jardín, digamos que se esconde a aquellos que se presentan como forasteros hambrientos de adueñársela y, en cambio, se brinda generosamente a quien toca su corazón con la mansedumbre del peregrino. Así es Colombia.

Por esto, como peregrino, me dirijo a su Iglesia. De ustedes soy hermano, deseoso de compartir a Cristo Resucitado para quien ningún muro es perenne, ningún miedo es indestructible, ninguna plaga, ninguna llaga, es incurable.

No soy el primer Papa que les habla acá en su casa. Dos de mis más grandes Predecesores han sido huéspedes aquí: el beato Pablo VI, que vino apenas concluyó el Concilio Vaticano II para animar la realización colegial del misterio de la Iglesia en América Latina, y san Juan Pablo II en su memorable visita apostólica del 86. Las palabras de ambos son un recurso permanente, las indicaciones que delinearon y la maravillosa síntesis que ofrecieron sobre nuestro ministerio episcopal constituyen un patrimonio para custodiar. No son anticuados. Quisiera que cuanto les diga sea recibido en continuidad con lo que ellos han enseñado.

Custodios y sacramento del primer paso

"Dar el primer paso" es el lema de mi visita y también para ustedes este es mi primer mensaje. Bien saben que Dios es el Señor del primer paso. Él siempre nos primerea. Toda la Sagrada Escritura habla de Dios como exiliado de sí mismo por amor. Ha sido así cuando sólo había tinieblas, caos y, saliendo de sí, Él hizo que

todo viniese a ser (cf. Gn 1,2,4); ha sido así cuando en el jardín de los orígenes Él se paseaba, dándose cuenta de la desnudez de su creatura (cf. Gn 3,8-9); ha sido así cuando, peregrino, se alojó en la tienda de Abraham, dejándole la promesa de una inesperada fecundidad (cf. Gn 18,1-10); ha sido así cuando se presentó a Moisés encantándolo, cuando ya no tenía otro horizonte que pastorear las ovejas de su suegro (cf. Ex 3,1-2); ha sido así cuando no quitó de su mirada a su amada Jerusalén, aun cuando se prostituía en la vereda de la infidelidad (cf. Ez 16,15); ha sido así cuando migró con su gloria hacia su pueblo exiliado en la esclavitud (cf. Ez 10,18-19).

Y, en la plenitud del tiempo, quiso revelarnos el primer paso, el nombre del primer paso, de su primer paso. Se llama Jesús y es un paso irreversible. Proviene de la libertad de un amor que todo lo precede. Porque el Hijo, Él mismo, es expresión viva de dicho amor. Aquellos que lo reconocen y lo acogen reciben en herencia el don de ser introducidos en la libertad de poder cumplir siempre en Él ese primer paso, no tienen miedo de perderse si salen de sí mismos, porque llevan la fianza del amor emanado del primer paso de Dios, una brújula que no les consiente perderse.

Cuiden pues, con santo temor y conmoción, ese primer paso de Dios hacia ustedes y, con su ministerio, hacia la gente que les ha sido confiada, en la conciencia de ser ustedes sacramento viviente de esa libertad divina que no tiene miedo de salir de sí misma por amor, que no teme empobrecerse mientras se entrega, que no tiene necesidad de otra fuerza que el amor.

Dios nos precede, somos sarmientos, no somos la vid. Por tanto, no enmudezcan la voz de Aquél que los ha llamado ni se ilusionen en que sea la suma de sus pobres virtudes ¿las de ustedes? o los halagos de los poderosos de turno quienes aseguran el resultado de la misión que les ha confiado Dios. Al contrario, mendiguen, mendiguen en la oración cuando no puedan dar ni darse, para que tengan algo que ofrecer a aquellos que se acercan constantemente a sus corazones de pastores. La oración en la vida del obispo es la savia vital que pasa por la vid, sin la cual el sarmiento se marchita volviéndose infecundo. Por tanto, luchen con Dios, y más todavía en la noche de su ausencia, hasta que Él no los bendiga (cf. Gn 32,25-27). Las heridas de esa cotidiana y prioritaria batalla en la oración serán fuente de curación para ustedes; serán heridos por Dios para hacerse capaces de curar.

Hacer visible su identidad de sacramento del primer paso de Dios

De hecho, hacer tangible la identidad de sacramento del primer paso de Dios exigirá un continuo éxodo interior. "No hay ninguna invitación al amor mayor que adelantarse en ese mismo amor" (San Agustín, *De catechizandis rudibus*, liber I, 4.7, 26: PL 40), y, por tanto, ningún ámbito de la misión episcopal puede prescindir de esta libertad de cumplir el primer paso. La condición de posibilidad para el ejercicio del ministerio apostólico es la disposición a acercarse a Jesús dejando atrás "lo que fuimos, para que seamos lo que no éramos" (Id., *Enarr. in psal.*, 121,12: PL 36).

Les recomiendo vigilar no sólo individualmente, sino colegialmente, dóciles al Espíritu Santo, sobre este permanente punto de partida. Sin este núcleo languidecen los rasgos del Maestro en el rostro de los discípulos, la misión se atasca y disminuye la conversión pastoral, que no es otra cosa que rescatar aquella urgencia de anunciar el Evangelio de la alegría hoy, mañana y pasado mañana (cf. Lc 13,33), premura que devoró el Corazón de Jesús dejándolo sin nido ni resguardo, reclinado solamente en el cumplimiento hasta el final de la voluntad del Padre (cf. Lc 9,58.62). ¿Qué otro futuro podemos perseguir? ¿A qué otra dignidad podemos aspirar?

No se midan con el metro de aquellos que quisieran que fueran sólo una casta de funcionarios plegados a la dictadura del presente. Tengan, en cambio, siempre fija la mirada en la eternidad de Aquél que los ha elegido, prontos a acoger el juicio decisivo de sus labios, que es el que vale.

En la complejidad del rostro de esta Iglesia colombiana, es muy importante preservar la singularidad de sus diversas y legítimas fuerzas, las sensibilidades pastorales, las peculiaridades regionales, las memorias históricas, las riquezas de las propias experiencias eclesiales. Pentecostés consiente que todos escuchen en la propia lengua. Por eso, busquen con perseverancia la comunión entre ustedes. No se cansen de construirla a través del diálogo franco y fraterno, condenando como peste las agendas encubiertas, ¿por favor?. Sean premurosos en cumplir el primer paso, del uno para con el otro. Anticípense en la disposición de comprender las razones del otro. Déjense enriquecer de lo que el otro les puede ofrecer y construyan una Iglesia que ofrezca a este País un testimonio elocuente de cuánto se puede progresar cuando se está dispuesto a no quedarse en las manos de unos pocos. El rol de las Provincias Eclesiásticas en relación al mismo mensaje evangelizador es fundamental, porque son diversas y armonizadas las voces que lo proclaman. Por

esto, no se contenten con un mediocre compromiso mínimo que deje a los resignados en la tranquila quietud de la propia impotencia, a la vez que domestica aquellas esperanzas que exigirían el coraje de ser encauzadas más sobre la fuerza de Dios que sobre la propia debilidad.

Reserven una particular sensibilidad hacia las raíces afro-colombianas de su gente, que tan generosamente han contribuido a plasmar el rostro de esta tierra.

Tocar la carne del cuerpo de Cristo

Los invito a no tener miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente. Háganlo con humildad, sin la vana pretensión de protagonismo, y con el corazón indiviso, libre de compromisos o servilismos. Sólo Dios es Señor y a ninguna otra causa se debe someter nuestra alma de pastores.

Colombia tiene necesidad de vuestra mirada propia de obispos, para sostenerla en el coraje del primer paso hacia la paz definitiva, la reconciliación, hacia la abdicación de la violencia como método, la superación de las desigualdades que son la raíz de tantos sufrimientos, la renuncia al camino fácil pero sin salida de la corrupción, la paciente y perseverante consolidación de la "res publica" que requiere la superación de la miseria y de la desigualdad.

Se trata, por supuesto, de una tarea ardua pero irrenunciable, los caminos son empinados y las soluciones no son obvias. Desde lo alto de Dios, que es la cruz de su Hijo, obtendrán la fuerza; con la lucecita humilde de los ojos del Resucitado recorrerán el camino; escuchando la voz del Esposo que susurra en el corazón, recibirán los criterios para discernir de nuevo, en cada incertidumbre, la justa dirección.

Uno de vuestros ilustres literatos escribió hablando de uno de sus míticos personajes: "No imaginaba que era más fácil empezar una guerra que terminarla" (Gabriel García Márquez, Cien años de soledad, capítulo 9). Todos sabemos que la paz exige de los hombres un coraje moral diverso. La guerra sigue lo que hay de más bajo en nuestro corazón, la paz nos impulsa a ser más grandes que nosotros mismos. En seguida, el escritor añadía: "No entendía que hubiera necesitado tantas palabras para explicar lo que se sentía en la guerra, si con una sola bastaba: miedo" (ibíd., cap. 15). No es necesario que les hable de este miedo, raíz enve-

nenada, fruto amargo y herencia nefasta de cada contienda. Quiero animarlos a seguir creyendo que se puede hacer de otra manera, recordando que no han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; el mismo Espíritu atestigua que son hijos destinados a la libertad de la gloria a ellos reservada (cf. Rm 8,15-16).

Ustedes ven con los propios ojos y conocen como pocos la deformación del rostro de este País, son custodios de las piezas fundamentales que lo hacen uno, no obstante sus laceraciones. Precisamente por esto, Colombia tiene necesidad de ustedes para reconocerse en su verdadero rostro cargado de esperanza a pesar de sus imperfecciones, para perdonarse recíprocamente no obstante las heridas no del todo cicatrizadas, para creer que se puede hacer otro camino aun cuando la inercia empuja a repetir los mismos errores, para tener el coraje de superar cuanto la puede volver miserable a pesar de sus tesoros.

Les confieso que siento como un deber, me sale darles ánimo, así como tengo que decirles: ¡Anímense! Siento ese deber, transmitirles mis ganas de darles ánimo. Los animo, pues, a no cansarse de hacer de sus Iglesias un vientre de luz, capaz de generar, aun sufriendo pobreza, las nuevas creaturas que esta tierra necesita. Hospédense en la humildad de su gente para darse cuenta de sus secretos recursos humanos y de fe, escuchen cuánto su despojada humanidad brama por la dignidad que solamente el Resucitado puede conferir. No tengan miedo de migrar de sus aparentes certezas en búsqueda de la verdadera gloria de Dios, que es el hombre viviente. ¡Ánimo! Los animo en este camino.

La palabra de la reconciliación

Muchos pueden contribuir al desafío de esta Nación, pero la misión de ustedes es singular. Ustedes no son técnicos ni políticos, son pastores. Cristo es la palabra de reconciliación escrita en sus corazones y tienen la fuerza de poder pronunciarla no solamente en los púlpitos, en los documentos eclesiales o en los artículos de periódicos, sino más bien en el corazón de las personas, en el secreto sagrado de sus conciencias, en el calor esperanzado que los atrae a la escucha de la voz del cielo que proclama "paz a los hombres amados por Dios" (Lc 2,14). Ustedes deben pronunciarla con el frágil, humilde, pero invencible recurso de la misericordia de Dios, la única capaz de derrotar la cínica soberbia de los corazones autorreferenciales.

A la Iglesia no le interesa otra cosa que la libertad de pronunciar esta Palabra. Ser libre para pronunciar esta Palabra. No sirven alianzas con una parte u otra, sino la libertad de hablar a los corazones de todos. Precisamente allí tienen la autonomía y el vuelo para inquietar, allí tienen la posibilidad de sostener un cambio de ruta.

El corazón humano, muchas veces engañado, concibe el insensato proyecto de hacer de la vida un continuo aumento de espacios para depositar lo que acumula. Es un engaño. Precisamente aquí es necesario que resuene la pregunta: ¿De qué sirve ganar el mundo entero si queda el vacío en el alma? (cf. Mt 16,26).

De sus labios de legítimos pastores, tal cual ustedes son, Colombia tiene el derecho de ser interpelada por la verdad de Dios, que repite continuamente: "¿Dónde está tu hermano?" (Gn 4,9). Es un interrogatorio que no puede ser silenciado, aun cuando quien lo escucha no puede más que abajar la mirada, confundido, y balbucir la propia vergüenza por haberlo vendido, quizás, al precio de alguna dosis de estupefaciente o alguna equívoca concepción de razón de Estado, tal vez por la falsa conciencia de que el fin justifica los medios.

Les ruego tener siempre fija la mirada sobre el hombre concreto. No sirvan a un concepto de hombre, sino a la persona humana amada por Dios, hecha de carne, huesos, historia, fe, esperanza, sentimientos, desilusiones, frustraciones, dolores, heridas, y verán que esa concreción del hombre desenmascara las frías estadísticas, los cálculos manipulados, las estrategias ciegas, las falseadas informaciones, recordándoles que "realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (Gaudium et spes, 22).

Una Iglesia en misión

Teniendo en cuenta el generoso trabajo pastoral que ya desarrollan, permítanme ahora que les presente algunas inquietudes que llevo en mi corazón de pastor, deseoso de exhortarles a ser cada vez más una Iglesia en misión. Mis Predecesores ya han insistido sobre varios de estos desafíos: la familia y la vida, los jóvenes, los sacerdotes, las vocaciones, los laicos, la formación. Los decenios transcurridos, no obstante el ingente trabajo, quizás han vuelto aún más fatigosas las respuestas para hacer eficaz la maternidad de la Iglesia en el generar, alimentar y acompañar a sus hijos.

Pienso en las familias colombianas, en la defensa de la vida desde el vientre materno hasta su natural conclusión, en la plaga de la violencia y del alcoholismo, no raramente extendida en los hogares, en la fragilidad del vínculo matrimonial y la ausencia de los padres de familia con sus trágicas consecuencias de inseguridad y orfandad. Pienso en tantos jóvenes amenazados por el vacío del alma y arrastrados en la fuga de la droga, en el estilo de vida fácil, en la tentación subversiva. Pienso en los numerosos y generosos sacerdotes y en el desafío de sostenerlos en la fiel y cotidiana elección por Cristo y por la Iglesia, mientras algunos otros continúan propagando la cómoda neutralidad de aquellos que nada eligen para quedarse con la soledad de sí mismos. Pienso en los fieles laicos esparcidos en todas las Iglesias particulares, resistiendo fatigosamente para dejarse congregar por Dios que es comunión, aun cuando no pocos proclaman el nuevo dogma del egoísmo y de la muerte de toda solidaridad, palabra que quieren sacar del diccionario. Pienso en el inmenso esfuerzo de todos para profundizar la fe y hacerla luz viva para los corazones y lámparas para el primer paso.

No les traigo recetas ni intento dejarles una lista de tareas. Con todo quisiera rogarles que, al realizar en comunión su gravosa misión de pastores de Colombia, conserven la serenidad. Yo no sé si decírselo, se me ocurre ahora, pero si exagero me perdonan, se me ocurre que es una de las virtudes que más necesitan: conserven la serenidad. No porque ustedes no la tengan, sino que el momento les exige más. Bien saben que en la noche el maligno continúa sembrando cizaña, pero tengan la paciencia del Señor del campo, confiándose en la buena calidad de sus granos. Aprendan de su longanimidad y magnanimidad. Sus tiempos son largos porque es inconmensurable su mirada de amor. Cuando el amor es reducido el corazón se vuelve impaciente, turbado por la ansiedad de hacer cosas, devorado por el miedo de haber fracasado. Crean sobre todo en la humildad de la semilla de Dios. Fíense de la potencia escondida de su levadura. Orienten el corazón sobre la preciosa fascinación que atrae y hace vender todo con tal de poseer ese divino tesoro.

De hecho, ¿qué otra cosa más fuerte pueden ofrecer a la familia colombiana que la fuerza humilde del Evangelio del amor generoso que une al hombre y a la mujer, haciéndolos imagen de la unión de Cristo y su Iglesia, transmisores y guardianes de la vida? Las familias tienen necesidad de saber que en Cristo pueden volverse árbol frondoso capaz de ofrecer sombra, dar fruto en todas las estaciones del año, anidar la vida en sus ramas. Son tantos hoy los que homenajean árboles sin sombra, infecundos, ramas privadas de nidos. Que para ustedes el punto de partida sea el testimonio alegre de que la felicidad está en otro lugar.

¿Qué cosa pueden ofrecer a sus jóvenes? Ellos aman sentirse amados, desconfían de quien los minusvalora, piden coherencia limpia y esperan ser involucrados. Recíbanlos, por tanto, con el corazón de Cristo, ábranles espacios en la vida de sus Iglesias. No participen en ninguna negociación que malvenda sus esperanzas. No tengan miedo de alzar serenamente la voz para recordar a todos que una sociedad que se deja seducir por el espejismo del narcotráfico se arrastra a sí misma en esa metástasis moral que mercantiliza el infierno y siembra por doquier la corrupción y, al mismo tiempo, engorda los paraísos fiscales.

¿Qué cosa pueden dar a sus sacerdotes? El primer don es aquel de la paternidad que asegure que la mano que los ha generado y ha ungido no se ha retirado de sus vidas. Es verdad, vivimos en la era de la informática y no nos es difícil alcanzar a nuestros sacerdotes en tiempo real mediante algún programa de mensajes. Pero el corazón de un padre, de un obispo, no puede limitarse a la precaria, impersonal y externa comunicación con su presbiterio. No se puede apartar del corazón del obispo la inquietud, la sana inquietud, sobre dónde viven sus sacerdotes. ¿Viven de verdad según Jesús, o se han improvisado otras seguridades como la estabilidad económica, la ambigüedad moral, la doble vida o la ilusión miope de una carrera? Los sacerdotes precisan, con necesidad y urgencia vital, de la cercanía física y afectiva de su obispo. Los sacerdotes requieren sentir que tienen padre.

Sobre las espaldas de los sacerdotes frecuentemente pesa la fatiga del trabajo cotidiano de la Iglesia. Ellos están en primera línea, continuamente circundados de la gente que, abatida, busca en ellos el rostro del pastor. La gente se acerca y golpea a sus corazones. Ellos deben dar de comer a la multitud y el alimento de Dios no es nunca una propiedad de la cual se puede disponer sin más. Al contrario, proviene solamente de la indigencia puesta en contacto con la bondad divina. Despedir a la muchedumbre y alimentarse con lo poco que uno puede indebidamente apropiarse es una tentación permanente (cf. Lc 9,13).

Vigilen por tanto sobre las raíces espirituales de sus sacerdotes. Condúzcanlos continuamente a aquella Cesarea de Filipo donde, desde los orígenes del Jordán de cada uno, puedan sentir de nuevo la pregunta de Jesús: ¿Quién soy yo para ti? Y la razón del gradual deterioro que muchas veces lleva a la muerte del discípulo siempre está en un corazón que ya no puede responder: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (cf. Mt 16,13-16). De aquí se debilita el coraje de la irreversibilidad del don de sí, y deriva también la desorientación interior, el cansancio de un corazón que ya no sabe acompañar al Señor en su camino hacia Jerusalén.

Cuiden especialmente, por favor, el itinerario formativo de sus sacerdotes, desde el nacimiento de la llamada de Dios en sus corazones. La nueva *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, recientemente publicada, es un valioso recurso, aún por aplicar, para que la Iglesia colombiana esté a la altura del don de Dios que nunca ha dejado de llamar al sacerdocio a tantos de sus hijos.

No descuiden, por favor, la vida de los consagrados y consagradas. Ellos y ellas constituyen la bofetada kerigmática a toda mundanidad y son llamados a quemar cualquier resaca de valores mundanos en el fuego de las bienaventuranzas vividas sin glosa y en el total abajamiento de sí mismos en el servicio. Por favor, no los consideren como "recursos de utilidad" para las obras apostólicas; más bien, sepan ver en ellos el grito del amor consagrado de la Esposa: "¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,20).

Reserven la misma preocupación formativa a sus laicos, de los cuales depende no sólo la solidez de las comunidades de fe, sino gran parte de la presencia de la Iglesia en el ámbito de la cultura, de la política, de la economía. Formar en la Iglesia significa ponerse en contacto con la fe viviente de la Comunidad viva, introducirse en un patrimonio de experiencias y de respuestas que suscita el Espíritu Santo, porque es Él quien enseña todas las cosas (cf. Jn 14,26).

Y antes de concluir ¿estoy un poco largo ya?, un pensamiento quisiera dirigir a los desafíos de la Iglesia en la Amazonia, región de la cual con razón están orgullosos, porque es parte esencial de la maravillosa biodiversidad de este País. La Amazonia es para todos nosotros una prueba decisiva para verificar si nuestra sociedad, casi siempre reducida al materialismo y pragmatismo, está en grado de custodiar lo que ha recibido gratuitamente, no para desvalijarlo, sino para hacerlo fecundo. Pienso, sobre todo, en la arcana sabiduría de los pueblos indígenas amazónicos y me pregunto si somos aún capaces de aprender de ellos la sacralidad de la vida, el respeto por la naturaleza, la conciencia de que no solamente la razón instrumental es suficiente para colmar la vida del hombre y responder a sus más inquietantes interrogantes.

Por esto los invito a no abandonar a sí misma la Iglesia en Amazonia. La consolidación de un rostro amazónico para la Iglesia que peregrina aquí es un desafío de todos ustedes, que depende del creciente y consciente apoyo misionero de todas las diócesis colombianas y de su entero clero. He escuchado que en algunas lenguas nativas amazónicas para referirse a la palabra "amigo" se usa la expresión

"mi otro brazo". Sean por lo tanto el otro brazo de la Amazonia. Colombia no la puede amputar sin ser mutilada en su rostro y en su alma.

Queridos hermanos:

Los invito ahora a dirigirnos espiritualmente a Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, cuya imagen han tenido la delicadeza de traer de su Santuario a la magnífica Catedral de esta ciudad para que también yo la pudiera contemplar.

Como bien saben, Colombia no puede darse a sí misma la verdadera Renovación a la que aspira, sino que ésta viene concedida desde lo alto. Supliquémosla al Señor, pues, por medio de la Virgen.

Y así como en Chiquinquirá Dios ha renovado el esplendor del rostro de su Madre, que Él siga iluminando con su celestial luz el rostro de este entero País y bendiga a la Iglesia de Colombia con su benévola compañía, y los bendiga a ustedes, a quienes les agradezco todo lo que hacen. Gracias.

ENCUENTRO CON EL COMITÉ DIRECTIVO DEL CELAM

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Nunciatura apostólica, Bogotá
Jueves 7 de septiembre de 2017

Queridos hermanos, gracias por este encuentro y por las cálidas palabras de bienvenida del Presidente de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano. De no haber sido por las exigencias de la agenda, muy apretada, hubiera querido encontrarlos en la sede del CELAM. Les agradezco la delicadeza de estar aquí en este momento.

Agradezco el esfuerzo que hacen para transformar esta Conferencia Episcopal continental en una casa al servicio de la comunión y de la misión de la Iglesia en América Latina; en un centro propulsor de la conciencia discipular y misionera; en una referencia vital para la comprensión y la profundización de la catolicidad latinoamericana, delineada gradualmente por este organismo de comunión durante décadas de servicio. Y hago propicia la ocasión para animar los recientes esfuerzos

con el fin de expresar esta solicitud colegial mediante el Fondo de Solidaridad de la Iglesia Latinoamericana.

Hace cuatro años, en Río de Janeiro, tuve ocasión de hablarles sobre la herencia pastoral de Aparecida, último acontecimiento sinodal de la Iglesia Latinoamericana y del Caribe. En aquel momento subrayaba la permanente necesidad de aprender de su método, sustancialmente compuesto por la participación de las Iglesias locales y en sintonía con los peregrinos que caminan en busca del rostro humilde de Dios que quiso manifestarse en la Virgen pescada en las aguas, y que se prolonga en la misión continental que quiere ser, no la suma de iniciativas programáticas que llenan agendas y también desperdician energías preciosas, sino el esfuerzo para poner la misión de Jesús en el corazón de la misma Iglesia, transformándola en criterio para medir la eficacia de las estructuras, los resultados de su trabajo, la fecundidad de sus ministros y la alegría que ellos son capaces de suscitar. Porque sin alegría no se atrae a nadie.

Me detuve entonces en las tentaciones, todavía presentes, de la ideologización del mensaje evangélico, del funcionalismo eclesial y del clericalismo, porque está siempre en juego la salvación que nos trae Cristo. Esta debe llegar con fuerza al corazón del hombre para interpelar su libertad, invitándolo a un éxodo permanente desde la propia autorreferencialidad hacia la comunión con Dios y con los demás hermanos.

Dios, al hablar en Jesús al hombre, no lo hace con un vago reclamo como a un forastero, ni con una convocación impersonal como lo haría un notario, ni con una declaración de preceptos a cumplir como lo hace cualquier funcionario de lo sacro. Dios habla con la inconfundible voz del Padre al hijo, y respeta su misterio porque lo ha formado con sus mismas manos y lo ha destinado a la plenitud. Nuestro mayor desafío como Iglesia es hablar al hombre como portavoz de esta intimidad de Dios, que lo considera hijo, aun cuando reniegue de esa paternidad, porque para Él somos siempre hijos reencontrados.

No se puede, por tanto, reducir el Evangelio a un programa al servicio de un gnosticismo de moda, a un proyecto de ascenso social o a una concepción de la Iglesia como una burocracia que se autobeneficia, como tampoco esta se puede reducir a una organización dirigida, con modernos criterios empresariales, por una casta clerical.

La Iglesia es la comunidad de los discípulos de Jesús; la Iglesia es Misterio (cf. *Lumen Gentium*, 5) y Pueblo (cf. *ibíd.*, 9), o mejor aún: en ella se realiza el Misterio a través del Pueblo de Dios.

Por eso insistí sobre el discipulado misionero como un llamado divino para este hoy tenso y complejo, un permanente salir con Jesús para conocer cómo y dónde vive el Maestro. Y mientras salimos en su compañía conocemos la voluntad del Padre, que siempre nos espera. Sólo una Iglesia Esposa, Madre, Sierva, que ha renunciado a la pretensión de controlar aquello que no es su obra sino la de Dios, puede permanecer con Jesús aun cuando su nido y su resguardo es la cruz.

Cercanía y encuentro. Cercanía y encuentro son los instrumentos de Dios que, en Cristo, se ha acercado y nos ha encontrado siempre. El misterio de la Iglesia es realizarse como sacramento de esta divina cercanía y como lugar permanente de este encuentro. De ahí la necesidad de la cercanía del obispo a Dios, porque en Él se halla la fuente de la libertad y de la fuerza del corazón del pastor, así como de la cercanía al Pueblo Santo que le ha sido confiado. En esta cercanía el alma del apóstol aprende a hacer tangible la pasión de Dios por sus hijos.

Aparecida es un tesoro cuyo descubrimiento todavía está incompleto. Estoy seguro de que cada uno de ustedes descubre cuánto se ha enraizado su riqueza en las Iglesias que llevan en el corazón. Como los primeros discípulos enviados por Jesús en plan misionero, también nosotros podemos contar con entusiasmo todo cuanto hemos hecho (cf. *Mc* 6,30).

Sin embargo, es necesario estar atentos. Las realidades indispensables de la vida humana y de la Iglesia no son nunca un monumento sino un patrimonio vivo. Resulta mucho más cómodo transformarlas en recuerdos de los cuales se celebran los aniversarios: ¡50 años de Medellín, 20 de *Ecclesia in America*, 10 de *Aparecida*! En cambio, es otra cosa: custodiar y hacer fluir la riqueza de tal patrimonio (*pater - munus*) constituyen el *munus* de nuestra paternidad episcopal hacia la Iglesia de nuestro continente.

Bien saben que la renovada conciencia, de que al inicio de todo está siempre el encuentro con Cristo vivo, requiere que los discípulos cultiven la familiaridad con Él; de lo contrario el rostro del Señor se opaca, la misión pierde fuerza, la conversión pastoral retrocede. Orar y cultivar el trato con Él es, por tanto, la actividad más improrrogable de nuestra misión pastoral.

A sus discípulos, entusiastas de la misión cumplida, Jesús les dijo: "Vengan ustedes solos a un lugar deshabitado" (Mc 6,31). Nosotros necesitamos más todavía este estar a solas con el Señor para reencontrar el corazón de la misión de la Iglesia en América Latina en sus actuales circunstancias. ¡Hay tanta dispersión interior y también exterior! Los múltiples acontecimientos, la fragmentación de la realidad, la instantaneidad y la velocidad del presente, podrían hacernos caer en la dispersión y en el vacío. Reencontrar la unidad es un imperativo.

¿Dónde está la unidad? Siempre en Jesús. Lo que hace permanente la misión no es el entusiasmo que inflama el corazón generoso del misionero, aunque siempre es necesario; más bien es la compañía de Jesús mediante su Espíritu. Si no salimos con Él en la misión pronto perderíamos el camino, arriesgándonos a confundir nuestras necesidades vacuas con su causa. Si la razón de nuestro salir no es Él será fácil desanimarse en medio de la fatiga del camino, o frente a la resistencia de los destinatarios de la misión, o ante los cambiantes escenarios de las circunstancias que marcan la historia, o por el cansancio de los pies debido al insidioso desgaste causado por el enemigo.

No forma parte de la misión ceder al desánimo cuando, quizás, habiendo pasado el entusiasmo de los inicios, llega el momento en el que tocar la carne de Cristo se vuelve muy duro. En una situación como esta, Jesús no alienta nuestros miedos. Y como bien sabemos que a ningún otro podemos ir, porque sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68), es necesario en consecuencia, profundizar nuestra elección.

¿Qué significa concretamente salir con Jesús en misión hoy en América Latina? El adverbio "concretamente" no es un detalle de estilo literario, más bien pertenece al núcleo de la pregunta. El Evangelio es siempre concreto, jamás un ejercicio de estériles especulaciones. Conocemos bien la recurrente tentación de perderse en el bizantinismo de los doctores de la ley, de preguntarse hasta qué punto se puede llegar sin perder el control del propio territorio demarcado o del presunto poder que los límites prometen.

Mucho se ha hablado sobre la Iglesia en estado permanente de misión. Salir con Jesús es la condición para tal realidad. Salir, sí, pero con Jesús. El Evangelio habla de Jesús que, habiendo salido del Padre, recorre con los suyos los campos y los poblados de Galilea. No se trata de un recorrido inútil del Señor. Mientras

camina, encuentra; cuando encuentra, se acerca; cuando se acerca, habla; cuando habla, toca con su poder; cuando toca, cura y salva. Llevar al Padre a cuantos encuentra es la meta de su permanente salir, sobre el cual debemos reflexionar continuamente y hacer un examen de conciencia. La Iglesia debe reapropiarse de los verbos que el Verbo de Dios conjuga en su divina misión. Salir para encontrar, sin pasar de largo; reclinarse sin desidia; tocar sin miedo. Se trata de que se metan día a día en el trabajo de campo, allí donde vive el Pueblo de Dios que les ha sido confiado. No nos es lícito dejarnos paralizar por el aire acondicionado de las oficinas, por las estadísticas y las estrategias abstractas. Es necesario dirigirse al hombre en su situación concreta; de él no podemos apartar la mirada. La misión se realiza siempre cuerpo a cuerpo.

Una Iglesia capaz de ser sacramento de unidad

¡Se ve tanta dispersión en nuestro entorno! Y no me refiero solamente a la de la rica diversidad que siempre ha caracterizado el continente, sino a las dinámicas de disgregación. Hay que estar atentos para no dejarse atrapar en estas trampas. La Iglesia no está en América Latina como si tuviera las maletas en la mano, lista para partir después de haberla saqueado, como han hecho tantos a lo largo del tiempo. Quienes obran así miran con sentido de superioridad y desprecio su rostro mestizo; pretenden colonizar su alma con las mismas fallidas y recicladas fórmulas sobre la visión del hombre y de la vida, repiten iguales recetas matando al paciente mientras enriquecen a los médicos que los mandan; ignoran las razones profundas que habitan en el corazón de su pueblo y que lo hacen fuerte exactamente en sus sueños, en sus mitos, a pesar de los numerosos desencantos y fracasos; manipulan políticamente y traicionan sus esperanzas, dejando detrás de sí tierra quemada y el terreno pronto para el eterno retorno de lo mismo, aun cuando se vuelva a presentar con vestido nuevo. Hombres y utopías fuertes han prometido soluciones mágicas, respuestas instantáneas, efectos inmediatos. La Iglesia, sin pretensiones humanas, respetuosa del rostro multiforme del continente, que considera no una desventaja sino una perenne riqueza, debe continuar prestando el humilde servicio al verdadero bien del hombre latinoamericano. Debe trabajar sin cansarse para construir puentes, abatir muros, integrar la diversidad, promover la cultura del encuentro y del diálogo, educar al perdón y a la reconciliación, al sentido de justicia, al rechazo de la violencia y al coraje de la paz. Ninguna construcción duradera en América Latina puede prescindir de este fundamento invisible pero esencial.

La Iglesia conoce como pocos aquella unidad sapiencial que precede cualquier realidad en América Latina. Convive cotidianamente con aquella reserva moral sobre la que se apoya el edificio existencial del continente. Estoy seguro de que mientras estoy hablando de esto ustedes podrían darle nombre a esta realidad. Con ella debemos dialogar continuamente. No podemos perder el contacto con este sustrato moral, con este humus vital que reside en el corazón de nuestra gente, en el que se percibe la mezcla casi indistinta, pero al mismo tiempo elocuente, de su rostro mestizo: no únicamente indígena, ni hispánico, ni lusitano, ni afroamericano, sino mestizo, ¡latinoamericano!

Guadalupe y Aparecida son manifestaciones programáticas de esta creatividad divina. Bien sabemos que esto está en la base sobre la que se apoya la religiosidad popular de nuestro pueblo; es parte de su singularidad antropológica; es un don con el que Dios se ha querido dar a conocer a nuestra gente. Las páginas más luminosas de la historia de nuestra Iglesia han sido escritas precisamente cuando se ha sabido nutrir de esta riqueza, hablar a este corazón recóndito que palpita custodiando, como un pequeño fuego encendido bajo las aparentes cenizas, el sentido de Dios y de su trascendencia, la sacralidad de la vida, el respeto por la creación, los lazos de solidaridad, la alegría de vivir, la capacidad de ser feliz sin condiciones.

Para hablar a esta alma que es profunda, para hablar a la Latinoamérica profunda, a la Iglesia no le queda otro camino que aprender continuamente de Jesús. Dice el Evangelio que hablaba sólo en parábolas (cf. Mc 4,34). Imágenes que involucran y hacen partícipes, que transforman a los oyentes de su Palabra en personajes de sus divinos relatos. El santo Pueblo fiel de Dios en América Latina no comprende otro lenguaje sobre Él. Estamos invitados a salir en misión no con conceptos fríos que se contentan con lo posible, sino con imágenes que continuamente multiplican y despliegan sus fuerzas en el corazón del hombre, transformándolo en grano sembrado en tierra buena, en levadura que incrementa su capacidad de hacer pan de la masa, en semilla que esconde la potencia del árbol fecundo.

Una Iglesia capaz de ser sacramento de esperanza

Muchos se lamentan de cierto déficit de esperanza en la América Latina actual. A nosotros no nos está consentida la "quejumbrosidad", porque la esperanza que tenemos viene de lo alto. Además, bien sabemos que el corazón latinoamericano ha sido amaestrado por la esperanza. Como decía un cantautor brasileño "a

esperança è equilibrista; dança na corda bamba de sombrinha" (João Bosco, O Bêbado e a Equilibrista). Cuidado. Y cuando se piensa que se ha acabado, hela aquí nuevamente donde nosotros menos la esperabamos. Nuestro pueblo ha aprendido que ninguna desilusión es suficiente para doblegarlo. Sigue al Cristo flagelado y manso, sabe desensillar hasta que aclare y permanece en la esperanza de su victoria, porque -en el fondo- tiene conciencia que no pertenece totalmente a este mundo.

Es indudable que la Iglesia en estas tierras es particularmente un sacramento de esperanza, pero es necesario vigilar sobre la concretización de esta esperanza. Tanto más trascendente cuanto más debe transformar el rostro inmanente de aquellos que la poseen. Les ruego que vigilen sobre la concretización de la esperanza y consiéntanme recordarles algunos de sus rostros ya visibles en esta Iglesia latinoamericana.

La esperanza en América Latina tiene un rostro joven

Se habla con frecuencia de los jóvenes -se declaman estadísticas sobre el continente del futuro-, algunos ofrecen noticias sobre su presunta decadencia y sobre cuánto estén adormilados, otros aprovechan de su potencial para consumir, no pocos les proponen el rol de peones del tráfico de la droga y de la violencia. No se dejen capturar por tales caricaturas sobre sus jóvenes. Mírenlos a los ojos, busquen en ellos el coraje de la esperanza. No es verdad que estén listos para repetir el pasado. Ábranles espacios concretos en las Iglesias particulares que les han sido confiadas, inviertan tiempo y recursos en su formación. Propongan programas educativos incisivos y objetivos pidiéndoles, como los padres le piden a los hijos, el resultado de sus potencialidades y educando su corazón en la alegría de la profundidad, no de la superficialidad. No se conformen con retóricas u opciones escritas en los planes pastorales jamás puestos en práctica.

He escogido Panamá, el istmo de este continente, para la Jornada Mundial de la Juventud del 19 que será celebrada siguiendo el ejemplo de la Virgen que proclama: "He aquí la sierva" y "se cumpla en mí" (Lc 1,38). Estoy seguro de que en todos los jóvenes se esconde un istmo, en el corazón de todos nuestros chicos hay un pequeño y alargado pedazo de terreno que se puede recorrer para conducirlos hacia un futuro que sólo Dios conoce y a Él le pertenece. Toca a nosotros presentarles grandes propuestas para despertar en ellos el coraje de arriesgarse junto a Dios y de hacerlos, como la Virgen, disponibles.

La esperanza en América Latina tiene un rostro femenino

No es necesario que me alargue para hablar del rol de la mujer en nuestro continente y en nuestra Iglesia. De sus labios hemos aprendido la fe; casi con la leche de sus senos hemos adquirido los rasgos de nuestra alma mestiza y la inmunidad frente a cualquier desesperación. Pienso en las madres indígenas o morenas, pienso en las mujeres de la ciudad con su triple turno de trabajo, pienso en las abuelas catequistas, pienso en las consagradas y en las tan discretas artesanas del bien. Sin las mujeres la Iglesia del continente perdería la fuerza de renacer continuamente. Son las mujeres quienes, con meticulosa paciencia, encienden y reencienden la llama de la fe. Es un serio deber comprender, respetar, valorizar, promover la fuerza eclesial y social de cuanto realizan. Acompañaron a Jesús misionero; no se retiraron del pie de la cruz; en soledad esperaron que la noche de la muerte devolviese al Señor de la vida; inundaron el mundo con el anuncio de su presencia resucitada. Si queremos una nueva y vivaz etapa de la fe en este continente, no la vamos a obtener sin las mujeres. Por favor, no pueden ser reducidas a siervas de nuestro recalcitrante clericalismo; ellas son, en cambio, protagonistas en la Iglesia latinoamericana; en su salir con Jesús; en su perseverar, incluso en el sufrimiento de su Pueblo; en su aferrarse a la esperanza que vence a la muerte; en su alegre modo de anunciar al mundo que Cristo está vivo, y ha resucitado.

La esperanza en América Latina pasa a través del corazón, la mente y los brazos de los laicos

Quisiera reiterar lo que recientemente he dicho a la Pontificia Comisión para América Latina. Es un imperativo superar el clericalismo que infantiliza a los Christífideles laici y empobrece la identidad de los ministros ordenados.

Si bien se invirtió mucho esfuerzo y algunos pasos han sido dados, los grandes desafíos del continente permanecen sobre la mesa y continúan esperando la concretización serena, responsable, competente, visionaria, articulada, consciente, de un laicado cristiano que, como creyente, esté dispuesto a contribuir en los procesos de un auténtico desarrollo humano, en la consolidación de la democracia política y social, en la superación estructural de la pobreza endémica, en la construcción de una prosperidad inclusiva fundada en reformas duraderas y capaces de preservar el bien social, en la superación de la desigualdad y en la custodia de la estabilidad, en la delineación de modelos de desarrollo económico sostenibles que

respeten la naturaleza y el verdadero futuro del hombre, que no se resuelve con el consumismo desmesurado, así como también en el rechazo de la violencia y la defensa de la paz.

Y algo más: en este sentido, la esperanza debe siempre mirar al mundo con los ojos de los pobres y desde la situación de los pobres. Ella es pobre como el grano de trigo que muere (cf. Jn 12,24), pero tiene la fuerza de diseminar los planes de Dios.

La riqueza autosuficiente con frecuencia priva a la mente humana de la capacidad de ver, sea la realidad del desierto sea los oasis escondidos. Propone respuestas de manual y repite certezas de talkshows; balbucea la proyección de sí misma, vacía, sin acercarse mínimamente a la realidad. Estoy seguro que en este difícil y confuso pero provisorio momento que vivimos, las soluciones para los problemas complejos que nos desafían nacen de la sencillez cristiana que se esconde a los poderosos y se muestra a los humildes: la limpieza de la fe en el Resucitado, el calor de la comunión con Él, la fraternidad, la generosidad y la solidaridad concreta que también brota de la amistad con Él.

Todo esto lo quisiera resumir en una frase que les dejo como síntesis, síntesis y recuerdo de este encuentro: Si queremos servir desde el CELAM, a nuestra América Latina, lo tenemos que hacer con pasión. Hoy hace falta pasión. Poner el corazón en todo lo que hagamos, pasión de joven enamorado y de anciano sabio, pasión que transforma las ideas en utopías viables, pasión en el trabajo de nuestras manos, pasión que nos convierte en continuos peregrinos en nuestras Iglesias como -permítanme recordarlo- santo Toribio de Mogrovejo, que no se instaló en su sede: de 24 años de episcopado, 18 los pasó entre los pueblos de su diócesis. Hermanos, por favor, les pido pasión, pasión evangelizadora.

A ustedes, hermanos obispos del CELAM, a las Iglesias locales que representan y al entero pueblo de América Latina y del Caribe, los confío a la protección de la Virgen, invocada con los nombres de Guadalupe y Aparecida, con la serena certeza de que Dios, que ha hablado a este continente con el rostro mestizo y moreno de su Madre, no dejará de hacer resplandecer su benigna luz en la vida de todos. Gracias.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Parque Simón Bolívar, Bogotá
Jueves 7 de septiembre de 2017

"CONSTRUCTORES DE LA PAZ,
PROMOTORES DE LA VIDA"

El Evangelista recuerda que el llamado de los primeros discípulos fue a orillas del lago de Genesaret, allí donde la gente se aglutinaba para escuchar una voz capaz de orientarlos e iluminarlos; y también es el lugar donde los pescadores cierran sus fatigosas jornadas, en las que buscan el sustento para llevar una vida sin penurias, una vida digna y feliz. Es la única vez en todo el Evangelio de Lucas en la que Jesús predica junto al llamado mar de Galilea. En el mar abierto se confunden la esperada fecundidad del trabajo con la frustración por la inutilidad de los esfuerzos vanos. Y según una antigua lectura cristiana, el mar también representa la inmensidad donde conviven todos los pueblos. Finalmente, por su agitación y oscuridad, evoca todo aquello que amenaza la existencia humana y que tiene el poder de destruirla.

Nosotros usamos expresiones similares para definir multitudes: una marea humana, un mar de gente. Ese día, Jesús tiene detrás de sí, el mar y frente a Él, una multitud que lo ha seguido porque sabe de su conmoción ante el dolor humano... y de sus palabras justas, profundas, certeras. Todos ellos vienen a escucharlo, la Palabra de Jesús tiene algo especial que no deja indiferente a nadie; su Palabra tiene poder para convertir corazones, cambiar planes y proyectos. Es una Palabra probada en la acción, no es una conclusión de escritorio, de acuerdos fríos y alejados del dolor de la gente, por eso es una Palabra que sirve tanto para la seguridad de la orilla como para la fragilidad del mar.

Esta querida ciudad, Bogotá, y este hermoso País, Colombia, tienen mucho de estos escenarios humanos presentados por el Evangelio. Aquí se encuentran multitudes anhelantes de una palabra de vida, que ilumine con su luz todos los esfuerzos y muestre el sentido y la belleza de la existencia humana. Estas multitudes de hombres y mujeres, niños y ancianos habitan una tierra de inimaginable fecundidad, que podría dar frutos para todos. Pero también aquí, como en otras partes, hay densas tinieblas que amenazan y destruyen la vida: las tinieblas de la injusticia y de la inequidad social; las tinieblas corruptoras de los intereses personales o grupales, que consumen de manera egoísta y desaforada lo que está destinado para el bienestar de todos; las tinieblas del irrespeto por la vida humana que siega a diario la existencia de tantos inocentes, cuya sangre clama al cielo; las tinieblas de la sed de venganza y del odio que mancha con sangre humana las manos de quienes se toman la justicia por su cuenta; las tinieblas de quienes se vuelven insensibles ante el dolor de tantas víctimas. A todas esas tinieblas Jesús las disipa y destruye con su mandato en la barca de Pedro: "Navega mar adentro" (Lc 5,4).

Nosotros podemos enredarnos en discusiones interminables, sumar intentos fallidos y hacer un elenco de esfuerzos que han terminado en nada; pero igual que Pedro, sabemos qué significa la experiencia de trabajar sin ningún resultado. Esta Nación también sabe de ello, cuando por un período de 6 años, allá al comienzo, tuvo 16 presidentes y pagó caro sus divisiones ("la patria boba"); también la Iglesia de Colombia sabe de trabajos pastorales vanos e infructuosos, pero como Pedro, también somos capaces de confiar en el Maestro, cuya palabra suscita fecundidad incluso allí donde la inhospitalidad de las tinieblas humanas hace infructuosos tantos esfuerzos y fatigas. Pedro es el hombre que acoge decidido la invitación de Jesús, que lo deja todo y lo sigue, para transformarse en nuevo pescador, cuya misión consiste en llevar a sus hermanos al Reino de Dios, donde la vida se hace plena y feliz.

Pero el mandato de echar las redes no está dirigido sólo a Simón Pedro; a él le ha tocado navegar mar adentro, como aquellos en vuestra patria que han visto primero lo que más urge, aquellos que han tomado iniciativas de paz, de vida. Echar las redes entraña responsabilidad. En Bogotá y en Colombia peregrina una inmensa comunidad, que está llamada a convertirse en una red vigorosa que congregue a todos en la unidad, trabajando en la defensa y en el cuidado de la vida humana, particularmente cuando es más frágil y vulnerable: en el seno materno, en la infancia, en la vejez, en las condiciones de discapacidad y en las situaciones de marginación social. También multitudes que viven en Bogotá y en Colombia pueden llegar a ser verdaderas comunidades vivas, justas y fraternas si escuchan y acogen la Palabra de Dios. En estas multitudes evangelizadas surgirán muchos hombres y mujeres convertidos en discípulos que, con un corazón verdaderamente libre, sigan a Jesús; hombres y mujeres capaces de amar la vida en todas sus etapas, de respetarla, de promoverla.

Y como los Apóstoles, hace falta llamarnos unos a los otros, hacernos señas, como los pescadores, volver a considerarnos hermanos, compañeros de camino, socios de esta empresa común que es la patria. Bogotá y Colombia son, al mismo tiempo, orilla, lago, mar abierto, ciudad por donde Jesús ha transitado y transita, para ofrecer su presencia y su palabra fecunda, para sacar de las tinieblas y llevarnos a la luz y a la vida. Llamar a otros, a todos, para que nadie quede al arbitrio de las tempestades; subir a la barca a todas las familias, ellas son santuarios de vida; hacer lugar al bien común por encima de los intereses mezquinos o particulares, cargar a los más frágiles promoviendo sus derechos.

Pedro experimenta su pequeñez, experimenta lo inmenso de la Palabra y el accionar de Jesús; Pedro sabe de sus fragilidades, de sus idas y venidas, como también lo sabemos nosotros, como lo sabe la historia de violencia y división de vuestro pueblo que no siempre nos ha encontrado compartiendo la barca, tempestad, infortunios. Pero al igual que a Simón, Jesús nos invita a ir mar adentro, nos impulsa al riesgo compartido, no tengan miedo de arriesgar juntos, nos invita a dejar nuestros egoísmos y a seguirlo. A perder miedos que no vienen de Dios, que nos inmovilizan y retardan la urgencia de ser constructores de la paz, promotores de la vida. Navega mar adentro, dice Jesús. Y los discípulos se hicieron señas para juntarse todos en la barca. Que así sea para este pueblo.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Catama, Villavicencio

Viernes 8 de septiembre de 2017

"RECONCILIARSE EN DIOS, CON LOS COLOMBIANOS Y CON LA CREACIÓN"

¡Tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, es el nuevo amanecer que ha anunciado la alegría a todo el mundo, porque de ti nació el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios! (cf. Antífona del Benedictus). La festividad del nacimiento de María proyecta su luz sobre nosotros, así como se irradia la mansa luz del amanecer sobre la extensa llanura colombiana, bellísimo paisaje del que Villavicencio es su puerta, como también en la rica diversidad de sus pueblos indígenas.

María es el primer resplandor que anuncia el final de la noche y, sobre todo, la cercanía del día. Su nacimiento nos hace intuir la iniciativa amorosa, tierna, compasiva, del amor con que Dios se inclina hasta nosotros y nos llama a una maravillosa alianza con Él que nada ni nadie podrá romper.

María ha sabido ser transparencia de la luz de Dios y ha reflejado los destellos de esa luz en su casa, la que compartió con José y Jesús, y también en su pueblo, su nación y en esa casa común a toda la humanidad que es la creación.

En el Evangelio hemos escuchado la genealogía de Jesús (cf. Mt 1,1-17), que no es una simple lista de nombres, sino historia viva, historia de un pueblo con el que Dios ha caminado y, al hacerse uno de nosotros, nos ha querido anunciar que por su sangre corre la historia de justos y pecadores, que nuestra salvación no es una salvación aséptica, de laboratorio, sino concreta, una salvación de vida que camina. Esta larga lista nos dice que somos parte pequeña de una extensa historia y nos ayuda a no pretender protagonismos excesivos, nos ayuda a escapar de la tentación de espiritualismos evasivos, a no abstraernos de las coordenadas históricas concretas que nos toca vivir. También integra en nuestra historia de salvación aquellas páginas más oscuras o tristes, los momentos de desolación y abandono comparables con el destierro.

La mención de las mujeres -ninguna de las aludidas en la genealogía tiene la jerarquía de las grandes mujeres del Antiguo Testamento- nos permite un acercamiento especial: son ellas, en la genealogía, las que anuncian que por las venas de Jesús corre sangre pagana, las que recuerdan historias de postergación y sometimiento. En comunidades donde todavía arrastramos estilos patriarcales y machistas es bueno anunciar que el Evangelio comienza subrayando mujeres que marcaron tendencia e hicieron historia.

Y en medio de eso, Jesús, María y José. María con su generoso sí permitió que Dios se hiciera cargo de esa historia. José, hombre justo, no dejó que el orgullo, las pasiones y los celos lo arrojaran fuera de esa luz. Por la forma en que está narrado, nosotros sabemos antes que José lo que le ha sucedido a María, y él toma decisiones mostrando su calidad humana antes de ser ayudado por el ángel y llegar a comprender todo lo que sucedía a su alrededor. La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio.

Este pueblo de Colombia es pueblo de Dios; también aquí podemos hacer genealogías llenas de historias, muchas de amor y de luz; otras de desencuentros,

agravios, también de muerte. ¡Cuántos de ustedes pueden narrar destierros y desolaciones!, ¡cuántas mujeres, desde el silencio, han perseverado solas y cuántos hombres de bien han buscado dejar de lado enconos y rencores, queriendo combinar justicia y bondad! ¿Cómo haremos para dejar que entre la luz? ¿Cuáles son los caminos de reconciliación? Como María, decir sí a la historia completa, no a una parte; como José, dejar de lado pasiones y orgullos; como Jesucristo, hacernos cargo, asumir, abrazar esa historia, porque ahí están ustedes, todos los colombianos, ahí está lo que somos y lo que Dios puede hacer con nosotros si decimos sí a la verdad, a la bondad, a la reconciliación. Y esto sólo es posible si llenamos de la luz del Evangelio nuestras historias de pecado, violencia y desencuentro.

La reconciliación no es una palabra que debemos considerar abstracta; si esto fuera así, sólo traería esterilidad, traería más distancia. Reconciliarse es abrir una puerta a todas y a cada una de las personas que han vivido la dramática realidad del conflicto. Cuando las víctimas vencen la comprensible tentación de la venganza, cuando vencen esta comprensible tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles de los procesos de construcción de la paz. Es necesario que algunos se animen a dar el primer paso en tal dirección, sin esperar a que lo hagan los otros. ¡Basta una persona buena para que haya esperanza! No lo olviden: ¡basta una persona buena para que haya esperanza! ¡Y cada uno de nosotros puede ser esa persona! Esto no significa desconocer o disimular las diferencias y los conflictos. No es legitimar las injusticias personales o estructurales. El recurso a la reconciliación concreta no puede servir para acomodarse a situaciones de injusticia. Más bien, como ha enseñado san Juan Pablo II: "Es un encuentro entre hermanos dispuestos a superar la tentación del egoísmo y a renunciar a los intentos de pseudo justicia; es fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos, que conducen a instaurar una convivencia fundada sobre el respeto de cada individuo y los valores propios de cada sociedad civil" (Carta a los obispos de El Salvador, 6 agosto 1982). La reconciliación, por tanto, se concreta y consolida con el aporte de todos, permite construir el futuro y hace crecer esa esperanza. Todo esfuerzo de paz sin un compromiso sincero de reconciliación siempre será un fracaso.

El texto evangélico que hemos escuchado culmina llamando a Jesús el Emmanuel, traducido: el Dios con nosotros. Así es como comienza, y así es como termina Mateo su Evangelio: "Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos" (28,21). Jesús es el Emmanuel que nace y el Emmanuel que nos acompaña en cada día, el Dios con nosotros que nace y el Dios que camina con nosotros hasta el fin del mundo. Esa promesa se cumple también en Colombia: Mons. Jesús

Emilio Jaramillo Monsalve, Obispo de Arauca, y el sacerdote Pedro María Ramírez Ramos, mártir de Armero, son signos de ello, la expresión de un pueblo que quiere salir del pantano de la violencia y el rencor.

En este entorno maravilloso, nos toca a nosotros decir sí a la reconciliación concreta; que el sí incluya también a nuestra naturaleza. No es casual que incluso sobre ella hayamos desatado nuestras pasiones posesivas, nuestro afán de sometimiento. Un compatriota de ustedes lo canta con belleza: "Los árboles están llorando, son testigos de tantos años de violencia. El mar está marrón, mezcla de sangre con la tierra" (Juanes, Minas piedras). La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 2). Nos toca decir sí como María y cantar con ella las "maravillas del Señor", porque lo ha prometido a nuestros padres, Él auxilia a todos los pueblos y auxilia a cada pueblo, y auxilia a Colombia que hoy quiere reconciliarse y a su descendencia para siempre.

Agradezco las palabras que me ha dirigido monseñor Óscar Urbina Ortega, arzobispo de Villavicencio, en nombre de todos ustedes.

En este momento, deseo manifestar mi cercanía espiritual a todos los que sufren las consecuencias del terremoto que ha azotado a México la noche pasada, provocando muertos y cuantiosos daños materiales. Mi oración por los que han perdido la vida y también por sus familias.

Además, sigo de cerca el desarrollo del huracán Irma que está golpeando el Caribe dejando, a su paso, cuantiosas víctimas e ingentes daños materiales, como también está causando miles de desplazados. Los llevo en mi corazón y rezo por ellos.

A ustedes les pido que se unan a estas intenciones y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

GRAN ENCUENTRO DE ORACIÓN POR LA RECONCILIACIÓN NACIONAL

PALABRAS DEL SANTO PADRE

Parque Las Malocas (Villavicencio)
Viernes, 8 de septiembre de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

Desde el primer día deseaba que llegara este momento de nuestro encuentro. Ustedes llevan en su corazón y en su carne huellas, las huellas de la historia viva y reciente de su pueblo, marcada por eventos trágicos pero también llena de gestos heroicos, de gran humanidad y de alto valor espiritual de fe y esperanza. Los hemos escuchado. Vengo aquí con respeto y con una conciencia clara de estar, como Moisés, pisando un terreno sagrado (cf. Ex 3,5). Una tierra regada con la sangre de miles de víctimas inocentes y el dolor desgarrador de sus familiares y conocidos. Heridas que cuesta cicatrizar y que nos duelen a todos, porque cada violencia cometida contra un ser humano es una herida en la carne de la humanidad; cada muerte violenta nos disminuye como personas.

Y estoy aquí no tanto para hablar yo sino para estar cerca de ustedes, mirarlos a los ojos, para escucharlos, abrir mi corazón a vuestro testimonio de vida y de fe. Y si me lo permiten, desearía también abrazarlos y, si Dios me da la gracia, porque es una gracia, quisiera llorar con ustedes, quisiera que recemos juntos y que nos perdonemos ¿yo también tengo que pedir perdón? y que así, todos juntos, podamos mirar y caminar hacia delante con fe y esperanza.

Nos reunimos a los pies del Crucificado de Bojayá, que el 2 de mayo de 2002 presenció y sufrió la masacre de decenas de personas refugiadas en su iglesia. Esta imagen tiene un fuerte valor simbólico y espiritual. Al mirarla contemplamos no sólo lo que ocurrió aquel día, sino también tanto dolor, tanta muerte, tantas vidas rotas, tanta sangre derramada en la Colombia de los últimos decenios. Ver a Cristo así, mutilado y herido, nos interpela. Ya no tiene brazos y su cuerpo ya no está, pero conserva su rostro y con él nos mira y nos ama. Cristo roto y amputado, para nosotros es "más Cristo" aún, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir por su pueblo y con su pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia. Nos enseña a transformar el dolor en fuente de vida y resurrección, para que junto a Él y con Él aprendamos la fuerza del perdón, la grandeza del amor.

Gracias a ustedes cuatro, hermanos nuestros que quisieron compartir su testimonio, en nombre de tantos y tantos otros. ¡Cuánto bien, parece egoísta, pero cuánto bien nos hace escuchar sus historias! Estoy conmovido. Son historias de sufrimiento y amargura, pero también y, sobre todo, son historias de amor y perdón que nos hablan de vida y esperanza; de no dejar que el odio, la venganza o el dolor se apoderen de nuestro corazón.

El oráculo final del Salmo 85: "El amor y la verdad se encontrarán, la justicia y la paz se abrazarán" (v.11), es posterior a la acción de gracias y a la súplica donde se le pide a Dios: ¡Restáuranos! Gracias Señor por el testimonio de los que han infligido dolor y piden perdón; los que han sufrido injustamente y perdonan. Eso sólo es posible con tu ayuda y con tu presencia. Eso ya es un signo enorme de que quieres restaurar la paz y la concordia en esta tierra colombiana.

Pastora Mira, tú lo has dicho muy bien: Quieres poner todo tu dolor, y el de miles de víctimas, a los pies de Jesús Crucificado, para que se una al de Él y así sea transformado en bendición y capacidad de perdón para romper el ciclo de violencia que ha imperado en Colombia. Y tienes razón: la violencia engendra violencia, el odio

engendra más odio, y la muerte más muerte. Tenemos que romper esa cadena que se presenta como ineludible, y eso sólo es posible con el perdón y la reconciliación concreta. Y tú, querida Pastora, y tantos otros como tú, nos han demostrado que esto es posible. Con la ayuda de Cristo, de Cristo vivo en medio de la comunidad es posible vencer el odio, es posible vencer la muerte, es posible comenzar de nuevo y alumbrar una Colombia nueva. Gracias, Pastora, qué gran bien nos haces hoy a todos con el testimonio de tu vida. Es el crucificado de Bojayá quien te ha dado esa fuerza para perdonar y para amar, y para ayudarte a ver en la camisa que tu hija Sandra Paola regaló a tu hijo Jorge Aníbal, no sólo el recuerdo de sus muertes, sino la esperanza de que la paz triunfe definitivamente en Colombia. ¡Gracias, gracias!

Nos conmueve también lo que ha dicho Luz Dary en su testimonio: que las heridas del corazón son más profundas y difíciles de curar que las del cuerpo. Así es. Y lo que es más importante, te has dado cuenta de que no se puede vivir del rencor, de que sólo el amor libera y construye. Y de esta manera comenzaste a sanar también las heridas de otras víctimas, a reconstruir su dignidad. Este salir de ti misma te ha enriquecido, te ha ayudado a mirar hacia delante, a encontrar paz y serenidad y además un motivo para seguir caminando. Te agradezco la muleta que ofreces. Aunque aún te quedan heridas, te quedan secuelas físicas de tus heridas, tu andar espiritual es rápido y firme. Ese andar espiritual no necesita violencia... [ndr. muletas]. Y es rápido y firme porque piensas en los demás -¡gracias!- y quieres ayudarles. Esta muleta tuya es un símbolo de esa otra muleta más importante, y que todos necesitamos, que es el amor y el perdón. Con tu amor y tu perdón estás ayudando a tantas personas a caminar en la vida, y a caminar rápidamente como tú. Gracias.

Quiero agradecer también el testimonio elocuente de Deisy y Juan Carlos. Nos hicieron comprender que todos, al final, de un modo u otro, también somos víctimas, inocentes o culpables, pero todos víctimas. Los de un lado y los de otro, todos víctimas. Todos unidos en esa pérdida de humanidad que supone la violencia y la muerte. Deisy lo ha dicho claro: comprendiste que tú misma habías sido una víctima y tenías necesidad de que se te concediera una oportunidad. Cuando lo dijiste, esa palabra me resonó en el corazón. Y comenzaste a estudiar, y ahora trabajas para ayudar a las víctimas y para que los jóvenes no caigan en las redes de la violencia y de la droga, que es otra forma de violencia. También hay esperanza para quien hizo el mal; no todo está perdido. Jesús vino para eso: hay esperanza para quien hizo el mal. Es cierto que en esa regeneración moral y espiritual del victimario la justicia tiene que cumplirse. Como ha dicho Deisy, se debe contribuir positivamente a sanar esa sociedad que ha sido lacerada por la violencia.

Resulta difícil aceptar el cambio de quienes apelaron a la violencia cruel para promover sus fines, para proteger negocios ilícitos y enriquecerse o para, engañosamente, creer estar defendiendo la vida de sus hermanos. Ciertamente es un reto para cada uno de nosotros confiar en que se pueda dar un paso adelante por parte de aquellos que infligieron sufrimiento a comunidades y a un país entero. Es cierto que en este enorme campo que es Colombia todavía hay espacio para la cizaña. No nos engañemos. Ustedes estén atentos a los frutos, cuiden el trigo, no pierdan la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24). Aun cuando perduren conflictos, violencia o sentimientos de venganza, no impidamos que la justicia y la misericordia se encuentren en un abrazo que asuma la historia de dolor de Colombia. Sanemos aquel dolor y acojamos a todo ser humano que cometió delitos, los reconoce, se arrepiente y se compromete a reparar, contribuyendo a la construcción del orden nuevo donde brille la justicia y la paz.

Como ha dejado entrever en su testimonio Juan Carlos, en todo este proceso, largo, difícil, pero esperanzador de la reconciliación, resulta indispensable también asumir la verdad. Es un desafío grande pero necesario. La verdad es una compañera inseparable de la justicia y de la misericordia. Las tres juntas son esenciales para construir la paz y, por otra parte, cada una de ellas impide que las otras sean alteradas y se transformen en instrumentos de venganza sobre quien es más débil. La verdad no debe, de hecho, conducir a la venganza, sino más bien a la reconciliación y al perdón. Verdad es contar a las familias desgarradas por el dolor lo que ha ocurrido con sus parientes desaparecidos. Verdad es confesar qué pasó con los menores de edad reclutados por los actores violentos. Verdad es reconocer el dolor de las mujeres víctimas de violencia y de abusos.

Quisiera, finalmente, como hermano y como padre, decir: Colombia, abre tu corazón de pueblo de Dios, déjate reconciliar. No le temas a la verdad ni a la justicia. Queridos colombianos: No tengan miedo a pedir y a ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios, y renunciar a las venganzas, y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno. Que podamos habitar en armonía y fraternidad, como desea el Señor. Pidámosle ser constructores de paz, que allá donde haya odio y resentimiento, pongamos amor y misericordia (cf. Oración atribuida a san Francisco de Asís).

Y todas estas intenciones, los testimonios escuchados, las cosas que cada uno de ustedes sabe en su corazón, historias de décadas de dolor y sufrimiento, las quiero poner ante la imagen del crucificado, el Cristo negro de Bojayá:

* * *

Oh Cristo negro de Bojayá,
que nos recuerdas tu pasión y muerte;
junto con tus brazos y pies
te han arrancado a tus hijos
que buscaron refugio en ti.

Oh Cristo negro de Bojayá,
que nos miras con ternura
y en tu rostro hay serenidad;
palpita también tu corazón
para acogernos en tu amor.

Oh Cristo negro de Bojayá,
haz que nos comprometamos
a restaurar tu cuerpo.
Que seamos tus pies para salir al encuentro
del hermano necesitado;
tus brazos para abrazar
al que ha perdido su dignidad;
tus manos para bendecir y consolar
al que llora en soledad.

Haz que seamos testigos
de tu amor y de tu infinita misericordia.

[Después de la oración:]

Hemos rezado a Jesús, al Cristo, al Cristo mutilado. Antes de darles la bendición les invito a rezar a nuestra Madre que tuvo el corazón atravesado de dolor.

[Ave María- Bendición]

ENCUENTRO EN EL HOGAR SAN JOSÉ

SALUDO DEL SANTO PADRE

Medellín

Sábado, 9 de septiembre de 2017

Queridos hermanos y hermanas,
queridos niños y niñas:

Estoy contento de estar con ustedes en este "Hogar San José". Gracias por el recibimiento que han preparado. Agradezco las palabras del Director, Monseñor Armando Santamaría.

Y te doy las gracias a ti, Claudia Yesenia, por tu valiente testimonio -te dije que eras valiente-. Escuchando todas las dificultades por las que has pasado me venía a la memoria del corazón el sufrimiento injusto de tantos niños y niñas en todo el mundo, que han sido y siguen siendo víctimas inocentes de la maldad de algunos.

También el Niño Jesús fue víctima del odio y de la persecución; también Él tuvo que huir con su familia, dejar su tierra y su casa, para escapar de la muerte. Ver sufrir a los niños hace mal al alma porque los niños son los predilectos de Jesús. No podemos aceptar que se les maltrate, que se les impida el derecho a vivir su niñez con serenidad y alegría, que se les niegue un futuro de esperanza.

Jesús no abandona a nadie que sufre, mucho menos a ustedes, niños y niñas, que son sus preferidos. Claudia Yesenia, al lado de tanto horror sucedido, Dios te regaló una tía que te cuidó, un hospital que te atendió y finalmente una comunidad que te recibió. Este "hogar" es una prueba del amor que Jesús les tiene a ustedes y de su deseo de estar muy cerca de ustedes. Y lo hace a través y con el cuidado amoroso de todas las personas buenas que los acompañan, que los quieren y que los educan. Pienso en los responsables de esta casa, en las hermanas, en el personal y en tanta gente que ya son parte de la familia porque vienen, se integran, conocen. Porque eso es lo que hace que este lugar sea un "hogar": el calor de una familia donde nos sentimos amados, protegidos, aceptados, cuidados y acompañados.

Y me gusta mucho que este hogar lleve el nombre de "San José", y los otros "Jesús Obrero" o "Belén". Quiere decir que están en buenas manos. ¿Recuerdan lo que escribe san Mateo en su Evangelio, cuando nos cuenta que Herodes, en su locura, había decidido asesinar a Jesús recién nacido? ¿Cómo Dios le habló en sueños a san José, por medio de un ángel, y le confió a su cuidado y protección sus tesoros más valiosos: Jesús y María? Nos dice San Mateo que, apenas el ángel le habló, José obedeció inmediatamente e hizo cuanto Dios le había ordenado: "Se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, y se fue a Egipto" (2,14). Estoy seguro de que así como san José protegió y defendió de los peligros a la Sagrada Familia, así también los defiende, los cuida y los acompaña a ustedes. Y con él, también Jesús y María, porque san José no puede estar sin Jesús y María.

A ustedes hermanos y hermanas, religiosos y laicos que en este y en los demás hogares reciben y cuidan con amor a estos niños que desde chicos ya han experimentado el sufrimiento y el dolor, a ustedes quisiera recordarles dos realidades que no deben faltar porque son parte de la identidad cristiana: el amor que sabe ver a Jesús presente en los más pequeños y débiles, y el deber sagrado de llevar a los niños a Jesús. En esta tarea, con sus gozos y sus penas, los encomiendo también a la protección de san José. Aprendan de él, que su ejemplo los inspire y los ayude en el cuidado amoroso de estos pequeños, que son el futuro de la sociedad colom-

biana, del mundo y de la Iglesia, para que como el mismo Jesús, ellos puedan crecer, robustecerse en sabiduría, en gracia, delante de Dios y de los demás (cf. Lc 2,52). Que Jesús y María, junto con san José, los acompañen y los protejan, los llenen de su ternura, su alegría y su fortaleza.

Me comprometo a rezar por ustedes, para que en este ambiente de amor familiar crezcan en amor, paz y felicidad, y así puedan ir sanando las heridas del cuerpo y del corazón. Dios no los abandona, Dios los protege y los asiste. Y el Papa los lleva en su corazón; no dejen de rezar por mí, no se olviden. ¡Gracias!

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Área portuaria de Contecar (Cartagena de Indias)
Domingo, 10 de septiembre de 2017

"DIGNIDAD DE LA PERSONA
Y DERECHOS HUMANOS"

En esta ciudad, que ha sido llamada "la heroica" por su tesón hace 200 años en defender la libertad conseguida, celebro la última Eucaristía de este viaje. También, desde hace 32 años, Cartagena de Indias es en Colombia la sede de los Derechos Humanos porque aquí como pueblo se valora que "gracias al equipo misionero formado por los sacerdotes jesuitas Pedro Claver y Corberó, Alonso de Sandoval y el Hermano Nicolás González, acompañados de muchos hijos de la ciudad de Cartagena de Indias en el siglo XVII, nació la preocupación por aliviar la situación de los oprimidos de la época, en especial la de los esclavos, por quienes clamaron por el buen trato y la libertad" (Congreso de Colombia 1985, ley 95, art. 1).

Aquí, en el Santuario de san Pedro Claver, donde de modo continuo y sistemático se da el encuentro, la reflexión y el seguimiento del avance y vigencia de los derechos humanos en Colombia, hoy la Palabra de Dios nos habla de perdón, corrección, comunidad y oración.

En el cuarto sermón del Evangelio de Mateo, Jesús nos habla a nosotros, a los que hemos decidido apostar por la comunidad, a quienes valoramos la vida en común y soñamos con un proyecto que incluya a todos. El texto que precede es el del pastor bueno que deja las 99 ovejas para ir tras la perdida, y ese aroma perfuma todo el discurso que acabamos de escuchar: no hay nadie lo suficientemente perdido que no merezca nuestra solicitud, nuestra cercanía y nuestro perdón. Desde esta perspectiva, se entiende entonces que una falta, un pecado cometido por uno, nos interpele a todos pero involucra, en primer lugar, a la víctima del pecado del hermano; y ese está llamado a tomar la iniciativa para que quien lo dañó no se pierda. Tomar la iniciativa: quien toma la iniciativa siempre es el más valiente.

En estos días escuché muchos testimonios de quienes han salido al encuentro de personas que les habían dañado. Heridas terribles que pude contemplar en sus propios cuerpos; pérdidas irreparables que todavía se siguen llorando, sin embargo han salido, han dado el primer paso en un camino distinto a los ya recorridos. Porque Colombia hace décadas que a tientas busca la paz y, como enseña Jesús, no ha sido suficiente que dos partes se acercaran, dialogaran; ha sido necesario que se incorporaran muchos más actores a este diálogo reparador de los pecados. "Si no te escucha [tu hermano], busca una o dos personas más" (Mt 18,15), nos dice el Señor en el Evangelio.

Hemos aprendido que estos caminos de pacificación, de primacía de la razón sobre la venganza, de delicada armonía entre la política y el derecho, no pueden obviar los procesos de la gente. No se alcanza con el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad. Jesús encuentra la solución al daño realizado en el encuentro personal entre las partes. Además, siempre es rico incorporar en nuestros procesos de paz la experiencia de sectores que, en muchas ocasiones, han sido invisibilizados, para que sean precisamente las comunidades quienes coloreen los procesos de memoria colectiva. "El autor principal, el sujeto histórico de este proceso, es la gente y su cultura, no es una clase, una fracción, un grupo, una élite -toda la gente y su cultura-. No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una

minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural" (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 239).

Nosotros podemos hacer un gran aporte a este paso que quiere dar Colombia. Jesús nos señala que este camino de reinserción en la comunidad comienza con un diálogo de a dos. Nada podrá reemplazar ese encuentro reparador; ningún proceso colectivo nos exime del desafío de encontrarnos, de clarificar, perdonar. Las heridas hondas de la historia precisan necesariamente de instancias donde se haga justicia, se dé posibilidad a las víctimas de conocer la verdad, el daño sea convenientemente reparado y haya acciones claras para evitar que se repitan esos crímenes. Pero eso sólo nos deja en la puerta de las exigencias cristianas. A nosotros cristianos se nos exige generar "desde abajo", generar un cambio cultural: a la cultura de la muerte, de la violencia, responder con la cultura de la vida y del encuentro. Nos lo decía ya ese escritor tan de ustedes y tan de todos: "Este desastre cultural no se remedia ni con plomo ni con plata, sino con una educación para la paz, construida con amor sobre los escombros de un país enardecido donde nos levantamos temprano para seguirnos matándonos los unos a los otros... una legítima revolución de paz que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante casi dos siglos hemos usado para destruirnos y que reivindique y enaltezca el predominio de la imaginación" (Gabriel García Márquez, *Mensaje sobre la paz*, 1998).

¿Cuánto hemos accionado en favor del encuentro, de la paz? ¿Cuánto hemos omitido, permitiendo que la barbarie se hiciera carne en la vida de nuestro pueblo? Jesús nos manda a confrontarnos con esos modos de conducta, esos estilos de vida que dañan el cuerpo social, que destruyen la comunidad. ¿Cuántas veces se "normalizan" -se viven como normales- procesos de violencia, exclusión social, sin que nuestra voz se alce y nuestras manos acusen proféticamente! Al lado de san Pedro Claver había millares de cristianos, consagrados muchos de ellos; pero sólo un puñado inició una corriente contracultural de encuentro. San Pedro supo restaurar la dignidad y la esperanza de centenares de millares de negros y de esclavos que llegaban en condiciones absolutamente inhumanas, llenos de pavor, con todas sus esperanzas perdidas. No poseía títulos académicos de renombre; más aún, se llegó a afirmar que era "mediocre" de ingenio, pero tuvo el "genio" de vivir cabalmente el Evangelio, de encontrarse con quienes otros consideraban sólo un deshecho. Siglos más tarde, la huella de este misionero y apóstol de la Compañía de Jesús fue seguida por santa María Bernarda Bütler,

que dedicó su vida al servicio de pobres y marginados en esta misma ciudad de Cartagena[1].

En el encuentro entre nosotros redescubrimos nuestros derechos, recreamos la vida para que vuelva a ser auténticamente humana. "La casa común de todos los hombres debe continuar levantándose sobre una recta comprensión de la fraternidad universal y sobre el respeto de la sacralidad de cada vida humana, de cada hombre y de cada mujer; de los pobres, de los ancianos, de los niños, de los enfermos, de los no nacidos, de los desocupados, de los abandonados, de los que se juzgan descartables porque no se los considera más que números de una u otra estadística. La casa común de todos los hombres debe también edificarse sobre la comprensión de una cierta sacralidad de la naturaleza creada" (Discurso a las Naciones Unidas, 25 septiembre 2015).

También Jesús en el Evangelio nos señala la posibilidad de que el otro se cierre, se niegue a cambiar, persista en su mal. No podemos negar que hay personas que persisten en pecados que hieren la convivencia y la comunidad: "Pienso en el drama lacerante de la droga, con la que algunos lucran despreciando las leyes morales y civiles". Este mal atenta directamente contra la dignidad de la persona humana y va rompiendo progresivamente la imagen que el Creador ha plasmado en nosotros. Condeno con firmeza esta lacra que ha puesto fin a tantas vidas y que es mantenida y sostenida por hombres sin escrúpulos. No se puede jugar con la vida de nuestro hermano ni manipular su dignidad. Hago un llamado para que se busquen los modos para terminar con el narcotráfico que lo único que hace es sembrar muerte por doquier truncando tantas esperanzas y destruyendo tantas familias. Pienso también en otros dramas: "en la devastación de los recursos naturales y en la contaminación; en la tragedia de la explotación laboral; pienso en el blanqueo ilícito de dinero así como en la especulación financiera, que a menudo asume rasgos perjudiciales y demoledores para enteros sistemas econó-

[1] También ella tuvo la inteligencia de la caridad y supo encontrar a Dios en el prójimo; ninguno de los dos se paralizó ante la injusticia y la dificultad. Porque "ante el conflicto, algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso" (Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 227).

nicos y sociales, exponiendo a la pobreza a millones de hombres y mujeres; pienso en la prostitución que cada día cosecha víctimas inocentes, sobre todo entre los más jóvenes, robándoles el futuro; pienso en la abominable trata de seres humanos, en los delitos y abusos contra los menores, en la esclavitud que todavía difunde su horror en muchas partes del mundo, en la tragedia frecuentemente desatendida de los emigrantes con los que se especula indignamente en la ilegalidad" (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2014, 8); e incluso, también se especula en una "aséptica legalidad" pacifista que no tiene en cuenta la carne del hermano, la carne de Cristo. También para esto debemos estar preparados, y sólidamente asentados en principios de justicia que en nada disminuyen la caridad. No es posible convivir en paz sin hacer nada con aquello que corrompe la vida y atenta contra ella. A este respecto, recordamos a todos aquellos que, con valentía y de forma incansable, han trabajado y hasta han perdido la vida en la defensa y protección de los derechos de la persona humana y su dignidad. Como a ellos, la historia nos pide asumir un compromiso definitivo en defensa de los derechos humanos, aquí, en Cartagena de Indias, lugar que ustedes han elegido como sede nacional de su tutela.

Finalmente Jesús nos pide que recemos juntos; que nuestra oración sea sinfónica, con matices personales, diversas acentuaciones, pero que alce de modo conjunto un mismo clamor. Estoy seguro de que hoy rezamos juntos por el rescate de aquellos que estuvieron errados y no por su destrucción, por la justicia y no la venganza, por la reparación en la verdad y no el olvido. Rezamos para cumplir con el lema de esta visita: "¡Demos el primer paso!", y que este primer paso sea en una dirección común.

"Dar el primer paso" es, sobre todo, salir al encuentro de los demás con Cristo, el Señor. Y Él nos pide siempre dar un paso decidido y seguro hacia los hermanos, renunciando a la pretensión de ser perdonados sin perdonar, de ser amados sin amar. Si Colombia quiere una paz estable y duradera, tiene que dar urgentemente un paso en esta dirección, que es aquella del bien común, de la equidad, de la justicia, del respeto de la naturaleza humana y de sus exigencias. Sólo si ayudamos a desatar los nudos de la violencia, desenredaremos la compleja madeja de los desencuentros: se nos pide dar el paso del encuentro con los hermanos, atrevernos a una corrección que no quiere expulsar sino integrar; se nos pide ser caritativamente firmes en aquello que no es negociable; en definitiva, la exigencia es construir la paz, "hablando no con la lengua sino con manos y obras" (san Pedro Claver), y levantar juntos los ojos al cielo: Él es capaz de desatar aquello que para

nosotros parece imposible, Él nos prometió acompañarnos hasta el fin de los tiempos, y Él no va a dejar estéril tanto esfuerzo.

* * *

Despedida
(después de la comunión)

Al terminar esta celebración, quiero agradecer a Mons. Jorge Enrique Jiménez Carvajal, Arzobispo de Cartagena, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de sus hermanos en el episcopado y de todo el pueblo de Dios.

Agradezco al señor Presidente Juan Manuel Santos por su invitación a visitar el país, a las Autoridades civiles, y a todos los que han deseado unirse a nosotros en esta celebración Eucarística, aquí o a través de los medios de comunicación.

Agradezco el esfuerzo y colaboración para haber hecho realidad esta visita. Son muchos los que han colaborado dando su tiempo y su disponibilidad. Han sido días intensos y hermosos en los que pude encontrar a tantas personas, conocer tantas realidades que me han tocado el corazón. Ustedes me han hecho mucho bien.

Queridos hermanos, quisiera dejarles una última palabra: no nos quedemos en "dar el primer paso", sino que sigamos caminando juntos cada día para ir al encuentro del otro, en busca de la armonía y de la fraternidad. No podemos quedarnos parados. El 8 de septiembre de 1654 moría aquí mismo san Pedro Claver; lo hacía después de cuarenta años de esclavitud voluntaria, de incansable labor en favor de los más pobres. Él no se quedó parado, después del primer paso siguieron otros, y otros, y otros. Su ejemplo nos hace salir de nosotros mismos e ir al encuentro del prójimo. Colombia, tu hermano te necesita, ve a su encuentro llevando el abrazo de paz, libre de toda violencia, esclavos de la paz, para siempre.

CONFERENCIA DE PRENSA DEL SANTO PADRE DURANTE EL VUELO DE REGRESO A ROMA

Domingo 10 de septiembre de 2017

Greg Burke:

Gracias, Santo Padre, por el tiempo que nos dedica hoy, después de un viaje intenso, cansado, muy cansado para algunos, pero también un viaje fructífero. En diversas ocasiones usted ha dado las gracias a las personas por las cosas que le han enseñado; también nosotros aprendemos tantas cosas en estas culturas de encuentro y le damos las gracias por esto. Colombia, en particular, con su pasado reciente -no solo reciente- nos ha ofrecido algunos testimonios muy fuertes, testimonios conmovedores de perdón y de reconciliación. Pero nos ha dado también una lección continua de alegría y de esperanza, dos palabras que usted ha usado mucho en este viaje. Ahora quizá usted quiere decir algo, y después pasamos a las preguntas. Gracias.

Papa Francisco:

Buenas tardes, y muchas gracias por vuestro trabajo.

Realmente me he quedado conmovido por la alegría, la ternura, la juventud, la nobleza del pueblo colombiano. De verdad, un pueblo noble, que no tiene miedo de expresar lo que siente, no tiene miedo de sentir y hacer ver lo que siente. Así lo he percibido yo. Esta es la tercera vez [que voy a Colombia], que yo recuerde, pero un obispo dijo: "No, usted estuvo una cuarta vez, pero solamente para pequeñas reuniones", una vez en La Ceja y las otras dos, o tres, en Bogotá. Pero no conocía la Colombia profunda, la que se ve por las calles. Y yo doy gracias por el testimonio de alegría, de esperanza, de paciencia en el sufrimiento de este pueblo. Me ha hecho mucho bien.

Greg Burke:

Gracias, Santo Padre. La primera pregunta es de César Moreno, de "Caracol Radio":

César Moreno, "Caracol Radio":

Gracias, Su Santidad, muy buenas noches. Antes de todo quisiera agradecerle por parte de todos los medios colombianos que nos acompañan aquí en este viaje, todos nuestros compañeros y amigos, por haber ido usted a nuestra Patria, por habernos dado mensajes tan lindos, tan profundos, por tanto cariño, por tanta cercanía que usted le demostró al pueblo colombiano. Su Santidad, muchas gracias. Mi pregunta es la siguiente: usted llegó, Santo Padre, a un país dividido, por cuenta de un proceso de paz, entre los que aceptan y no aceptan ese proceso, ¿qué hacer concretamente?, ¿qué pasos hay que dar para acercar a las partes divididas, para que dejen ese odio, para que dejen ese rencor? Si Su Santidad pudiera volver a nuestro país en unos años, ¿cómo cree, cómo le gustaría ver a Colombia? Gracias.

Papa Francisco:

A mí me gustaría al menos que el lema fuera "Demos el segundo paso", que al menos fuera ese. Han sido, yo pensaba que eran más, calculaba sobre sesenta, pero me han dicho que 54 años de guerrilla más o menos, y ahí se acumula mucho, mucho, mucho odio, mucho rencor, mucha alma enferma, y la enfermedad no es

culpable, viene, te agarraste un sarampión y tienes -perdonadme, hablo italiano- el alma enferma. La enfermedad no es culpable, viene. Y con estas guerrillas que realmente han cometido pecados feos -tanto la guerrilla, como los paramilitares, tanto los de aquí como los de allí, y también la corrupción, muchas veces, en el país- y que han provocado esta enfermedad del odio. Pero hay pasos adelante que dan esperanza, pasos en la negociación, el último es el alto el fuego del ELN: Les doy las gracias, se lo agradezco mucho. Pero hay algo más, que yo he percibido, que son las ganas de ir adelante en este proceso, que va más allá de las negociaciones que se están haciendo y que se deben hacer. Es un deseo espontáneo, y allí está la fuerza del pueblo. Yo espero en esto. El pueblo quiere "respirar", pero debemos ayudarlo, ayudarlo con la cercanía, la oración y sobre todo la comprensión de cuánto dolor hay dentro de la gente.

Greg Burke:

Ahora, Santo Padre, José Mojica, de "El Tiempo":

José Mojica, de "El Tiempo":

Santo Padre, un honor estar aquí con usted. Mi nombre es José Mojica, soy periodista de "El Tiempo" -casa editorial de Colombia- y le saludo en nombre también de mis colegas colombianos y de todos los medios de comunicación de mi país. Colombia ha sufrido muchas décadas de violencia por cuenta de la guerra, por el conflicto armado y también por el narcotráfico; sin embargo, los estragos de la corrupción en la política han sido tan perjudiciales como la misma guerra, y aunque no es nueva la corrupción, siempre hemos sabido que existe, sabemos que siempre ha habido corrupción, ahora es más visible porque ya no tenemos las noticias de la guerra, del conflicto armado. ¿Qué hacer ante este flagelo, hasta dónde llevar a los corruptos, cómo castigarlos y, por último, habría que excomulgar a los corruptos?

Papa Francisco:

Usted hace una pregunta que yo me la planteé muchas veces, yo me lo planteé de esta manera: ¿el corrupto tiene perdón? Yo me la planteé así. Y me la

planteé cuando hubo un acto, en la provincia de Catamarca, en Argentina, un acto de maltrato, abuso, de violación de una chica, y había gente metida allí muy ligada a los poderes políticos y económicos de esa provincia. Me impresionó mucho un artículo de Frigerio publicado en "La Nación", en esa época [O. Frigerio, "Corrupción, un problema político", La Nación, año 122, n° 42.863, p. 7]; yo escribí un pequeño libro que se llama "Pecado y corrupción". Todos somos pecadores siempre y nosotros sabemos que el Señor está cerca de nosotros, que Él no se cansa de perdonar. Pero la diferencia es: Dios no se cansa nunca de perdonar, pero el pecador a veces encuentra la valentía y pide perdón. El problema es que el corrupto se cansa de pedir perdón y olvida cómo se pide perdón: este es el problema grave. Es un estado de insensibilidad frente a los valores, frente a la destrucción, a la explotación de las personas. No es capaz de pedir perdón. Es como una condena, por la que es muy difícil ayudar a un corrupto, muy difícil. Pero Dios puede hacerlo. Yo rezo por esto.

Greg Burke:

Santo Padre, ahora Hernán Reyes, de "Télam".

Hernán Reyes, de "Télam":

Santidad, la pregunta es del grupo de los periodistas de lengua española. Usted ha hablado de este primer paso que ha dado Colombia. Hoy en la Misa ha dicho que no ha sido suficiente un diálogo entre dos partes, sino que ha sido necesario incorporar a más actores. ¿Usted piensa que es posible aplicar este modelo colombiano a otros conflictos en el mundo?

Papa Francisco:

Integrar a otras personas... También hoy, en la homilía, he hablado de esto haciendo referencia al pasaje del Evangelio. Involucrar a otros sujetos: no es la primera vez. En muchos conflictos han sido involucrados otros sujetos. Es un modo de ir adelante, un modo sapiencial, político... Está la sabiduría de pedir ayuda. Creo que, como hoy he querido apuntar en la homilía -que era un mensaje más que una homilía-, creo que estos recursos técnico-políticos ayudan, estos requieren a veces

la intervención de las Naciones Unidas para salir de la crisis. Pero un proceso de paz irá adelante solamente cuando lo toma de la mano el pueblo. Si el pueblo no lo toma de la mano, se podrá ir adelante un poco, se llegará a un compromiso... Es lo que he tratado de hacer sentir en esta visita: o el protagonista de la pacificación es el pueblo, o se llegará sólo hasta cierto punto. Pero cuando un pueblo toma de la mano esto, es capaz de hacerlo bien. Ese es el mejor camino. Gracias.

Greg Burke:

Ahora Elena Pinardi.

Elena Pinardi, de EBU-UER:

Buenas tardes, Santidad. En primer lugar quisiéramos preguntarle cómo está. Hemos visto todos que se ha golpeado la cabeza: ¿Cómo está? ¿Se ha hecho daño?

Papa Francisco:

Me incliné un poco para saludar a unos niños, no vi el cristal y... me di.

Elena Pinardi:

Entonces, la pregunta es esta. Mientras estamos en el vuelo, pasamos cerca del huracán Irma, que ha causado decenas de muertos y daños enormes en las Islas caribeñas y en Cuba, y se teme que amplias zonas de Florida puedan terminar bajo el agua. Seis millones de personas han tenido que dejar sus casas. Después del huracán Harvey, ha habido casi a la vez tres huracanes en la zona. Los científicos consideran que el calentamiento de los océanos es un factor que contribuye a que las tempestades y los huracanes de temporada sean más intensos. Hay una responsabilidad moral de los líderes políticos que rechazan colaborar con las otras naciones para controlar las emisiones de gas con efecto invernadero, ¿por qué niegan que el cambio climático sea también obra del hombre?

Papa Francisco:

Gracias. Empiezo por la última parte, para no olvidarla: quien niega esto debe dirigirse a los científicos y preguntarles a ellos. Ellos hablan clarísimo. Los científicos son precisos. El otro día, cuando salió la noticia de esa nave rusa -creo que fue de Noruega a Japón o a Taipéi pasando por el Polo Norte, sin el rompehielos, y las fotografías mostraban trozos de hielo... A través del Polo Norte, ahora, se puede pasar. Es muy claro, es muy claro. Cuando salió esa noticia, de una universidad -no recuerdo dónde- salió otra que decía: "Tenemos solamente tres años para volver atrás, de lo contrario las consecuencias serán terribles". Yo no sé si es verdad "tres años" o no; pero que, si no volvemos atrás, nos hundimos, eso es verdad. Del cambio climático se ven los efectos, y los científicos indican claramente el camino a seguir. Y todos nosotros tenemos una responsabilidad, todos. Cada uno, más pequeña o más grande, una responsabilidad moral: en el aceptar, dar la opinión o tomar decisiones. Y debemos tomarlo en serio. Creo que es algo con lo que no hay que bromear, es muy serio. Usted me pregunta: ¿cuál es la responsabilidad moral? Cada uno tiene la suya. También los políticos tienen la suya. Cada uno tiene la propia. Según la respuesta que se da.

Elena Pinardi:

Hay quien percibe que vamos al encuentro del apocalipsis con todos estos eventos atmosféricos...

Papa Francisco:

No lo sé. Yo digo: cada uno tiene la propia responsabilidad moral, primero. Segundo: si uno tiene algunas dudas de que esto sea verdad, que pregunte a los científicos. Ellos son clarísimos. No son opiniones lanzadas al aire: son clarísimas. Y que después decida. Y la historia juzgará las decisiones. Gracias.

Greg Burke:

Ahora Enzo Romeo y después Valentina.

Enzo Romeo, de la RAI:

Buenas tardes, Santo Padre. Yo me uno a la pregunta hecha por la primera colega, porque usted muchas veces en los discursos que ha hecho en Colombia ha recordado la necesidad de hacer las paces con la creación, respetar el ambiente como condición necesaria para que se pueda crear una paz social estable. Y vemos los efectos de los cambios climáticos también en Italia: no sé si está informado, hay muchos muertos en Livorno...

Papa Francisco:

Sí, después de tres meses y medio de sequía.

Enzo Romeo:

Exacto. Muchos daños en Roma... Por tanto, estamos todos involucrados en esta situación. Pero, ¿por qué se tarda en tomar conciencia? Sobre todo por parte de los gobiernos, que sin embargo parecen tan atentos a otros sectores, quizá -hablando del discurso de las armas: estamos viendo por ejemplo la crisis de Corea-. También sobre esto me gustaría conocer su opinión.

Papa Francisco:

¿Por qué? Me viene a la mente una frase del Antiguo Testamento: el hombre es estúpido, es un testarudo que no ve (cf. Jr 5,21; Ez 12,1). El único animal de la creación que mete la pata dos veces en el mismo hoyo es el hombre. El caballo y los otros no, no lo hacen. Es la soberbia, la presunción de decir: "No, pero no será así...". Y después está el dios bolsillo, ¿no? No solo en la creación: tantas cosas, tantas decisiones, tantas contradicciones y algunas de ellas dependen del dinero. Hoy, en Cartagena: yo comencé por una parte, llamémosla pobre, de Cartagena. Pobre. La otra parte, la parte turística, lujo y lujo sin medida moral, digamos. Pero los que van allí, ¿no se percatan de esto? O los analistas sociopolíticos, ¿no se percatan? El hombre es estúpido, decía la Biblia. Y así, cuando no se quiere ver, no se ve. Se mira solamente a un lado. No sé, y sobre Corea del Norte, te digo la verdad, yo realmente no entiendo. Porque realmente no entiendo el mundo de la

geopolítica, es muy arduo para mí. Pero creo que, por lo que veo, allí hay una lucha de intereses que se me escapan, realmente no puedo explicarlo. Pero el otro aspecto es importante: no se toma conciencia. Piensa en Cartagena, hoy. Pero esto es injusto y ¿se puede tomar conciencia? Esto me viene en mente. Gracias.

Greg Burke:

Valentina...

Papa Francisco:

La "decana"...

Valentina Alazraki, de "Televisa":

(Le pregunta cómo está)

Papa Francisco:

...pero no duele. Me pusieron un ojo en compota.

Valentina Alazraki:

De todos modos, lo sentimos. Incluso si no le duele, lo sentimos.

Santidad, cada vez que usted ve a los jóvenes, en cualquier parte del mundo, siempre les dice: "No os dejéis robar la esperanza, no os dejéis robar la alegría ni el futuro". Por desgracia, en Estados Unidos se ha abolido la ley de los dreamers, de los soñadores: estamos hablando de ochocientos mil jóvenes, muchísimos mexicanos, colombianos, de tantos países. ¿Usted no cree que con esta ley, con esta abolición, estos chicos perderán la alegría, la esperanza, el futuro? Y después, abusando de su gentileza y de la de los colegas, si usted podría rezar una pequeña oración, un pequeño pensamiento para todas las víctimas del terremoto de México y del huracán Irma. Gracias.

Papa Francisco:

Realmente, sí. Le preguntaba a qué ley se refería. Yo he oído sobre esta ley; no he podido leer los artículos ni cómo se toma la decisión. No la conozco bien, pero, primero, separar a los jóvenes de la familia no es algo que dé buen fruto, ni para los jóvenes ni para la familia. Yo creo que esta ley -que creo que no venga del Parlamento sino del Ejecutivo- si es así, pero no estoy seguro, hay esperanza de que se vuelva a pensar un poco. Porque yo he oído hablar al presidente de Estados Unidos: se presenta como un hombre provida y, si es un buen provida, entiende que la familia es la cuna de la vida y que se debe defender su unidad. Por eso, yo tengo interés en estudiar bien esa ley. Pero, realmente -en general, tanto en este caso como en otros- cuando los jóvenes se sienten explotados, como en muchos casos, al final se sienten sin esperanza. Y, ¿quién la roba? La droga, otras dependencias, el suicidio... El suicidio juvenil es muy fuerte y sucede cuando son apartados de sus raíces. Es muy importante la relación de un joven con sus raíces. Los jóvenes desarraigados hoy piden ayuda: quieren reencontrar las raíces. Por esto yo insisto tanto en el diálogo entre jóvenes y ancianos, un poco saltando a los padres. Que hablen con los padres, pero los ancianos [son importantes], porque allí están las raíces; y están algo más alejadas, para evitar los conflictos que puede haber con las raíces más cercanas, como aquellas de los padres. Pero los jóvenes, hoy, tienen necesidad de reencontrar las raíces.

Cualquier cosa que vaya contra las raíces, les roba la esperanza. No sé si he respondido...

Valentina Alazraki:

Pueden ser deportados de Estados Unidos...

Papa Francisco:

Sí, sí, pierden una raíz... esto es un problema. Pero realmente sobre esa ley no quiero expresar nada, porque no la he leído y no me gusta hablar de aquello que no he estudiado antes. Y después, Valentina es mexicana y México ha sufrido tanto, y con esta última cosa pido a todos, por solidaridad con la "decana" -está el otro "decano" allí- una oración por su patria. Gracias.

Greg Burke:

Gracias, Santo Padre. Ahora, Fausto Gasparroni de la agencia Ansa:

Fausto Gasparroni, de Ansa:

Santidad, en nombre del grupo italiano quiero hacer una pregunta sobre la cuestión de los migrantes, en particular sobre el hecho de que recientemente la Iglesia italiana ha expresado -digámoslo así- una especie de comprensión hacia la nueva política del Gobierno de restringir las salidas de Libia y por tanto, los desembarcos. Se ha escrito también que sobre esto, se ha producido un encuentro entre usted y el primer ministro, Paolo Gentiloni. Quisiéramos saber si, efectivamente, en este encuentro se ha hablado de este tema, si se ha producido este encuentro y si se ha tratado este tema y sobre todo, qué piensa usted sobre esta política de cierre de las salidas, considerando también el hecho de que los migrantes que se quedan en Libia -como ha sido documentado por investigaciones- viven en condiciones inhumanas, en condiciones muy, pero muy precarias. Gracias.

Papa Francisco:

Primero de todo, el encuentro con el primer ministro Gentiloni fue un encuentro personal y no sobre este tema. Fue antes de este problema, que salió unas semanas más tarde, casi un mes después. Fue antes del problema. Segundo: yo siento el deber de gratitud hacia Italia y Grecia, porque han abierto el corazón a los migrantes. Pero no basta con abrir el corazón. El problema de los migrantes es, primero, corazón abierto, siempre. Es también un mandamiento de Dios, de acogerlos: "Emigrantes fuisteis en Egipto" (cf. Lv 19,33-34), esto dice la Biblia. Pero un gobierno debe gestionar este problema con la virtud propia del gobernante, es decir, la prudencia. ¿Qué significa? Primero: ¿cuántos sitios tengo? Segundo: no sólo recibirlos, sino integrarlos. Integrarlos. Yo he visto ejemplos -aquí en Italia- de integración bellísimos. Cuando fui a la universidad Roma Tre, me hicieron preguntas cuatro estudiantes; una, la última que ha hecho la pregunta, yo la miraba [y pensaba]: "Pero esta cara la conozco...". Era alguien que hace menos de un año vino de Lesbos conmigo en el avión. Ha aprendido la lengua y como estudiaba biología en su patria, hizo la convalidación y continuó. Aprendió el idioma. Esto se llama integrar. En otro vuelo -cuando volvía de Suecia, creo- hablé de la política de integra-

ción de Suecia como un modelo, pero incluso Suecia dijo con prudencia: "El número es este; más no puedo", porque existe el peligro de no integración. Tercero: hay un problema humanitario, lo que usted decía. ¿La humanidad toma conciencia de estos valores allí? ¿De las condiciones de las que usted hablaba, en el desierto? He visto fotografías... Hay explotadores... usted hablaba del gobierno italiano: me da la impresión de que esté haciendo de todo por trabajos humanitarios, para resolver también el problema que no puede asumir...

Pero [resumiendo]: corazón siempre abierto, prudencia, integración y cercanía humanitaria.

Y hay una última cosa que quiero decir, y vale sobre todo para África. Hay, en nuestro inconsciente colectivo, un lema, un principio: "África debe ser explotada". Hoy en Cartagena hemos visto un ejemplo de explotación, humano, en aquel caso [el de los esclavos]. Y un jefe de gobierno, sobre esto, ha dicho una bonita verdad: "aquellos que huyen de la guerra, es otro problema; pero para tantos que huyen del hambre, hacemos inversiones allí, para que crezcan".

Pero en el inconsciente colectivo está que cada vez que tantos países desarrollados van a África, es para explotar. Debemos dar la vuelta a esto: África es amiga y hay que ayudarla a crecer. Después, los otros problemas, de guerras, van en otra parte. No sé si con esto he aclarado...

Greg Burke:

Santidad, debemos irnos. Pero, ¿podemos hacer una última pregunta? Xavier Le Normand, I.Media.

Xavier Le Normand, I.Media:

Buenas tardes, Santo Padre, Santidad, hoy usted ha hablado de Venezuela, después del Ángelus. Usted ha pedido que se rechace cualquier tipo de violencia en la vida política. El jueves, después de la Misa en Bogotá, usted ha saludado a cinco obispos venezolanos. Lo sabemos todos: la Santa Sede ha estado y todavía está muy comprometida con un diálogo en aquel país. Y desde hace meses usted pide el fin de toda violencia. Pero el presidente Maduro, por un lado, tiene palabras

muy violentas contra los obispos y, por el otro, dice que está con el Papa Francisco. ¿No sería posible tener palabras más fuertes y tal vez más claras? Gracias, Santidad.

Papa Francisco:

Creo que la Santa Sede ha hablado fuerte y claramente. Lo que dice el presidente Maduro, que lo explique él: yo no sé qué tiene en su mente. Pero la Santa Sede ha hecho mucho: ha enviado allí, al grupo de trabajo de los cuatro expresidentes, ha enviado a un Nuncio de primer nivel; después ha hablado, ha hablado con personas, ha hablado públicamente. Yo, tantas veces, en el Ángelus he hablado de la situación, buscando siempre una salida, ayudando, ofreciendo ayuda para salir. No sé... pero parece que la cosa es muy difícil y lo que es más doloroso es el problema humanitario: tanta gente que escapa o sufre... Un problema humanitario que debemos ayudar a resolver de cualquier modo. Yo creo que las Naciones Unidas deban hacerse oír allí también, para ayudar... Gracias.

Greg Burke:

Gracias, Santidad. Creo que tenemos que irnos.

Papa Francisco:

¿Por las turbulencias?

Greg Burke:

Sí...

Papa Francisco:

Dicen que hay turbulencias, que tenemos que sentarnos. Pero os agradezco tanto, os agradezco mucho vuestro trabajo. Y una vez más, quisiera agradecer el

ejemplo del pueblo colombiano. Y quisiera terminar con una imagen, lo que me ha impresionado de los colombianos: en las cuatro ciudades la multitud estaba en la calle, saludando... lo que más me ha impresionado es que los padres, las madres levantaban a sus hijos para hacerles ver al Papa y para que el Papa les diera la bendición. Como diciendo: "este es mi tesoro, esta es mi esperanza, este es mi futuro. Yo tengo fe en él". Esto me ha impresionado. La ternura. Los ojos de esos padres y esas madres. Bellísimo, ¡bellísimo! Esto es un símbolo, símbolo de esperanza, de futuro. Un pueblo que es capaz de tener niños y después mostrarlos, enseñarlo así, como diciendo: "este es mi tesoro", es un pueblo que tiene esperanza y tiene futuro. Muchas gracias. Gracias.

Greg Burke:

Gracias, Santidad. Buen descanso.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.

